

EL COJO ILUSTRADO

AÑO XIII

15 DE MAYO DE 1904

Nº 298

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

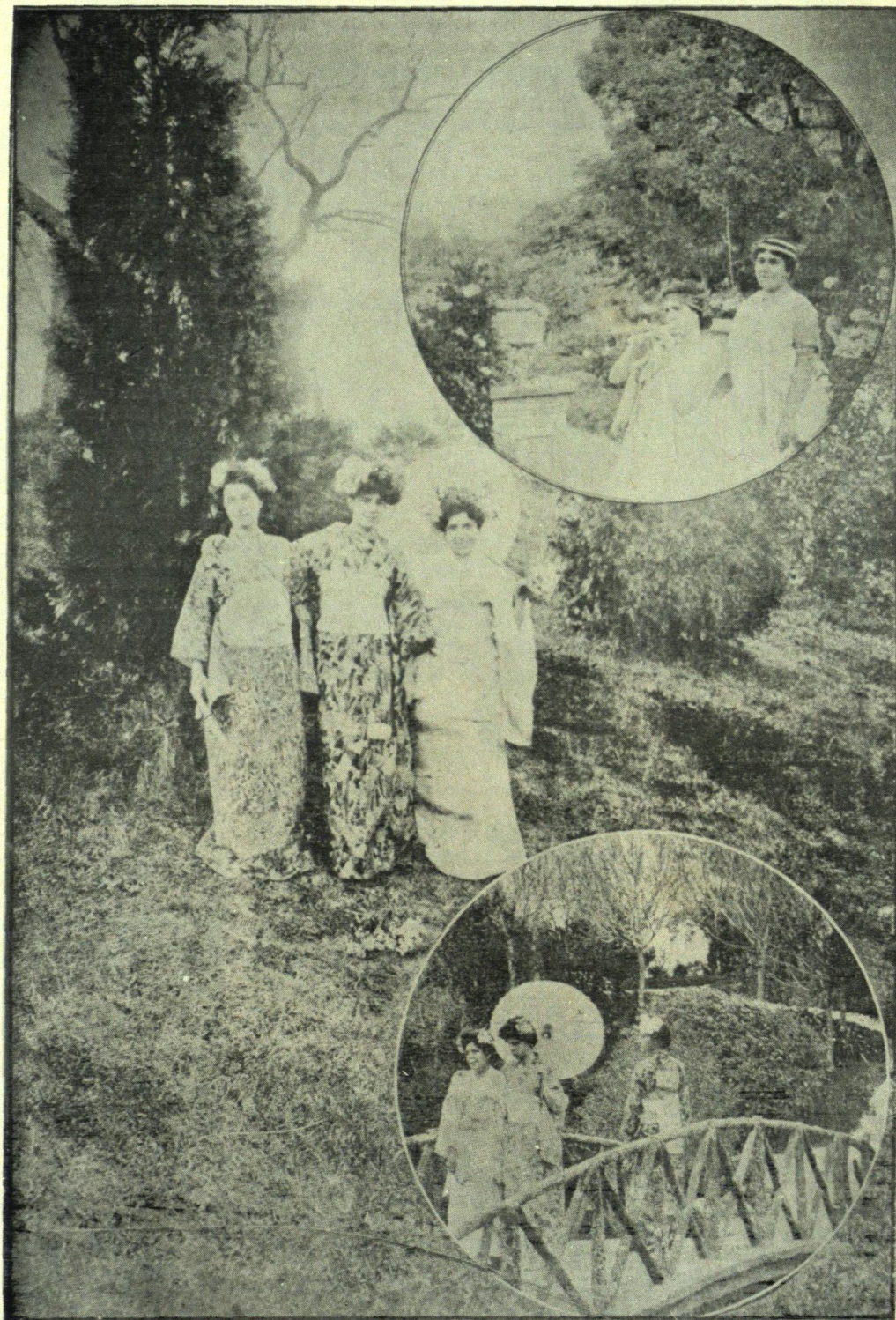
EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

Este 4 — Número 14

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



ESCENAS HELENICAS



LAS LETANIAS DEL MAR

Ha sido una visión piadosa.

Os he visto,—como en una tarde de Venecia lord Byron á la Virgen de la Anunciación,—cortejada por las constelaciones, bajo un blanco fulgor de luna, posada dulcemente sobre un suave vaivén de ondas azules.... Acaso soñaba yo con vuestra patria, cuando os he visto en esa ideal Anunciación sobre el Padre Océano.

A vuestra actitud divina, á vuestra túnica de resplandores, juntas las manos y entreabiertos los labios, sólo faltaban las preces de la infinita piedad, que Saint-Pol-Roux puso en el pecho de vuestros hermanos de la Armórica ferviente.

Os traigo ese místico florilegio.

Cuando volváis, Océanida, á posaros dulcemente en espíritu sobre el vaivén de vuestras ondas, deprecad y decid:

«Mar hermosa,—Mar bella,—Mar libre,
—Mar florecida,—Mar grandiosa,

ÁMAME.

«Mar primera,—Mar humana,—Mar divina,—Mar de la sal eterna,—Mar de todos los domingos,—Mar de todas las pervincas,

ACARÍCIAME.

«Mar de la brisa y de las canciones,—Mar de la perla y de la nácar,—Mar de los peces que parecen frutos de arco-iris,—Mar de los batelillos festoneados de redes,—Mar de las velas enhiestas como cofias levantadas,—Mar del blondo musgo de las jarcias,

BÉSAME.

«Mar de los blancos filamentos sobre las barandillas,—Mar de las pupilas azules y de los anchos senos,—Mar de las pescas milagrosas,—Mar de las primeras rosas sobre los diques,—Mar de las Virgenes de porcelana á lo largo de las riberas,—Maren donde se miran los dijes de oro y de plata del firmamento,

SONRIEME.

«Mar de los bellos ensueños de la partida,—Mar de los retornos gozosos, de triunfo y de gloria,—Mar de las corrientes y de los garetés,—Mar de los escollos y de las marejadas,—Mar de los relámpagos y del trueno,—Mar de las olas altas como montañas,—Mar de los abismos que se abren á manera de zarpas y de fauces,

ARRÚLLAME.

«Mar que te mofas de las medallas y de los votos,—Mar de los calvarios imponentes sobre los muelles,—Mar de los que perecen sin cirio y sin sarcófago,—Mar de los fucos siniestros como mortajas,—Mar de los cadáveres enverdecidos que ruedan sobre la ola, con los ojos abiertos,

COMPADECE

Á LOS PROSCRIPTOS.

«Mar pérfida y villana de los tiburones y las ballenas,—Mar de los bajeles en zozobra, que no vuelven más,—Mar de los ancianos sin sostén, de las viudas y de los huérfanos,—Mar de todas las lágrimas de la humanidad,—Mar que se diría una cobarde venganza del buen Dios,—Mar de las blasfemias, de los adioses, de los espantos y de la muerte,

APIÁDATE DE LOS QUE

VIAJAN POR TU IMPERIO.

ORACION

Oh! Mar, antigua y joven, graciosa y huraña, Reina de las pavesas de los festines, Soberana de las tormentas, déjame depositar la caricia ingenua de mis ojos sobre tus mejillas azules! Sé clemente con los que van sobre tus ondas, oh! Mar de los hijos y de los padres! Y que el vuelo de tus albatros y de tus gaviotas, de tus alondras y de tus cuervos, sea por siempre tu gesto de esperanza y de bendición!»

ELOY G. GONZALEZ.

DE TARDE



ASEABA SU taciturna mirada por los aires transparentes. Cual deformes cisnes nigrománticos, las nubes bogaban con lentitud de misterio por el lago de turquesa.... O, con su vaporoso material, edificaban extrañas arquitecturas, dislocadas catedrales y ojivas rotas, arcos y muros fragmentarios, teñidos

con la vieja pintura de moho, por la brocha del tiempo... La difunta ciudad y los cisnes misteriosos, desfilaban lentamente en el vasto país estelar, disciplinados en una marcha fantasmagórica al encuentro de la noche invisible. Abajo, la potente tranquilidad del paisaje, la esmeralda invasora que lo cubre todo.... Y en salpicaduras luminosas de pétalos, el radiante florecimiento de los colores tropicales. En aquel impasible despoblado, sólo rompe la quietud de la tarde, el momento fugaz en que la locomotora anuncia, con un sordo trueno, su aparición en el recodo curvilíneo. Y el forastero apacentaba sus nostalgias y ensueños en la maravilla de aquella soledad, bordando voluptuosamente el encaje de la esperanza sobre la tela de un caprichoso deseo pueril....

Detrás de la minúscula estación una floresta profunda. En el verde orgulloso de la fronda primitiva, imperan los viejos samanes. Muchos, altos y majestuosos samanes, con sus cúpulas inmóviles en que la brisa canta las estrofas de

la égloga.... Hacia el poniente ambarino, la montaña dibuja sobre el cielo su contorno desigual. Es una densa mancha de lapizlázuli en el claro azul del horizonte. Y el sol, declinando, tiende sus rayos oblicuos en las ondulaciones del ramaje, como fúlgidos estoques sobre cojines de damasco.

Corta la penumbra una vereda donde la grama crece libre del trajín labriego. De lado, pinta un tranquero su agreste simetría, como raro pentagrama, en la sombra de los árboles. Y al estrépito del tren apareció allí la mulata, con su fustán violeta y su cándida camisa, de cuya blancura sale el busto de caoba y la crespa cabellera, que abate el viento como un penacho de luto por la espalda. Sobre un atravesajo del tranquero posó el brazo, hecho al parecer á escoplo de sabio ebanista. Y en el pentagrama de maderos, fingió aquella mujer la romántica epifanía de una nota musical alegórica....

El soñador la esperaba en aquel sitio. Su espíritu averiado acariciaba la idea de sumergir los recuerdos melancólicos, su enferma juventud soñadora de vagos poemas, en un idilio rústico. Pensando en esto, corría por sus nervios como la sensación de un triunfo, como el bienestar de una convalecencia victoriosa en el amor sano y fuerte de la virgen rural. Y en la maravilla de la soledad, bajo el encanto acariciador del crepúsculo silencioso, bordaba voluptuosamente el encaje de la esperanza sobre la gruesa estofa de aquel empeño exótico y pueril....

De súbito, como guerrero evocado de las patrias leyendas heroicas, llegó por el camino un jinete, asegurando con la mano el ancho sombrero de palma. Erigia la mula impaciente sus altas orejas, goteando sobre el pecho la espuma de la lengua, batiendo la cola sobre el ijar, por la espuela amenazado. En breve puso el hombre su brazo junto al de la muchacha, tan cerca, que las palabras de amor prendían volando una aureola sobre sus cabezas transfiguradas. Y después de aquel proemio, los dichosos se alejaron bajo la sombra de las verdes cúpulas....

El triste amador tornó los ojos hacia la locomotora que llamaba. Sobre su esperanza malograda, sobre la conflagración de su despecho, flameó como el relámpago un impulso de tragedia.... Pero el viejo pesimismo resignado principió á deshojar en su alma, muchas flores de azul gris, adormideras piadosas que pacifican los corazones rebeldes. Y en la solemnidad de la tarde el sol desaparecía, dejando sobre el horizonte oscuro un pálido abanico de plata, recordado caprichosamente por un artista decorador.

Fundiéronse las nubes en una estepa de ópalo. Gravitó sobre el mundo una concha colosal de nácar decrepito. Los varios tonos de la esmeralda languidecieron bajo la luz desfalleciente y las cosas desvanecían sus perfiles en una turbia indacisión de lágrimas. Los ecos del bosque repitieron el grito del silbato como la voz de un genio irónico que se burlara del hombre, de su progreso, de su fuerza.... Trepidaba todo bajo los pasos del titán que partía. Y con la mano firme y segura puesta sobre el freno, el maquinista observaba serenamente las dos líneas de los rieles, que lanzaron fulgores de herramientas caídas en los surcos....

JOSÉ AUSTRIA.





LOBEZÑOS MARINOS. — Cuadro de Mme. V. Demont - Breton

LA BUENA LUISA

LA buena Luisa se está muriendo!... La buena Luisa morirá muy pronto, y, no se puede negar, sobre la brecha, en el trascurso de la correría que había emprendido, dando conferencias, (á los setenta y cuatro años de edad), con su compañero Girault, por el oriente y sur de Francia....

Y justamente; coincidirá la fecha de su muerte, con los aniversarios que todavía celebran todos los años,—del 18 de marzo al 27 de mayo,—los sobrevivientes de la Comuna, cada vez menos y menos numerosos, cada vez más y más contados.

La que llamaron alternativamente la Virgen roja, la petrolera, la histérica, la loca, y á quien nosotros llamamos sencillamente y propiamente con el único nombre que habrá de quedarle: la buena Luisa, ésa, esa se va con su sueño irrealizado, pero el que ella quería siempre poder palpar con sus manos descarnadas,

en toda ocasión que socorria una desgracia, que aliviaba una miseria, que curaba uno de esos heridos de la existencia, ó daba vigor, y nuevo aliento prestaba, á uno más pobre todavía que ella, ¡cuando ella lo era tanto!

Esa, ésa Luisa se va, agotada, arruinada, exangüe, con la piel adherida á los huesos como un can errabundo; ésa, que ha dado más que muchos ricachones, porque ha dado su esfuerzo, su consagración, su existencia entera á los desgraciados; ésa, se va en breve....

Indiferente á su personal y perpetua desgracia; insensible á las privaciones, á las enfermedades, al cansancio, al frío, á los sufrimientos, esa criatura no va á devolver ahora á la tierra más que un esqueleto mucho tiempo hace, ambulante, y demasiado que tiene sus derechos al reposo!....

Se ha tachado, (con tanta frecuencia como ligereza) su generosa exaltación, de fatuidad, de locura. Los periodistas que fueron á visitarla en la casa central de Clermont,—donde estuvo ella tres años,—al notar que cercano á la prisión estaba el asilo de enagenados, no dejaron de decir que el puésto de Luisa Michel estaba en éste, mejor que en aquél....

Y estaban en lo cierto, eso es verdad; porque tuvo Luisa el delirio, el noble delirio de la bondad sin límites, de la caridad incansable, del sacrificio, en fin, que no espera recompensas ni en esta vida ni en la otra. Y si no hay más que una casa de refugio y de salud para aquel delirio, hay ciento, y mil, y todas las que llamaban á Luisa para que se estuviera junto á un desheredado, junto á un enfermo, ó junto á un aflijido.... Y sería repetir lo que se sabe: que sus desvelos, sus cuidados llenos de dulzura, no eran para sí; eran para ellos.

Reprochábasele cierto día, en pública reunión, su fanatismo exacerbado; á lo que replicó, severa: «Vuestra acusación de odio, yo la acepto. Sí; yo odio. Pero entendámonos bien.... Si odio al amo, no odio al siervo. No odiaba yo la multitud amotinada que me silbaba, que me chiflaba en Versailles; pero odio á esos que, cuando dan muerte á un hombre, en vez de ir á presidio, matan millares, y escalan el poder....»

Eso no es cierto. Ella, en realidad, exageraba la violencia de sus odios, como queriendo darse de lo que absolutamente carecía. Luisa no sabía odiar porque no sabía más que amar, dado que era su destino el desinterés, la ab-

negación. Era un corazón de oro que se distribuía sin descanso y por momentos. Puede ser que construyera la sociedad futura sobre las nubes, en el aire; pero personalmente, bajaba á la tierra para darnos aquí el ejemplo de la virtud, y el deseo de propagarlo. Veía en la soberanía del pueblo, la soberanía de la bondad en acción; y guiábala el sentimiento más que la reflexión, porque jamás había tenido necesidad de reflexionar para hacer el bien. De la misma manera se ve, que la ingratitud no la descorazonaba; porque como era pura, era crédula, desde luégo. Enemiga acérrima de los explotadores, fue uno de los seres más explotados en la vida; mas en el instante se olvidaba de haber sido la víctima. Y tal es así, y tal acontece en todos los órdenes; y si no, díganenos, ¿cuándo la abundosa fuente, la inagotable, recuerda todos aquellos á quienes ha aplacado los ardores de la sed?...

Se dirá que era fea; y no. Era bella, admirablemente bella, como esta mujer de un minero, (obra maestra de Constantino Meunier), que me mira y se inclina sobre mi escritorio; á la que contemplo mañana y tarde, con su faz doliente, desguarnecida la boca, surcadas las mejillas, debilísimo el cuello, huesoso el pecho. Así también, en lo físico presentaba Luisa Michel, esos ángulos salientes. Pero lo hiriente es siempre menos temible afuera que en el interior; porque nada es más malo, nada más peligroso que un corazón erizado de espigas, henchido de mala voluntad y encono.

Basta conversar cinco minutos con cualquiera de los que trataban á Luisa, á la buena Luisa, para quedar prendados de su manera de ser.

Una tarde, Alfonso Montegut, (que me ha referido el hecho), y su compañero Jorge Meuzy, encuentran á Luisa, en el rigor del invierno, vestida con un traje enteramente viejo y roto. Tiritaba como una desgraciada, y acaso, hubiérase muerto de frío. No obstante su resistencia empecinada, la hacen ir á un almacén, y allí, cómpranle y regálanle trajes nuevos y abrigados. Luisa agradece muchísimo; pero pide como favor le dejen llevarse sus antiguos harapos. Esa es la palabra.

«Para dárselos ella á otro sér más infeliz,» dijéronse entre sí, Montegut y Meuzy.

Y si, y nó. Apenas llegó á su casa, se puso otra vez sus viejos mandiles, y dió los nuevos trajes que le regalaron sus compañeros, á otros más necesitados, (¡como si alguien lo fuera más que ella!), y hallábase feliz, aunque en daño propio, en lo generoso de su acción.

Recuérdame este hecho á J. B. Clement, el conocido cancionero del *Tiempo de las Cerezas*, (*Temps des Cerises*), al que, proponiéndole cierta ocasión que cambiaria por un sombrero nuevo su legendario fieltro, de anchas alas caídas, lo recibió para darlo *incontinenti*, al primero que al pasar, creyó él que lo necesitaba.

Pensando en esas cosas, no podrá menos de confesarse, que si esa gente de la Comuna era gente desalmada, había entre ella, tipos de desalmados nobles, generosos y simpáticos!

Otro día fue Montegut hasta Levallois, á ver á Luisa Michel, que, días antes,

había sido herida gravemente, en el Havre, por el anarquista Lucas. Por supuesto, Luisa estaba en cama; y como en la habitación iba y venía, como en casa propia, un individuo á quien Montegut no conocía:

—¿Quién es?—pregunta á Luisa; y respondele ésta, cándidamente:

—¡Qué sé yo! No sé quién es. Probablemente no tenía domicilio; ni hogar, ni casa. Vió la puerta entreabierta, la empujó, entró, y yo lo he dejado que se quede ahí. No me parece, tampoco, mal hombre. Hace su *comidita* muy tranquilo; se acuesta en aquel lado, de allá, se levanta, y en el día, apenas me dirige la palabra. Yo no quiero hacerle ningún perjuicio, porque él no me estorba en nada.

En Londres fue lo mismo. Todo lo que ganaba, y todo el dinero que recibía, pasaba en el acto á manos de los que de tránsito por aquella capital,—fueran desconocidos ó extranjeros,—tocaban á su corazón, como en puerta amiga.

Los agradecimientos, tanto como los homenajes, le eran altamente desagradables; no podía soportarlos. Y bien lo comprobó cuando tuvo que comparecer ante el Jurado del Sena, en 1883 acusada de saqueo á la cabeza de tropa armada. La tropa armada, sin ella, si había pillado y robado el pan de las panaderías y otros establecimientos.

Citado Henrique Rochefort para el acto de la defensa, dijo: «Sorpréndeme esta acusación, porque conozco mucho á Luisa Michel.» En Nueva Caledonia su cabilia quedaba frente á la mía; y en todo el tiempo de la travesía, yo he visto á Luisa Michel sacrificándose por sus compañeras, hasta el extremo de darles sus vestidos, su alimento.... En la península Ducós, fue lo mismo. Allí, se acostaba en el suelo, andaba descalza, vivía con nada, y llegó á transformar su casucha en hospital para los desgraciados. En una palabra: ella daba cuanto tenía....»

Por varias veces Luisa Michel había interrumpido á Rochefort, diciéndole:

—Hágame usted el favor de no decir más. No siga usted mi....

Mas, al fin, como impaciente, dijo más ó menos:

—Para todo habré llamado al señor Rochefort, menos para que me haga sufrir. Yo le ruego de nuevo que no continúe, y se sirva....

Rochefort se retiró. Luisa Michel quedó condenada á seis años de reclusión, y diez de vigilancia por la policía secreta.

En la casa de Clermont, primero, y más tarde, en San Lázaro, á donde después la trasladaron, prosiguió en su propaganda de beneficios y abnegación. Todo cuanto recibía, fuese dinero, fuese alimentos, todo aquello que hubiera podido contribuir á mejorar su régimen alimenticio, lo distribuía por propias manos entre aquellas desventuradas, co-detenidas como ella. Y respecto á la pensioncita que le pasaba Rochefort, fue la madre de Luisa quien la recibió hasta el instante de su muerte.

Luisa Michel adoraba á esta viejecita con extremos; y nunca se separó de ella sino para ir á las reuniones públicas, ó cuando la conducían á la cárcel ó al presidio. Muerta aquélla, la hija, que estaba inconsolable, pidió el permiso,—y lo

obtuvo,—de cerrar los ojos á su madre, y luego, acompañarla al cementerio, donde descansa junto á Maria Ferré, hermana de Teófilo, y la mejor amiga de Luisa. Esta, cumplidos sus filiales deberes, volvió á la prisión, de donde se le puso en libertad, (á pesar de ella, que rechazaba la gracia que se le hacía), mucho tiempo después.

No hablaría yo de la compasión de Luisa Michel por los animales, si ella no los hubiese querido más que á ellos, como hacen ciertas solteronas ó corazones hipócritas, que esconden en una fingida ternura, su vituperable indiferencia. Por el contrario; en una criatura como la buena Luisa, habría sido raro que el afecto no se desbordase de la gente á los animales; en una palabra: sobre todo lo que respira, sobre todo lo que sufre y pide amparo. Consecuente con éste su modo de ser, no es de extrañar que recogiera los perros ciegos, los gatos abandonados, y que á unos y otros les sirviese como de maternal refugio.

A bordo de *La Virginia*, la vieja fragata de guerra que la llevaba á la Nueva Caledonia,—y de la cual dibujó un croquis que poseo,—no le impedían sus desvelos y atenciones por los compañeros de infortunio, apiadarse por la suerte de otros seres vivos y martirizados, que atormentaban su corazón.

Con este motivo, escribe en su libro intitulado *La Comuna*, estos renglones: «Lo más cruel que yo haya podido ver, fue el largo y espantoso suplicio que le hacen sufrir á los albatroses, que, en las cercanías del Cabo de Buena Esperanza, venían por bandadas alrededor de nuestro buque. Después que los cogían con anzuelo, los colgaban por las patas, cabeza abajo, para que murieran sin manchar la blancura de sus alas. ¡Pobres corderos del Cabo! ¡Qué tristemente, y cuánto tiempo levantaban la cabeza y redondeaban lo más que podían sus cuellos de cisnes, á fin de prolongar la miserable agonía, que cada uno de nosotros podía leer en el espanto de sus ojos, cercados de pestañas negras!»

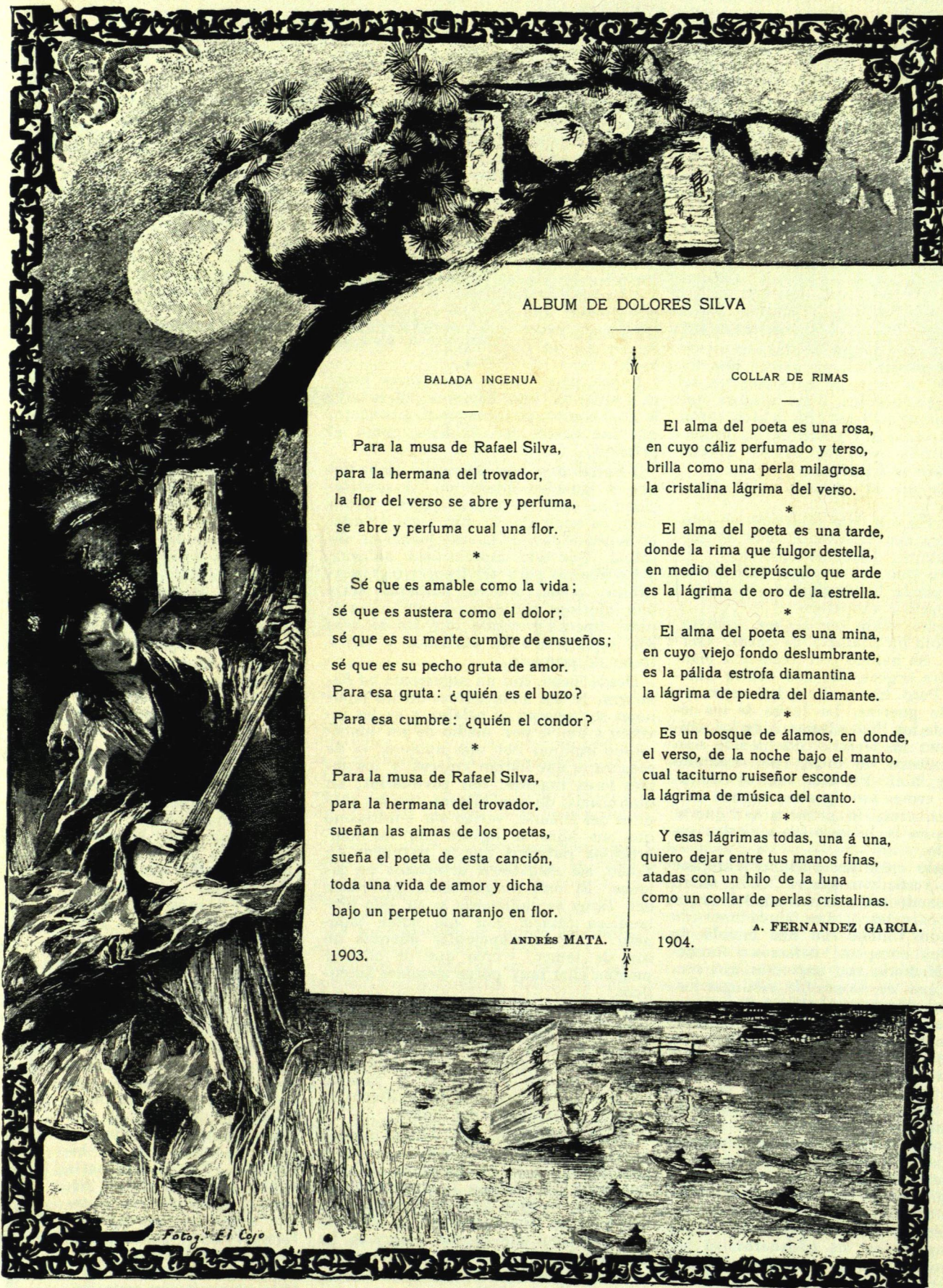
Esta sensibilidad exquisita, no comprendida por la multitud, le atrajo á Luisa varios sobre-nombres y apodos: «La madre de los gatos, la «Llorona»; la de «las lágrimas en las pestañas», etc....

Son esos dicharachos, fáciles y vulgares. Esa de «las lágrimas en las pestañas», había dado, delante y faz á faz de emponzoñados consejos de guerra establecidos después de la Comuna, altas y rudas lecciones de firmeza y virilidad, á los insurgentes, que, vencidos, presos y juzgados, rehuían las responsabilidades.

—«Yo no quiero ser defendida, decía ella, acepto la responsabilidad de todos mis actos. Lo que reclamo de vosotros, es el campo de Satory, donde han caído ya nuestros hermanos. Puesto que, á lo que parece, todo corazón que palpita por la libertad no tiene más derecho que á un poco de plomo, dadme también mi parte. Si no seáis unos cobardes, matadme!....»

Paréceme que la de «Las lágrimas en las pestañas,» se las dejaba á los hombres que....

¿Y no lo hubieran ellos hecho mucho mejor,—(si viven todavía),—que guardarlas para estos tristes días de hoy?



ALBUM DE DOLORES SILVA

BALADA INGENUA

Para la musa de Rafael Silva,
para la hermana del trovador,
la flor del verso se abre y perfuma,
se abre y perfuma cual una flor.

*

Sé que es amable como la vida;
sé que es austera como el dolor;
sé que es su mente cumbre de ensueños;
sé que es su pecho gruta de amor.
Para esa gruta: ¿quién es el buzo?
Para esa cumbre: ¿quién el condor?

*

Para la musa de Rafael Silva,
para la hermana del trovador,
sueñan las almas de los poetas,
sueña el poeta de esta canción,
toda una vida de amor y dicha
bajo un perpetuo naranjo en flor.

1903.

ANDRÉS MATA.

COLLAR DE RIMAS

El alma del poeta es una rosa,
en cuyo cáliz perfumado y terso,
brilla como una perla milagrosa
la cristalina lágrima del verso.

*

El alma del poeta es una tarde,
donde la rima que fulgor destella,
en medio del crepúsculo que arde
es la lágrima de oro de la estrella.

*

El alma del poeta es una mina,
en cuyo viejo fondo deslumbrante,
es la pálida estrofa diamantina
la lágrima de piedra del diamante.

*

Es un bosque de álamos, en donde,
el verso, de la noche bajo el manto,
cual taciturno ruiseñor esconde
la lágrima de música del canto.

*

Y esas lágrimas todas, una á una,
quiero dejar entre tus manos finas,
atadas con un hilo de la luna
como un collar de perlas cristalinas.

A. FERNANDEZ GARCIA.

1904.

BLANCOS CONTRA AMARILLOS



L eminente profesor y fisiólogo M. Charles Richet ha dirigido á M. Jean Finot, Director-Redactor en Jefe de *La Revue*, la carta siguiente:

—Mi querido Director:

Permitidme llamar la atención de vuestros lectores acerca de un punto que en mi concepto merece ser examinado, bien que no sé por qué ha pasado desapercibido.

Se trata de la guerra entre la Rusia y el Japón; y creo innecesario significaros que tal guerra, ni más ni menos que cualquiera otra, me parece una infamia. Es la serie de las violencias del pasado que continúa, y me imagino que todo hombre civilizado ha debido sentir rubor al ver que á pesar de los esfuerzos de tantos espíritus nobles, todavía la barbarie está poderosa.

De ello no hay posible duda. Pasemos.

Que la Francia deba intervenir en esto, me parece una aberración que no merece refutarse. Pasemos también.

Pero lo que me explico difícilmente es que pueda haber siquiera hesitación con respecto á simpatías.

De hecho, acaso por la vez primera, se presenta un conflicto de razas. Ciertamente, ha habido con frecuencia blancos contra negros, blancos contra amarillos. Pero hasta ahora las suyas no han sido guerras. La lucha de los negros, ó de los Pieles-Rojas, ó de los chinos contra los blancos, no ha sido sino un simulacro de lucha, de resultado rápido y fatal. En esta vez, al contrario, las armas son iguales, ó poco menos, y es, creo, la primera vez que se presenta en la historia tan siniestro espectáculo.

El duelo entre dos naciones europeas es una verdadera guerra civil, sobre todo, cuando están unidas por los vínculos del parentesco. Los ciudadanos de los Estados Unidos son una mezcla de todos los europeos; italianos y franceses del Mediodía son parientes tan cercanos, que es imposible distinguirlos. Ingleses, alemanes, belgas, flamencos, están tan íntimamente ligados á nuestras familias, que, si realmente hay una nación francesa, una nación inglesa, una nación italiana, no hay ni raza francesa, ni raza italiana, ni raza inglesa. Esto es de tan indiscutible evidencia, que nadie lo discute.

Así, pues, toda guerra entre europeos es odiosa é injustificable, al igual de toda lucha sangrienta entre hermanos.

Las diferencias de gobierno, de idioma, de costumbres, de religión, son superficiales, como las fronteras en las que están apostados los aduaneros; el ser humano permanece el mismo. Educad un francés en Roma y otro en Edimburgo: será difícil distinguir el primero de los italianos entre los cuales haya vivido, y al segundo de los escoceses cuya lengua y costumbres haya adquirido.

Pero otra cosa acontece cuando se trata de hombres de raza amarilla, y con mayor razón, de negros. Educado un recién nacido japonés en Roma ó en Londres, en Madrid ó en Berlín, siempre será un japonés, distinto de todos los hombres de raza blanca, entre los cuales se haya mezclado pero no confundido. Entre ellos se le distinguirá con tanta facilidad como se distingue,—si se me permite la comparación trivial,—un perro de aguas educado entre falderillos. No podrá haber nunca confusión entre ese japonés y los hombres de raza blanca. No se trata de esas diferencias fugaces, superficiales, imaginarias, creadas por el hábito, el lenguaje y la educación. Se trata de diferencias étnicas, profundas, que nada puede atenuar ni destruir. Un cráneo japonés se reconoce á distancia, en tanto que reto al antropólogo más eminente á que conozca si tal ó cual cráneo viene de un habitante de Atenas, de Copenhague, ó de New York.

Existe, pues, entre ambas razas, blanca y amarilla, una flagrante diferencia, lo cual constituye mi segundo postulado, que me parece tan evidente como el primero.

Y puesto que hay diferencia, debe haber, ó igualdad intelectual, ó superioridad de una raza sobre la otra. Ahora bien, en este punto no hay lugar á duda: la superioridad de la raza blanca es absoluta. Que esta superioridad autorice á los blancos para ser trapaceros, mentirosos, pillos, crueles, bárbaros, sería una injuriosa consecuencia de mi opinión; apenas pretendo que los blancos son superiores á los amarillos y voy á tratar de probarlo.

Desde luego, con un argumento *ad hominem*. Si los admiradores de los japoneses sostuvieran su palabra y se les invitara á unirse por medio de un matrimonio legítimo con una japonesa, es de asegurarse que harían muecas; y los nobles lores ingleses, tan partidarios, en diplomacia, de una alianza con los súbditos del Mikado, verían sin entusiasmo que sus hijas se ligasen con los hombrillos ridículos que se pavonean en Tokio, así estuviesen arrojados en galones. El más insignificante periodista del *Times* se indignaría si su hijo pretendiera casarse con una noble japonesa.... Pero semejantes alianzas no son de temer, y creo que de ellas se pueden citar muy pocos ejemplos auténticos.

Madame Crysantème, si gustáis! Pero Madame Crysantème no es sino un animalillo de lujo, elegante y dócil á sus horas; una humilde, y quizá una linda *musmé*, que, en el fondo de la cabaña, encanta las melancolías del destierro, al lado de la cotorra y del mono.

¿Está justificado este desdén que los hombres de raza blanca sienten, *por más que digan*, hacia los hombres de raza amarilla? La historia se encarga de la respuesta, y, bien que muy rudimentarias aún, las conquistas de la civilización prueban que la raza blanca lo ha hecho todo.

Homero, Fidiás, Aristóteles, Tácito, Kepler, Kant, Leibniz, Shakespeare, Newton, Voltaire, Lavoisier, Pascal, Victor Hugo, Pasteur, Beethoven, Goethe, no son ni malayos, ni chinos, ni japoneses. Ni una gota de sangre verdade-

ramente extranjera ha circulado por sus venas.

El mundo evoluciona, conducido por los blancos. Negarlo, sería de una monstruosa mala fe. Cuando se nos cuenta, sin convicciones,—y sin pruebas,—que los chinos habian inventado la imprenta y la pólvora antes que nosotros, yo no me abismo, porque ningún provecho han derivado de ello. Tienen un alfabeto idiota, y su literatura es cómica. En cuanto á su arte, tan alabado, no sé que la *Venus de Milo* ó el *Gladiador moribundo* se deban á artistas de Tokio; mucho menos *Don Juan* ni *Lohengrin*. Ni tienen *Fausto* ni *Hamlet*, ni *Los Miserables*. Volta, Galvani, Ampère y Faraday no recurrieron á sus sabios para descubrir la electricidad. El cálculo integral, la geometría analítica, el principio de la conservación de la energía, la teoría de los microbios, no deben nada á los mandarines del Celeste Imperio; y los ferrocarriles; como el telégrafo eléctrico, como la fotografía, como todas nuestras industrias, *sin una sola excepción*, vienen de la raza blanca.

Colocar al lado de nuestra gloriosa cultura intelectual, los vasos de porcelana, los *paravents*, los *bibelots* y las caricaturas gesticulantes que se ven en las exposiciones, es una chanza que va más allá de lo permitido.

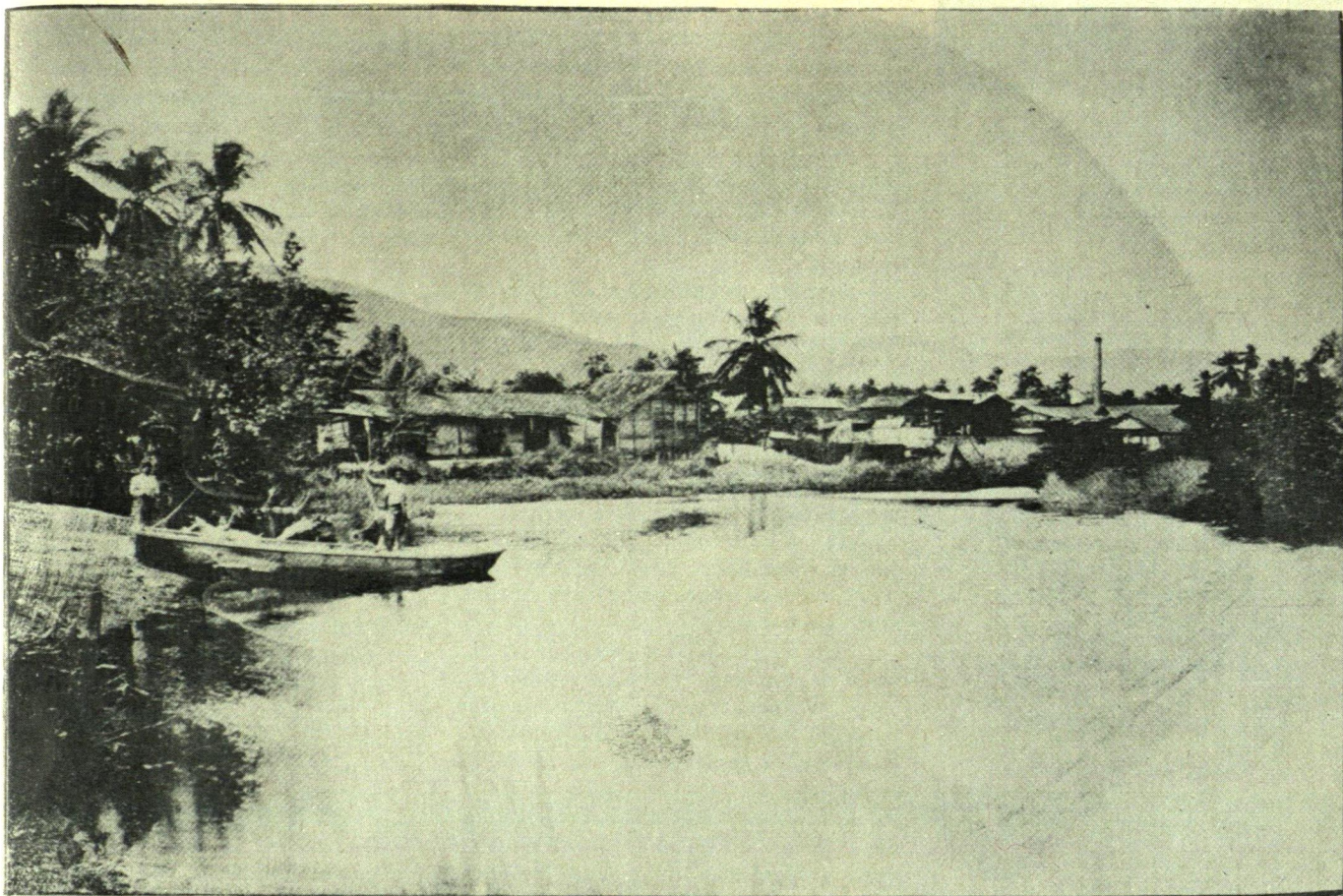
Confesemos, pues, en alta voz, lo que cada uno sentimos en voz baja. Tengamos el valor de nuestra opinión.

Los japoneses son hábiles imitadores. Les hemos demostrado cómo se construía un acorazado, y han construido acorazados (en Inglaterra); les hemos revelado los esplendores del parlamentarismo, y tienen un Parlamento, ó sea, dos Asambleas; aún se han dado el lujo de un servicio de ambulancias, como esa admirable Cruz Roja, que repara bien que mal, por la tarde, los desastres ocasionados por la jornada; tienen también, como de la ciega imitación, una prensa nacionalista, que, exactamente como la prensa nacionalista de París y de Londres, insulta á los extranjeros. Como imitadores, lo son muy buenos. No les regateamos este elogio. Pero el mundo no marcha conducido por imitadores, y la incapacidad de los amarillos para la invención está establecida por la historia de los cincuenta siglos que ha vivido la humanidad.

Se cita á Confucio! Después de todo, Confucio, que no es leído, y de quien no se habla sino de oídas, es una excepción, una anomalía, una paradoja sepulta en las bibliotecas. Por la otra parte existen Sócrates, Platón, Séneca, el Cristo, Marco Aurelio, Aristóteles, San Agustín, Kant, Tolstoy, Leibniz, Descartes, Pascal, Comte, y todos los grandes moralistas, y toda comparación sería risible.

La inferioridad de la raza amarilla no solamente está demostrada por los hechos





PUERTO CABELLO: Boca del río. — (Fotografía de Avril.)

históricos, sino probada también por la ciencia.

La especie humana es una especie bien definida; no hay lugar a vacilación cuando se trata de determinar á un hombre como sér humano, aun comparando á los más degradados salvajes con los monos superiores. No hay incertidumbre posible entre el límite del hombre y el del animal. Sin embargo, en los confines de ambas especies, se dibuja como una vaga apariencia de parentesco. Las dimensiones del ángulo facial, el volumen del cerebro, la estructura de algunos músculos, la anatomía, en una palabra, cuyos datos son formales, establece esta aproximación entre los hombres de raza negra y los monos. La semejanza es menor con los amarillos, lo sé. Empero, poseen ciertos caracteres anatómicos que los asemejan al mono, más que los blancos.

Produzca esto alegría ó tristeza, poco importa: es un hecho, un hecho real, ante el cual es necesario inclinarse, con todas las reservas, por supuesto, con respecto á las conclusiones. Para tener la prueba, basta visitar un museo de anatomía comparada. Todos los alegatos filantrópicos no valen el peso de un encéfalo, la cubicación de un cráneo, la medida de un ángulo facial. Entre el mono y el hombre de raza blanca hay mayores diferencias que entre el mono y el hombre de otras razas humanas. Es ello lo que ha probado la ciencia sólidamente.

Así, os parecerá evidente que no sólo

ambas razas, blanca y amarilla, sean diferentes; sino que la superioridad de la raza blanca está demostrada por la ciencia y por la historia, tanto como por el ascenso unánime, tácito ó expreso, de todos los blancos, aun de los amarillos y de los negros.

Esos hombres son hombres como nosotros; son nuestros hermanos, es cierto, pero hermanos inferiores; lo cual no es menos cierto.

¿Cuál es, pues, mi conclusión?

Es muy sencilla y puede resumirse en una palabra: *la justicia*.

Cuando se trata de un sér humano, por más que sea nuestro inferior ó nuestro igual, siempre tenemos el deber estricto de ser justos. Faltar á la fe jurada, es tan criminal tratándose de un negro como tratándose de un blanco. Ser bárbaro y cruel, es siempre ser bárbaro y cruel. Robar á un chino! Traicionar á un japonés! Maltratar á un negro! Engañar á un malayo! Son actos odiosos: no hay excusa para ese robo, ni para esa traición, ni para ese engaño.

Aun pretendo que, puesto que somos, como lo he demostrado, superiores á los amarillos, debemos hacer resplandecer esa superioridad por medio de una moralidad más elevada. A menudo, muy á menudo, los soldados europeos, con sus armas perfeccionadas y su temible organización militar, se creen autorizados para todo cuando se trata de indígenas. Los infelices no comprenden que por sus exacciones y sus rapiñas, se exhiben inferiores á los que desdennan,

porque no hay nada tan despreciable como el abuso de la fuerza. Nó, mil veces nó! El hecho de pertenecer á una raza superior, no constituye ningún derecho á la iniquidad.

Pero á esos extranjeros, á esos bárbaros, si les debemos la justicia, se la debemos hasta su estricto límite; y cuando ellos también pretenden, como en el caso actual, representar un detestable papel de invasores y conquistadores, es permitido rehusarles otra cosa que la justicia.

Es preciso cuidarse del porvenir de la humanidad. Si apareciese en la historia esta cosa absurda, inverosímil, la destrucción ó la dominación de la raza blanca por la amarilla, ello sería un cataclismo tan grave como el más terrible de los fenómenos meteóricos que anonadase al planeta: quedaría comprometida la suerte futura del hombre. Las pagodas, las caricaturas, las lenguas monosilábicas reemplazarían nuestra espléndida civilización aria; y comenzaríamos á regresar á la animalidad.

La notable é interesante respuesta de M. Finot á la carta anterior es más extensa que el espacio disponible en este número, por lo cual la reservamos para el próximo.

ELOY G. GONZALEZ.





ARPA MUDA

(Album de Bellisu Oberto.)

¿Quieres estrofas? Mi musa esquivada,
la desdenosa, la pensativa,
anoche mismo me visitó,
me dió sus besos, me dió sus flores,
y solitario con mis dolores
la caprichosa me abandonó.

¡Querub amado! si tú supieras!.....
pasa las negras noches enteras
sobre la mesa del tocador,
y mientras élla juega y suspira,
enjugo el llanto, templo mi lira,
y al aire lanzo mi débil voz.

Amante luego siempre reclina
sobre mi pecho su peregrina
cabeza rubia como la luz;
sobre mi pecho su sien reposa
y entonces pienso que es mariposa
que extiende el ala sobre una cruz.....

¡Me quiere tanto! ¡Nada me veda!
Sus broches áureos, su chal de seda,
sus brazaletes, su peinador,
sus dulces besos embriagadores,
todos sus cantos, todas sus flores,
todas sus joyas me regaló.

Si el Mal me lanza su dardo agudo,
la pobrecita—como un escudo—
evita el golpe fulminador.
Por ser tan triste, tan candorosa,
tan casta y dulce, tan amorosa,
por ser tan buena la amaba yo.

Pero esa musa, la compasiva,
mi pasionaria, mi sensitiva,
anoche mismo me vino á ver
y, al ofrecerme su miel de amores,
vió en mi bufete, hundida en flores,
la suave imagen de una mujer.

Vió sus cabellos negros, rizados,
sus adorables ojos rasgados,
su boca roja—botón de miel—
sus pies de hada, su tez de rosa,
su grácil cuerpo de tuberosa
digno del mármol y del pincel.

Como la amarga pena, sombría,
como los muertos, pálida y fría,
torva y sañuda como el dolor,
altiva siempre, rompió mi lira
y sin quejarse, roja de ira,
me dió la espalda sin un adiós!

*
*
*

¿Quieres estrofas?..... Yo me recato
de aquí escribirlas. Por tu retrato
supe que estrofas tus manos son;
urna de versos tus labios rojos;
son madrigales tus bellos ojos
y es un poema tu corazón.

¿Quieres estrofas?..... ¡Si nada tengo!
¡Si nada valgo! ¡Si mudo vengo
á este santuario primaveral!
Si mis recuerdos tu mente anhela,
dejo los restos de la vihuela
y me arrodillo frente al altar!.....

J. D. TEJERA-HERNANDEZ.

Mérida.

EL PUÑAL MALAYO

(Versión de EL COJO ILUSTRADO)

—Amigo Gambard; está usted como
muy apurado. Hágame el favor de sen-
tarse un momento.

—Es que ya van á dar las diez, señor
Moutier.

—No importa, hombre! La plaza dura
hasta el medio día, y tiene usted tiempo
de sobra.

—Sí; pero yo quedé con mi mujer en
que nos encontraríamos casa del mar-
chante de telas, de paños y retazos.

—Entonces, mejor. Si su mujer está en
la tienda escogiendo géneros, de seguro
que no se preocupará mucho, ó nada, de
la poca puntualidad de usted. Porque,
sepa, mi amigo, que me interesa que no
se vaya usted, hoy, sin ver á mi hijo.

—Ah! si es verdad. No me acordaba
que su hijo había vuelto ya de París.
¡Qué contento estará usted! ¿El terminó
todos sus estudios?

—Sí; y aquí lo tiene usted de doctor
en leyes. Su madre está muy contenta;
yo no. Yo soy otra cosa. Me parece muy
parisiensito este niño; y como me supongo
que haría sus estudios en medio de
cierta clase de individuos un poco trabaja-
josos, tiene este muchacho conversaciones
que no me cuadran. ¡Si oyera usted
qué argumentos propone sobre la honra-
dez, la propiedad, la justicia!.... ¡Eso
es de verse! Ayer, en la mesa, si no hu-
biera sido hijo mío, me levanto y me ha-
bría ido de la casa; pero, como era él,
me contenté con meterle—sencillamente
—un par de mojicones. A esto agrégue-
me usted, que no sé si contrajo en París
alguna amistad que todavía dure, porque
es lo cierto que me bota mucha plata.
Constantemente le doy; pero no por eso
deja de andar detrás de la madre, pidién-
dole y pidiéndole, porque no se sacia.
Se acuesta muy tarde, y por la mañana
quiera levantarse. No, mi amigo. De nin-
guna manera eso es corriente. Así no se
puede vivir; y si este niño pretende ha-
cer algo en su profesión, es de necesidad
que tome otro camino.

—Yo me imaginaba que usted quería
que fuera empleado público.

—Por ahora dice que nó; pueda ser
que más tarde, y dándole siempre noso-
tros, al fin y al cabo quiera ser.

—¿Usted no sabe que el joven Megnin
ha vuelto aquí, como Juez de Primera
instancia?

—¡Cómo nó; si lo sé! Es discípulo
de mi hijo, y me parece como que es
muchacho serio.

—¿El joven Megnin? ¡Ah! nó. Ese es
capaz de hacer condenar á un santo; y
con un tipo semejante de seguro que no
se aplacaría un escándalo como el que se
produjo en el colegio el año pasado, ni
mucho menos. Pero, por Dios, señor

Moutier; las diez y cuarto! Me voy, me
voy; tengo mucho que hacer.... No ha-
bía visto yo; ¡qué bonita panoplia tiene
usted ahí!

—Sí, no es mala; pero la que tengo
allá abajo, en mi alcoba, es mucho más
interesante. Bajemos para enseñársela, y
hacerle ver el puñal malayo que adquirí
hace dos días. Supóngase usted que pasó
por aquí, (¿cuándo fué?), ah! sí, antes
de ayer, un hombre que parecía marino,
de no sé qué parte, el cual llevaba una
porción de curiosidades exóticas de paí-
ses lejanos. Entre otras cosas le compré
una arma, que él llamaba puñal malayo;
y sea puñal malayo, ó nó, es lo cierto que
la tal arma es muy rara. Ya había yo
visto eso en un libro; pero no creía que
existiera realmente. Cuando el puñal es-
tá en la herida, se comprime un resorte;
entonces, la hoja se divide en varias par-
tes; y cuando se saca afuera el puñal,
queda hecha una horrible herida en for-
ma de cruz.... Bajemos, que quiero que
usted conozca esa curiosidad; pero ten-
ga cuidado con los últimos escalones,
porque la alcoba es muy oscura. Por for-
tuna, la panoplia está muy cerca de la
ventana.... Cáspita!

—¿Qué es, señor Moutier?

—¡Buena la tenemos ahora!

—Pero, ¿qué es lo que sucede?

—Que no está ya ahí mi puñal malayo.
¿Quién lo ha podido quitar de aquí? Oh!
eso es grave, y va á ser necesario aclara-
rlo.

—Vea si está en el suelo, señor Mou-
tier. Acaso los clavos en que estaba, se
han caído.

—Nó; los clavos están muy seguros, y
por el suelo no está. ¡¡Es indispensable
aclarar eso!!

—Señor Moutier, me voy.

—Hasta luego, Gambard... ¡Justina!...
¡Justina!... ¡En vez de Justina se pre-
senta usted, Clemencia!.... ¿Dónde está
Justina, dígame!

—Justina no está aquí, señor. Está con
la señora, allá, en el fondo del jardín, y
yo, estoy llegando ahora de la plaza.

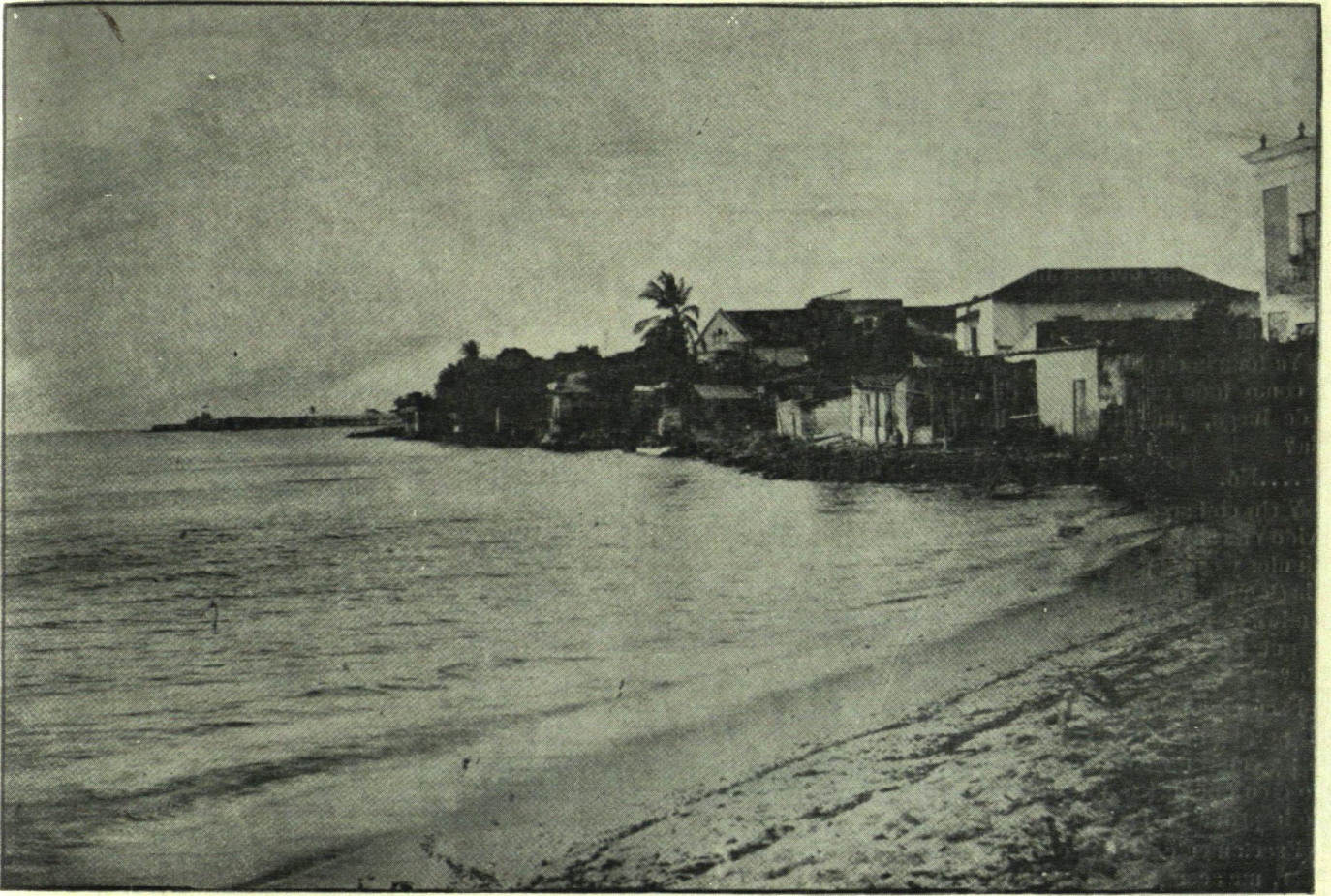
—Bien; pero, ¿qué siente usted, qué
tiene? porque me parece verla á usted,
asi, como desconcertada, como asom-
brada!

—Y no es para menos, señor. Acaba de
suceder una desgracia horrible. La seño-
ra anciana del castillo.... usted la co-
noce....

—¿Qué más?

—La asesinaron anoche temprano, co-
mo á las nueve, en su palacio. Su jardi-
nero oyó un grito; y cuando corrió á ver
qué era, la encontró muerta.... No se
sabe hasta ahora, quién la mató; pero ha
debido ser un bandido consumado....
Figúrese usted, que, en el pecho sola-
mente, tenía dos puñaladas que, á las
claras, hacían la figura de una cruz....
Está usted lívido; ¿qué tiene, señor?.

—Nada. La muerte de esa señora....



PUERTO CABELLO: Parte oeste. — (Fotografía de Avril)

me ha hecho mal... ¿Mi mujer sabe esto?

—Todavía no.

—Ni le diga usted nada. Eso la afligiría mucho.

—A lo que se agrega que la señora está sumamente triste ya. No sé si debo decirlo; pero bueno es que usted sepa que Lucianito...

—Y Lucianito ¿qué?...

—Que no vino anoche á acostarse. No durmió aquí... Usted está muy enfermo, creo yo. Usted tiene pintados en la cara los siete colores... Lo veo muy demudado...

—No sé qué tengo. Me duele el pecho... Desde esta mañana... mejor dicho... desde ayer me siento así.

—Pero como se siente así, vale más que suba á su cuarto.

—Sí, me voy para allá.

—Lo ayudaré á subir la escalera.

—No, no; déjeme; yo voy solo.

—Sí voy; sí voy. ¡Si usted no se puede tener en pie! Aquí no más... ahí, ahí. Siéntese ahora en su gran *poltrona*, y descánsese. ¿Se siente mejor ahora?

—Sí; por supuesto.

—Estoy cierta que usted lo que tiene es el disgusto de que Lucianito no viene á acostarse á su cama.

—No, hombre, eso es absurdo. Yo no me encuentro bien desde ayer.

—Voy á llamar á la señora.

—Nó, nó; déjela.

—Justamente, aquí está ella. Mi señora: el señor Moutier me parece que está enfermo.

—No hay tal cosa; no tengo nada. ¿Qué te está contando?... Mire... váyase á su cocina.

—Mi señora: yo le dije al señor Moutier, que Lucianito...

—Pero, ¡mujer! ¿Quién la metió á usted á decir eso? Retírese; y para otra ocasión, métase en lo que le toca. ¡Váyase!... Es insoportable este moscardón. ¿Qué te ha dicho de Luciano?...

—Lo que es cierto; y eso, indudablemente me disgusta muchísimo; pero yo me sentía ya muy mal, desde antes.

—A mi lo que me repugna, no es que se quede en la calle, porque... en fin... un joven de su edad; pero tiene ciertos manejos misteriosos, que sí me intranquilizan. Por ejemplo: no hace nada que entró con suma precaución. Yo estaba en el desván de la escalera acomodando en un rinconcito unos trastos que se me habían quedado afuera, y como estaba en lo oscuro, naturalmente no me vió. Pero yo sí lo vi que se acercó á la panoplia, y

que engarzaba algo en un clavo... ¡Edmundo! ¿Qué tienes, hijo? Estás más blanco que la nieve!

—Nada, absolutamente. El ataque de ahora poco que me vuelve... Véte... Prefiero estar solo.

—¡Cómo va á ser eso! ¡Que te deje solo, cuando estás tan malo!

—Esto es nada, te repito. Tengo mucha debilidad; y cuando veo que se molestan ó afanan por mí, me incomodo, y, por supuesto, me pongo peor. Véte, mi hijita; hazme el favor.

—Te aseguro que con eso me entristeces... pero, ¿á qué vuelve usted aquí, Clemencia? ¿Qué viene á buscar?

—Ahí está un señor que quiere hablar con ustedes.

—Bah! Si usted sabe muy bien que Moutier está enfermo.

—Es el joven Megnin, el Juez.

—Dígale que Moutier está en cama... Voy á ver que quiere contigo.

—Nó, nó; díganle que suba... ¿Usted oye, Clemencia? Bueno; váyase, pues; y tú, déjanos á los dos solos.

—¡Qué modo tienes de hablarme, mi hijo!

—Perdóname... pero te ruego que nos dejes solos. Probablemente necesita ese caballero algún informe confidencial;

y como tú comprenderás, le sería molesto hablar delante de otra persona.

—No sé lo que tienes, Edmundo; pero me causa dolor verte así... Adelante, señor Megnin. Ahí queda usted con mi marido, y hasta ahora.

—Mi amigo: he querido que mi mujer no estuviera aquí. ¿No le parece bien?...

—¿Ya usted vió á Luciano, su hijo?

—...Todavía nó.

—Mas, indudablemente que estará usted ya al corriente del asesinato de la señora Joyle.

—...Si

—Ya toda la ciudad lo sabe. ¡Es increíble como todo se divulga y diafaniza! Desde luego, ¿su hijo no le ha dicho nada?

—...Nó.

—Y sin embargo, ¡de cuánto me ha servido en este asunto! Habíamos comido juntos y estábamos en el teatro, cuando hasta allá fueron á buscarme... Mas, ¡hombre de Dios! ¿Qué dolor tiene usted que muestra un aspecto tan diferente?

—Excúseme usted... no sé si he oído mal, porque no puedo precisar las palabras; y como me siento desvanecido... Pero creo que usted me ha dicho que pasó la prima-noche, ayer, con mi hijo.

—Exactamente. Cuando me fueron á buscar, me acompañó al castillo, y al ver la herida, me dijo: «Esta es una puñalada que han dado con un puñal malayo, igual al que tiene mi padre en su panoplia.» Y vino aquí, en el momento, á buscar el arma, con muchas precauciones, como era natural, para no despertarlo á usted, primeramente, y después, para no darle una impresión en extremo desagradable, con el brusco relato de un suceso tan triste. A mí me dió las señales fisonómicas del marino que le vendió á usted aquel puñal tan extraordinario; y como juzgamos que aquel hombre debería llevar más consigo, lo hicimos preso á tres leguas de aquí. Ha rendido declaraciones completas; pero además, necesito la de usted.

—...Aquí tenemos ya á su hijo. Luciano: su padre lo sabe todo. Por una parte lo celebró, pero por otra, no me gusta verlo sufrir tanto.

—Esto es nada... Abatimiento... Excúseme usted de que así llore... Estoy postrado...

—¿Qué es esto, papá? ¿Qué tienes?

—Nada puedo decirte... Abrázame, hijo mio!

TRISTÁN BERNARD.



DE «ALMA DE AMÉRICA»

(Inédita)

LAS BOCAS DEL ORINOCO

Tú que de cárcel de almenadas rocas fugas por entre selvas, y resbalas como un dragón con invisibles alas, cincuenta veces en tus deltas chocas.

Te retuerces, te crispas, te dislocas y por cincuenta pórticos te exhalas; y al ensancharte en las cerúleas salas, lanzas un ¡ay! por tus cincuenta bocas.

Y cuando tu agua con el mar se junta, finge enorme ramal que se desata; y que amarra una isla en cada punta.....

¡Salve á tí, triunfador, que hacia el oceano en carro vas de resonante plata, con tus cincuenta riendas en la mano!

JOSÉ S. CHOCANO.

CISNES NEGROS

La tarde en muelle laxitud declina, Ligeramente enferma, y el ambiente Está suave como una muselina Habitual, cuyo roce no se siente.

Aplómase el estanque; entre los juncos Una vieja piragua se desfonda, Quizá arrastrando los recuerdos trancos De algún drama de amor sobre la onda.

Para que el kiosco en su cristal se marque, Con la trivial fidelidad de un calco, Reposo el agua; el nemoroso parque Tiene una majestad de catafaico.

Hay una estatua entre la fronda oscura... Abstracto albor su desnudez aviva, Y cómo impone al bosque la mesura De su castidad grave y pensativa!

Adquiere la alameda encanto agreste; Su ámbito, diluyendo las siluetas, Acaba en una infinitud celeste Que la tarde sembró de violetas.

Duerme el estanque en su matiz de plomo; Mas fina rama ó invisible vuelo, Rizan su frágil superficie, como Una felpa frisada á contrapelo.

Y esa fugaz tremulación del agua Fuera la única inquietud acaso, Si no surgieran junto á la piragua Tres enlutadas de indolente paso.

Casi niñas las tres, sus brazos flojos Con prematuro afán siegan quimeras, Y asombra lo profundo de sus ojos Y la devastación de sus ojeras.

Como un temple sutil vibra el linaje En sus nervios; un áspero pregusto De voluntad, aun bajo del encaje Da al mórbido mentón algo de adusto.

Sabrán sufrir y odiar, pero se augura Que ya agobiadas de ancestral flaqueza, Su odio es más ironía que amargura Y su mal es esplin más que tristeza.

Su palidez ya casi luminosa, Las vuelve más esbeltas y más leves, Como evocando la ascunción gloriosa De un diáfano crepúsculo en las nieves.

Y sus cabellos de fragancia leda, Que artístico alfiler prende y alhaja, Hacen pensar en la excesiva seda De un insecto anormal que se amortaja.

Una se yergue con aciago hastío, Y en la obsesión fatal que la acomete, Presenta á la pasión en desvarío La traición inquietante de un florete.

El Deber, como un ayo antiguo y lerdo, Fastidia su inconsciencia soñadora, Regañando al pasar (oh qué recuerdo De un pecado mortal me asalta ahora!)

Sus ojos miran cual los de una ciega, Sin expresión, sin rumbo, sin visiones; Y la estupefacción que los anega Anticipa espontáneas perversiones.

Son sus labios capullo en que rebosa Sangre de esclavos por nutritivo jugo, Fatigándose en ellos la golosa Beatitud de un ídolo verdugo.

La otra tiene por todo distintivo Un menudo lunar junto á su cuello... De cuando en cuando un ademán cursivo Como el céfiro, alisa su cabello.

Bagatela jovial, sólo en la liza De algún fútil amor sufrió quebranto; Y ese lunar que la individualiza Como el tilde á la «i», forma su encanto.

Adora las baladas «A la luna», Sabe un poco de Schumann, no muy triste, Y corona superflua como una Cinta el viejo blasón que ya no existe.

Pero la estirpe, de altivez dechado, La agobia en su magnífico decoro... (Oh prima á quien pudiera haber amado Cuando tenía un corazón de oro!)

Sellando la piedad lúgubre y rica De su luto, con fiel recogimiento, La tercera en el agua se duplica Como un joven ciprés ya macilento.

Sugiere en la quietud casi nocturna La ilusión de un cariño que se yerma En la melancolía taciturna De amar, sin esperanzas, á una enferma.

(Las nobles fuentes que el jardín decoran, Gimen en la abismada lejanía Con esos balbuceos que ya lloran Y que no son palabras todavía.)

Sueña quizá las acuitadas trovas De amadores heridos de pesares, Por quienes en sus ríspidas alcobas Plañeron Berenguelas y Guiomares.

O en el novio ideal, mancebo blondo Entrevisto por la íntima persiana, Que á la tarde pasó, miró muy hondo, Y que no volverá á pasar mañana...

La noche da á las tres aire de esfinge, Y el negro traje al agravar la duda, Con la caricia de sus curvas finge Líquida ondulación que las desnuda.

Quando de pronto, con ligero arranque, En su blancura casi refulgente, El solitario cisne del estanque Boga hacia ellas armoniosamente.

LEOPOLDO LUGONES.



SERVICIO RELIGIOSO A ORILLAS DEL MAR DE FINLANDIA. — Cuadro de A. Ekelof

IDEAS Y PARADOJAS

DE TODO UN POCO

(Versión de EL COJO ILUSTRADO)

No sólo digo que la ignorancia es la condición necesaria de la felicidad, sino aun, la condición necesaria de la existencia misma. Si todo lo supiéramos, no podríamos soportar la vida tan sólo una hora; y son los sentimientos que nacen de una apariencia y se nutren de ilusiones, los que nos la hacen dulce, ó, á lo menos, soportable.

Si un hombre poseyera, (como Dios posee), la verdad, la verdad única, y la dejase ese hombre caer de sus manos, en el acto quedaría el mundo reducido á la nada y disiparíase en un instante, como sombra, el universo todo. La verdad divina, semejante á un juicio final, lo reduciría á cenizas.

**

Cuando se dice que la vida es buena, y cuando, por el contrario, se dice que la vida es mala, decimos una cosa que no tiene sentido. Débese decir que es á un mismo tiempo, buena y mala; porque es por ella, y sólo por ella, por lo que nos damos una idea de lo malo y de lo bueno. La verdad es que la vida es deliciosa, horrible, encantadora, espantosa, dulce, amarga, en fin, que es todo. Se nos hace la verdad, como en el arlequin del buen Florián: la ve el uno colorada, el otro la ve azul; y no

obstante, todos dos la ven como es, puesto que es la verdad azul y colorada, y de todos los colores. Motivo es éste más que poderoso para que todos nos pusiéramos de acuerdo, y se reconciliaran los Filósofos que entre sí se desmienten y destrozan. Mas; somos de tal manera formados, que queremos obligar á los demás á sentir y pensar como nosotros; ni podemos consentir que nuestro vecino esté contento, cuando nosotros estamos tristes.

**

Me he encontrado en muchos sabios, el candor de los pequeñuelos inocentes; y vemos todos los días á ignorantes que se creen el eje del mundo. ¡Ah! Cada uno de nosotros se considera el centro del Universo; y tanto es ésta la ilusión común, que ni el barrendero de calles está exento de ella. Y viénele esta excusable ilusión, de los ojos, que, al ver á su rededor completamente redonda la bóveda celeste, colócanlo,—con toda evidencia,—en el centro exacto del cielo y de la tierra. Quizá este error se modifica un poco en el que mucho ha meditado; pero la humildad, que es muy rara entre los sabios, lo es mucho más entre la gente ignara.

**

Cuanto más pienso en la vida humana, más creo que debemos darle por jueces y testigos, la Ironía y la Piedad, tal así como los Egipcios invocaban para sus muertos, á la diosa Isis, y á la diosa

Nephtys. La Ironía y la Piedad son dos magníficas consejeras. Sonriendo, nos hace la una, amable la vida; la otra, llorando, nos la hace sagrada. Y por bien entendido téngase, que la Ironía que invoco, no es cruel y por lo tanto, ni critica la belleza, ni ridiculiza el amor. Dulce es y benévola; su sonrisa desarma la cólera, y ella nos enseña á reírnos de los malvados y de los necios, que acaso podríamos, sin su intervención, tener la debilidad de odiar.

Asírnos á ella, como á tabla que nos salva, es de imperiosa ley.

**

Por poco que hayamos tratado á los sabios, pronto podemos darnos cuenta, de que son los hombres menos curiosos del mundo. Hallábame hace ya algunos años, en una ciudad de Europa, cuyo nombre callaré; y acompañado de uno de los directores de los museos de historia natural, visitaba la sección ó departamento de los zoólitos, que con la mayor bondad me describía. Mucho me dijo, y mucho más me instruyó, acerca de los terrenos pliscenos. Su disertación fue interesante, animada, muy competente, hasta ahí; pero cuando nos encontramos ante los primeros vestigios del hombre, volvió el rostro á otro lado, y respondió á mis preguntas diciéndome: que eso no estaba en sus muestrarios. Comprendí mi indiscreción; porque, claro está que no debe preguntarse jamás á un sabio por los secretos del Universo que no tenga allí, á la mano entre el muestrario. Lo demás no le interesa.

*
*
*

El encanto que seduce más las almas, es el encanto del misterio. No hay belleza donde no hay velo; y lo que más preferimos, es, á las veces, lo desconocido. Fuera intolerable la existencia, si jamás soñáramos; porque lo mejor que la vida tiene, es la idea que ella nos da, de no sé qué, que no hay en ella. Diremos finalmente, que lo real nos sirve para construir,—que mal que bien,—un poco de ideal y que en esto consiste acaso su más grande utilidad.

ANATOLE FRANCE.
(De la Academia Francesa)

DE MI CARTERA

(LIBRO INÉDITO)

CORRECCIÓN

VI

Convenidos ya en que las reglas por las cuales se rige hoy y se ha regido siempre en su declinación el pronombre de tercera persona, no son las que la analogía señala sino las que el capricho ha establecido, prosigamos el estudio de los pronombres y de los artículos, considerados no como debieran ser, sino como realmente son en la práctica, como funcionan en el lenguaje corriente y conforme á las decisiones del uso más autorizado.

Hemos visto cómo, aun reconociendo la forma *los* como la sola propia del acusativo en la tercera persona masculina de plural, tenemos que exceptuar las construcciones impersonales cuasi-reflejas, en que la forma invariable es *les*: *Se les admira, se les lisonjea, se les castiga.*

Pero es necesario advertir que si en el estudio de esta excepción, bien sea para combatirla ó para sustentarla, nos fijamos en la explicación académica, (*Gramática*, páginas 251 y 252), nos exponemos á desbarrar muy tristemente, á causa de que la Academia no define con la debida exactitud, la construcción de que se trata, y para mayor embrollo termina su deficiente lección diciendo que, en tales y cuales construcciones, *el complemento directo se ha de emplear como acusativo*. Esto es ir fuera de trastes, y demuestra cuán errado es de suyo el criterio oficial de la Academia, cuando empeñada en marchar contra la corriente del uso universal, no tiene reparo en echar por tierra la dialéctica del arte. ¿Acaso hay ocasiones en que el complemento *directo* deja de ser *acusativo*? ¿Quién ha visto nunca un complemento *directo* en vocativo ó en genitivo ó en ablativo, etc.? Ante semejantes razonamientos, es mejor pasar de largo en obsequio de la paciencia, pero cuando se trata de esclarecer la verdad hay que analizarlos.

Para que la excepción tenga cabida, no basta que en la oración concurren dos pronombres personales, de los cuales el primero sea *se* y el otro sirva de término á la acción del verbo; sino que es condición *sine qua non* que la oración sea impersonal como lo hemos dicho y repetido y como fácilmente se comprueba por la observación de la práctica general. Véase este ejemplo:

«Si á los perturbadores del orden público no *se les* castiga como es de justicia, bien puede la Moral decir que *se les* es-

timula, porque *se les* hace inmunes, *se les* pone por sobre la sociedad en que viven, y, en una palabra, *se les* premia.»

¿Quién castiga, estimula, pone y premia? La oración es impersonal, esto es, carece de sujeto, y en tales construcciones nadie dice *los* sino *les*. Pero en el siguiente ejemplo ocurre todo lo contrario:

«El penitente confesó todos sus pecados y el capellán *se los* perdonó.»

¿Quién perdonó? El capellán que es el sujeto de la segunda proposición. ¿Qué cosa perdonó? Los pecados representados por el acusativo *los*. ¿A quién perdonó el capellán los pecados? Al penitente, representado por el dativo *se*. La oración es, pues, regular, tiene sujeto y complemento expresos, y en este caso nadie dice *les* sino *los*. Por la misma razón: «Pedro compró dos panes y *se los* comió» ¿quién va á decir *se les* comió?

Y no hay que fijarse en que en estos ejemplos el acusativo es de cosas y no de personas, pues lo mismo ocurre en tratándose de estas: «El capitán encontró á los desertores y *se los* llevó al cuartel.» Nadie dice *se les* llevó. (Cuando se trata de observar el uso general, una que otra persona que se exprese en forma especial debe ser reputada como *nadie*.)

Lo mismo ocurre en el singular, por más que sea observación no escrita en la Gramática de la Academia ni en *El Castellano en Venezuela*. El uso general dice indistintamente *le* y *lo* en el acusativo masculino; pero no así en las construcciones cuasi-reflejas de que acabo de hablar. Nadie dice, v. gr. «Pedro compró un pan y *se le* comió,» sino *se lo* comió, *comióselo*.

Don Vicente Salvá creyó notar que el uso se inclinaba á decir *le* cuando este acusativo «se refiere á los espíritus ú objetos incorpóreos y á los individuos del género animal; y *lo* cuando se trata de cosas que carecen de sexo.»

Don Andrés Bello acata la sagaz observación, no porque la considere capaz de establecer una regla, sino, como él dice, porque «parece aproximarse algo al mejor uso.» (*Gramática*.) Así pudo ser en aquel tiempo, pero en los sesenta años transcurridos de entonces acá, la expresada tendencia no se ha seguido acentuando ni tiene hoy apreciable representación en las bellas letras ni en el lenguaje vulgar. En España todos los literatos actuales dicen indistintamente *le* y *lo* en acusativo, trátese de persona ó de cosa; y por lo que hace á Venezuela, tanto entre los escritores como entre el vulgo, nadie tiene reparo en expresarse como lo hace nuestro insigne estilista don Marco-Antonio Saluzzo, Director de la Academia Venezolana de la Lengua:

«Todas estas causas hicieron que más tarde los censores Apio Claudio Pulcher y L. Calpurnio Pisón *lo* lanzaran del Senado (á Salustio), *tachándolo* de corrompido en las costumbres sociales y demagogo en las opiniones políticas.» SALUZZO (*Historia abreviada de la literatura latina*.)

Y como se expresa don Pedro Arismendi Brito, quien, si no es académico, hace muchos años que debiera serlo, así por sus profundos conocimientos lingüísticos como por el amor muy constante

con que siempre ha cultivado las bellas letras.

.....
Es la imagen de un hombre,
Y junto á mi *lo* veo,
.....
Pero trémula al punto
Sin querer *lo* desdengo,
Y me aflijo y *lo* llamo
Y á acariciar *lo* vuelvo.

Ah! sí, por esta noche
No te *lo* llesves, déjalo.»

ARISMENDI BRITO (*Anacréontica*.)

No se debe, pues, tomar en cuenta la observación de Salvá.

Ganará mucho nuestra lengua cuando el uso se fije definitivamente y diga *la, las* en el acusativo de género femenino, y *le, les* en el dativo: ya este uso se ha extendido mucho, se acentúa cada día más reduciendo á escasa minoría á su contrario que dice *la, las* en dativo, y es muy posible que dentro de pocos años acabe de imponerse en absoluto; pero aun llegado ese día habrá que reconocer el derecho que la perspicuidad tiene sobre las reglas del lenguaje, y nadie podrá censurar el uso discreto de *la*, dativo, en oraciones como la siguiente: «La señora habló largamente con su marido acerca de la carta que *la* dirigieron.» El *le* en este caso sería anfibológico; y aunque por la duplicación se alcanzara la claridad, el uso de la forma simple es tan castizo como el de la compuesta, y no hay razón alguna que lo condene. Así lo reconocen no pocos hablistas, y así ha debido reconocerlo la Academia Española.

Veamos ahora un error gravísimo que figura en la página 240 de la Gramática académica y del cual son responsables no pocos tratadistas. No se trata de una simple opinión contraria á lo establecido por la práctica general, ni de un dictamen más ó menos ilógico que pudiera disculparse en cierto modo por el plausible deseo de fijar y precisar algún uso indeciso, vacilante; sino de un contradictorio que directamente vulnera tres ó cuatro leyes de la sintaxis castellana y que por lo mismo coloca á los estudiantes en la mayor perplejidad.

Para explicarlo con relativa claridad en pocas líneas, empezaremos por decir que el error consiste en afirmar que, en las frases *hay fiestas, las hay*, las voces *fiestas* y *las* son sujetos y no complementos! Sigamos ahora por la revisión de algunas reglas harto sabidas de todo el mundo.

1ª—La forma del nombre declinable que sirve de sujeto se llama *caso nominativo*. El *nominativo* ó *caso recto*, representa el nombre sin relación alguna, y es el que produce la acción del verbo, cuando el verbo significa acción, y por eso se le llama *sujeto* ó *persona agente*. Bien dice, pues, la Academia: «*Sujeto* de la oración es la palabra, ó conjunto de ellas, que pone en acción al verbo; y por *complemento* se entiende la palabra, ó conjunto de ellas, en que termina la acción ó aplicación del verbo, ya directa, ya indirectamente.»

2ª—«Los pronombres personales se de-

clinan por casos, es decir, varían de forma según la relación en que se hallan con los otros elementos de la oración; y ya hemos visto que en el de tercera persona el nominativo es *El, Ella, Ellos, Ellas*; el acusativo es *Lo y Le, La, Los y Les, Las* etc.

Ellos estudian la gramática: *ellos* es el sujeto porque rige al verbo y concierta con él en número y en persona y *la gramática* es el complemento directo ó acusativo, porque es el objeto en que termina directamente la acción del verbo; es la cosa que *ellos estudian*. De la misma manera, si á la siguiente pregunta: *¿qué hacen ellos con la gramática?*, respondo: *la estudian, la*, caso acusativo, será siempre el complemento directo de *estudian*, porque representa el objeto estudiado por *ellos*, sujeto tácito de la proposición.

3^o—Hay oraciones que carecen de sujeto y son las que llamamos impersonales, v. gr., *llueve*, y entre otras las construidas con el verbo *haber* en determinada significación. Oigamos á Bello:

“El de más uso entre los verbos impersonales es *haber* aplicado á significar indirectamente la existencia de una cosa que se pone EN ACUSATIVO: “hubo fiestas.” “Hay animales de maravillosos instintos;” frases en que el sujeto envuelto (QUE JAMÁS SE EXPRESA) es una idea vaga de cosa continente, como si se dijera, *la ciudad tuvo fiestas; la naturaleza tiene animales* etc. Que la cosa cuya existencia se significa ESTÁ EN ACUSATIVO, lo prueba la necesidad de caso complementario de acusativo, cuando la representamos con el pronombre *él*: “Estaba anunciado un banquete, pero no fue posible que *lo* hubiese.” “Se creyó que habría frutas en abundancia y en efecto *las* hubo.” “Hay magníficas perspectivas en la cordillera, y no *las* hay menos hermosas y variadas en los valles.”—BELLO. (*Gramática*.)

Las precedentes explicaciones no han ofrecido ninguna duda, en ningún tiempo; no son simples opiniones de este ó de aquel maestro; sino principios fundamentales de la sintaxis castellana, consignados en todos los textos gramaticales y entre estos la Gramática de la Academia, que los sustenta como no podía dejar de sustentarlos; son conclusiones evidentes de la lógica, conformes absolutamente con la razón, que desde luego convencen como infalibles, como la deducción de que *dos y dos son cuatro*.

Trátese ahora de armonizar esas verdades con la siguiente lección de la Gramática académica:

“Con los verbos *haber* y *hacer* se usan las voces *le* y *la*, *los* y *las* como NOMINATIVO de los pronombres de tercera persona *él* y *ella*. D. Antonio de Solís en su comedia *El Amor al uso*, acto II, dice:

Amor es duende importuno
Que al mundo asombrado tray:
Todos dicen que *le* hay
Y no *le* ha visto ninguno.

Así también, refiriéndose á una tragedia ridícula, cuyo solo título ocupa seis versos, dice el Autor (personaje de la zarzuela de D. Tomás de Iriarte, *Donde menos se piensa salta la liebre*): “Vale el título una escena;” á lo cual otro personaje replica festivamente: “*Las hay* que no son tan largas.”

Así, en fin, habiéndome mencionado antes los sustantivos *razones* ó *antecedentes*, ú otros al caso, decimos que *las hay* ó *los hay*, *los* había, *las* hubo, etc. Y hablando de tiempo, á las oracio-



LA GUERRA RUSO-JAPONESA: Campamento ruso sobre la nieve

nes *mal día hace*, ó *hace mala noche*, *hará de eso un año*, *haría dos*, solemos contestar: *le* hace [ó *lo* hace] muy malo; malísima *la* hace; sí que *le* hará; *los* haría ahora en efecto. De la propia manera cuando hace falta un libro ú otra cosa, respondemos que sí *la* hace, ó que no *la* hace ya pero que *la* hizo. Tales NOMINATIVOS.....”

¡Qué desatino, Dios clemente, qué solemnisimo desatino! ¿De modo que en tales oraciones los acusativos *le*, *lo*, *la*, *los*, *las* son nominativos, esto es, sujetos, y rigen al verbo como todo sujeto ha de regirlo? ¿De modo que cuando digo *las hubo*, refiriéndome á razones ó á lo que sea, *las* no es el objeto sobre que recae directamente la aplicación del verbo *hubo*? ¿De modo que en tal ejemplo, *las* es el sujeto y sin embargo concierta con el verbo, *hubo*, sin imponerle su número, *hubieron*? ¿Qué se han hecho, según esa lección, las oraciones *impersonales*, es decir, que carecen de sujeto, como *tres años ha*, *ha lugar*, *hace mal tiempo*, *hay paso*, *hay indicios*, de que habla la Gramática académica en su página 151? ¿No es cosa bien sabida que el vocablo *hay* no se puede usar nunca jamás sino como impersonal? ¿Cómo cohonestar la lección por la cual se nos enseña que la oración *hay indicios* es impersonal, con aquella otra por la cual en *hay razones*, razones es el sujeto?... Porque la Academia dice, y dice bien en la página 151 de su Gramática:

“Otros verbos hay que, no siendo impersonales de suyo, toman este carácter en algunas de sus acepciones, v. gr. *es tarde*; *habrá guerra* ó *guerras*; *hace mal tiempo* etc.: locuciones en que no se expresa ni se descubre el agente de la significación del verbo.

La tercera persona de singular del presente de indicativo del verbo *haber*, COMO IMPERSONAL, es *ha* cuando con él se expresa transcurso de tiempo, v. gr., tres años *ha*; ó en las frases *ha lugar* y no *ha* lugar; en cualquiera otro caso es *hay*, v. gr., *hay paso*, *hay indicios*.”

Tenemos, pues, que en la página 151 tales oraciones son impersonales, pero que en la 240 no lo son, porque el complemento acusativo es sujeto. *Hay indicios* es una oración impersonal en la página 151, pero si refiriéndome á indicios en la página 240 digo que *los hay*, *los* es un sujeto plural que tiene la particularidad de regir al verbo concertando con él en singular!... y que apesad de servir de término á la significación del verbo como acusativo, le sirve de persona agente como nominativo, porque siendo complemento, es sujeto!... ¡Misericordia, misericordia! Esto es más que raciocinar *ad absurdum*; es una verdadera locura. Y cuenta que la disparatada lección no podría nunca ser considerada como un accidental descuido, pues forma con muchas otras una especie de sorites en que el disparate de la primera proposición sirve de fundamento á la siguiente y siguientes, hasta llegar á una

conclusión deducida ex abrupto. Para que las voces *fiestas* y *las*, pudieran ser consideradas como sujetos en las frases *hubo fiestas, las hubo*, sería preciso que rigieran al verbo y concertaran con él en número, como acontece en el lenguaje inculto del pueblo: *hubieron fiestas, las hubieron*, y por eso dice Bello:

“Es preciso corregir el vicio [casi universal en Chile] DE CONVERTIR EL ACUSATIVO EN SUJETO del impersonal *haber*: *hubieron fiestas, habrán alborotos, habríamos allí euarenta personas.*” BELLO [Gramática].

Oraciones impersonales son también las construidas con el indeterminado *se*: «*Se asegura tal ó cual cosa*»; «*Se cuenta esto ó aquello*»; oraciones en que no hay sujeto expreso ni tácito que asegure y cuente. Así lo enseña acertadamente la Gramática académica en la página 151, pero al llegar á la 246 pierde los libros y asegura que cuando decimos *se desea la felicidad*, la felicidad no es la cosa deseada por un sujeto envuelto, sino el sujeto expreso de la oración, la persona que rige al verbo, que se desea ella misma á sí misma!!!....

Dije al principio que de tan craso error son responsables no pocos preceptistas, y en efecto sería injusto acusar á la Academia como único reo. Los diferentes valores del pronombre *se*, han producido lastimosa confusión en casi todos los gramáticos, que engañados por falsas apariencias, han visto los caracteres de la proposición regular en construcciones indiscutiblemente anómalas, y así lo han enseñado. El pronombre *se*, puede ser acusativo reflejo: «*El enfermo se acostó*,» oración regular en que *el enfermo* es el sujeto que pone en movimiento al verbo, y *se* el complemento directo en que termina la acción. Puede ser dativo oblicuo: «*Leí el libro y selo devolví*,» en que *se* significa *á él, á ella, á ellos ó á ellas*. Puede ser recíproco: «*Ella y él se aman*,» Puede ser indeterminado: «*Se desea la felicidad*»; «*Se necesita una casa*»; y regla general: siempre que el pronombre *se* es indeterminado, la oración es impersonal. Cuando decimos: «*Se perdió la cosecha*,» el *se* es acusativo, complemento directo, y *la cosecha* es el sujeto: la oración es, pues, regular; lo mismo acontece cuando decimos, «*Se mejoró el enfermo*»; «*Se rompieron las hostilidades*»; «*Se derramó el vino*»; «*Se cayó el puente*»; pero cuando decimos «*Se necesita una casa*,» *una casa* no puede estarse necesitando á sí misma, sino que es el complemento directo, la cosa necesitada por un sujeto desconocido é indicado por el pronombre *se* que en este caso no es acusativo reflejo como en las oraciones regulares, ni dativo oblicuo, ni recíproco sino simplemente *indeterminado*. Esto es claro, clarito, como la luz del día más claro.

Otra forma de las oraciones impersonales es la siguiente:

“Son asimismo impersonales los verbos [y esto comprende á la mayor parte de ellos], cuando se usan en la tercera persona de plural, también sin sujeto preciso que los ponga en acción; por ejemplo: *aseguran* que será buena la cosecha; *cuentan* de un sabio.” [Gramática de la Real Academia.]

Sucede que tales oraciones suelen llevar un acusativo plural «Anuncian fuer-

tes vientos»; «Dicen por ahí cosas horribles»; «Preparan en el pueblo grandes fiestas»; y á estas oraciones anteponeamos frecuentemente el indeterminado *se*: «*Se dicen por ahí cosas horribles*»; «*Se esperan graves acontecimientos*,» Entonces, ó mejor, en ambos casos, la construcción es regular, de forma regular y no conviene con el genio de la lengua la construcción anómala: «*Se dice cosas*»; pero no por eso hemos de considerar como verdadero sujeto lo que no es más que un complemento acusativo. Regulares en cuanto á su construcción, son las oraciones «*Se promulgaron sabias leyes*», «*Se publicaron varios decretos*», «*Se necesitan dos casas*»; pero en el fondo son oraciones tan impersonales como «*Se castiga á los perversos*», «*Se les castiga*,» porque ni de las sabias leyes ni de los decretos emanan las acciones de *promulgar* y de *publicar*, ni las tales casas sienten la *necesidad* de sí mismas; y ya se sabe que un sustantivo que no rige al verbo no es sujeto.

Si en la frase «*Se desea la felicidad*,» la felicidad es el sujeto, la persona agente que desea, habremos de convenir en que el *se* es ahí acusativo reflejo, y que por tanto el verdadero significado de la oración es este: «*La felicidad se desea á sí misma*,».

Es de estricta justicia decir aquí que *no todas* las responsabilidades de la Gramática académica, alcanzan al *Compendio* de la misma por el doctor Ricardo Ovidio Limardo. El doctor Limardo forma parte de la Academia, pero no por eso le rinde fanática obediencia; sino que, por el contrario, piensa *con su cabeza suya*, como decía Guzmán Blanco, y gracias á esta inteligente independencia, su *Compendio* ha mejorado notablemente al texto académico, porque ha suavizado sus infecundas rigideces; lo ha atemperado en lo posible al mejor uso cuidadosamente observado; y lo ha limpiado, en fin, de algunas torpes aberraciones y arbitrarios caprichos. En ese *Compendio* se estudia el uso de los pronombres con más acierto que en la *Gramática*; no figuran en él los disparatados *nominativos le, lo, la, los, las*, inventados por el empirismo inmortal de la Academia; y si copia fielmente la doctrina oficial de esta, al tratar del uso vario de las voces *le, les, los, las*, paga por cuenta propia su tributo de respeto á los principios de la analogía y á los dictados del uso universal, diciendo:

“Es injustificable decir *le ó lo*, tratándose de un hombre ó de un objeto, en singular, y no poderse decir *les* ví, sino *los* ví, refiriéndose á dos hombres ó á dos objetos, en plural.”—LIMARDO [Compendio etc.]

Unas páginas más y habremos terminado el estudio de los pronombres y de los artículos.

P. FORTOULT HURTADO.



CROQUIS PARISIENSES

LA ÚLTIMA BARRACA

Me acuerdo perfectamente de la última barraca ó casilla de vendedor, del año pasado; de aquella pobre, misera barraca cuya historia nadie ha referido, pero que no obstante todo el mundo debió ver y notar, pues justamente manteníase en pie mucho tiempo después de las otras.

¡Oh! barraca desgraciada que luchó contra la mala suerte; que luchó contra todo, hasta el extremo de traspasar la época concedida, de correr los riesgos de la contravención; barraca que quería vivir por sobre todo, y la que sólo alcanzó prolongar un tanto más su infeliz agonía.

¿Dónde está este año? ¿Se ha vuelto á abrir, no más que por abrirse? Ahí no lo creo, ni para ella misma lo deseo. ¡Quiéren sabe si las planchas que levantaron, han servido de urna á los que las erigieron, y mejor es que siga olvidada!!

Porque, entiéndase bien que no es de las casillas del boulevard de las que quiero yo hablar; nó. No es de esas casillas opulentas, que conocen el lujo del adorno, forradas sus paredes con papeles de encajes, é iluminadas con tres lámparas de petróleo.

Es de la desventurada barraca, la que vi establecida en un extremo sombrío del boulevard desierto, lejos del hormigueo central de París, en cierto punto no concurrido, pero donde el alquiler era menos caro.

¡Menos caro! He ahí precisamente lo que decidió á aquel infeliz comerciante de chiripa,—fabricante por obra del acaso,—que pretendía conjurar la mala fortuna, cuando sólo hacía pinicos en un negocio que no conocía.

Porque si hubiera estado al corriente de las cosas, *en los palitos*, como vulgarmente se dice, habría sabido que el primer truco del competidor, es establecerse en el corazón, en todo el centro de la multitud, en plena concurrencia, cierto, pero también, en plena actividad.

Ignorante y sencillo, prefirió aquel hombre aquel barrio extraviado, donde tenía menos que desembolsar para poder abrir la tienda, pero donde menos tenía el ensordecedor bullicio y victoriosa gritería de sus vecinos.

Y allí plantó su miserable venta, como si dijéramos desperdigada, á la orilla de una grande acera por donde nadie pasaba, frente á unas casas en fábrica cuyos almacenes, al caer la noche, aparecen como profundos y sombríos mechinales.

Sólo había por toda compañía, y única, dos faroles que proyectan en el suelo unos rayos largos y lánguidos de luz roja.

En tanto, han pasado los días; y unos en pos de otros, se han llevado un girón de esperanza.

De trechos en trechos muy largos, se presentaba un transeúnte, quizás perdido, y se detenía delante de aquel cabo de vela encendido, muy parecido á esos farolitos que alumbran al frente de las casas en construcción. Se paraba, asombrado, antes que todo, porque nada



LA GUERRA RUSO JAPONESA: Concentración del ejército ruso á orillas del Yalú

compraba; ó para preguntarse, cómo se había tenido y acalorado la idea de abrir una casilla, en semejante-inadecuado sitio.

Apenas se paraba un instante, en el acto se iba, huyendo del chillido áspero y monótono del vendedor, y más que todo, del aspecto feroz de aquel marchante famélico, que antes que otra cosa parecía una araña emboscada en el respiradero de un subterráneo, pronta á avanzar *sobre el objeto*.

El hombre se ponía más áspero, se hacía más feroz y famélico á medida que los días pasaban, á medida que en su fuga vana y rápida, devoraban la esperanza.

Y pensaba en su mujer y en sus hijos, que esperaban el resultado de aquel duelo impotente contra la pobreza.

Pero ya, toda ilusión murió:—desvaneciéronse las esperanzas. Los copos de nieve caen como hilas; la voz del vendedor se va apagando; los paseantes apuran el paso, y cada vez se ven menos y menos, y como en torbellinos penetran los copos hasta el fondo de la barraca.

Los juguetes parecía que fueran de azúcar; y la llama de la lámpara semejóbase á una mariposa amarilla sobre la cual se encarnizara una bandada de otras blancas.

Por fin, una mañana vi á mi hombre que desmontaba su casilla y empaquetaba sus trebejos, sin tener el valor, siquiera, de probar fortuna esperándose un día más.

Tenía entumecidas las manos; temblábanle los dedos, y veíansele henchidos de lágrimas los ojos. De cuando en cuando veía al cielo con mirada va-

ga, tonta, estupefacta. Contemplaba, cómo al caer la nieve formaba con sus copos, como vellones helados que el invierno cardease, y contemplábalos como si quisiera acostarse sobre aquel siniestro colchón, y dormirse en él para siempre.

¡Y fuese el hombre de la última barraca! ¡Desgraciado!

¿Qué es de él? ¿Qué es de sus hijos, á quienes llevaba un coche entero de juguetes, pero ni siquiera un misero pedazo de pan?

J. RICHEPIN.

EN EL CANAL DE PANAMÁ

En los canales profundos
que abren los brazos humanos,
dos mares se dan las manos
y se despiden dos mundos.

ROBERTO DE NARVAEZ.

HORA CRUEL

A Miguel Herrera Mendoza.

Es la hora del crepúsculo; el cielo
brilla, como un hermoso rubí de sangre;
las nubes albas fingen cimas de hielo,
y la luna, como un rostro exangüe,
vierte luz de silencio y de tristeza
sobre los verdes y profundos valles;

El humo azul de las chispeantes rozas
sube, como una gran ola de incienso;
se divisan los umbrales de las chozas,
y entre los rescoldos vibra el fuego,
que abrasa con su lengua de corales
el lomo ennegrecido de los cerros;

El río como un corcel por la llanura
corre, y salta el lindero de los montes;
lucen sus ondas en la tarde obscura,
como airadas melenas de leones,
y en las movibles combas de su seno
los peces brillan como raras flores;

Las montañas fulgurantes y el plantío
surgen, como una mina de esmeraldas;
en la cima de un cerro está el bohío,
y del estanque las silentes aguas
sufren, bajo su túnica de limos
el dolor de vivir aprisionadas;

En los pastales tragan los ganados
y mugen fogosos su canción de la tarde;
los bueyes aran dolientes, fatigados,
y en la turquesa de sus ojos graves
hay fulgores inmensos de amargura,
abismos de nostalgias insondables;

Las aves sobre los céspedes mullidos
triscan, y dicen la plegaria del ensueño;
se oyen epitalamios en los nidos,
rumor de alas y música de besos,
en un suave concierto de armonías
que rompe la dulzura del silencio;

Vuelven ya los trashumantes jornaleros
desnudo el pecho, al hombro la herramienta;
se dispersan después por los senderos,
cruzan el valle y suben por la cuesta
sin declinar el paso; cantan siempre
un verso que traduce sus tristezas!

Luego..... la noche vibra sobre las cosas
y las hace más profundas y solemnes;
sólo transita el alma de las rosas
entre la soledad de los cipreses,
y perfuma mis esperanzas de poeta
en estas horas bellas y crueles!

J. I. VARGAS VILA.

LA HIJA DEL TIO BOUCHARD



¿Duda alguna, la hija del tío Bouchard, era una hermosa muchacha, algo como una Tortojada rubia. Cuando yo la veía atravesar los sembrados de trigo ó pasar entre los árboles, mi corazón se llenaba de melancolía y al encontrarme en el «área» de su mirada en que se unían los rayos de la gran azul y de la gran verde, al contemplar su abundante cabellera, y cuando aspiraba el perfume capitoso de la bella muchacha, me sentía una alma tierna de asesino.

Pero nada podía hacerse, el tío Bouchard estaba acorazado en formidables principios; y alguna cosa de su alma había pasado á las de sus hijas; mas, si hubieran tenido alguna debilidad el terror á su padre bastaba para mantener firme su virtud.

Aquel normando de ojos verdes y huraños, de espaldas vigorosas, que torcía una moneda de cien sueldos, levantaba un caballo de labor con su caballero, arrojaba á un mozo por sobre una pared de cuatro metros de altura, y á quien nadie en todas las aldeas del país había podido derribar en las luchas, era benévolo y alegre en la calma, espantoso en la cólera, y estaba dotado de un olfato de comanche.

Había decidido que su mercancía llegaría al matrimonio sin averías, y no desmayaba un punto en la vigilancia. Así pues, á menos de pedir á Magdalena en matrimonio, nada debía esperarse de ella; y por más que fuese una magnífica muestra de la raza caucásica, nuestras intelectualidades eran muy distintas para que yo pensase en asociarla definitivamente á mi suerte. Debía alejarme, pero no me encontraba con fuerzas para ésto, pues si cerca de Magdalena me encontraba melancólico, lejos de ella tenía accesos de spleen intolerable. La vida no transcurre entre la felicidad y la desgracia, sino entre situaciones siempre desagradables.

Sin embargo estuve á punto de levantar el campo el día que la hermosa consintió aceptar el novio escogido por el tío Bouchard. Aquel novio era un normando de la especie roja. Sus cabellos alisados sobre el cráneo relucían como una cacerola de cobre: tenía los ojos de un amarillo de ámbar, la tez fresca y fuertemente coloreada, cuatro extremidades colosales, y un aire tan astuto, que las tres cuartas partes de su negocio fracasaban por la desconfianza que inspiraba á los aldeanos. Era difícil comprender por qué causa había agrado al tío Bouchard, pues no era más rico que cualquier otro, y tampoco gustaba á la muchacha; pero como otras muchas criaturas, esta no se estimaba en lo que valía, y acató sin resistencia la voluntad de su padre.

Creo inútil decirlos que yo aborrecía grandemente al mozo, quien por su parte me agobiaba á cortesías. Llegaba todas las noches metido en una blusa tiesa y lustrosa, que le hacía parecer á un repollo azulado. Sentado en un banco del patio ó en un rincón de la vasta cocina, Silvestre Tournevent guardaba el más profundo silencio. Entregaba á su novia la vara de cinta, el jabón de olor, ó cualquier otra bobería con que pagaba la bienvenida; y después lanzaba de vez en cuando una mirada sin expresión sobre la magnífica muchacha. Ella tampoco le exigía otra cosa, y charlaba con los demás. Esta situación duró siete ú ocho semanas y después fueron publicadas las amonestaciones.

Magdalena, indiferente al principio se ponía poco á poco nerviosa. En cuanto al mo-

zo guardaba siempre el mismo silencio, conservaba su aire astuto y traía con la mayor puntualidad sus regalitos económicos. Por fin se celebró el que fue seguido de la enorme comilona que caracteriza las bodas normandas.

Magdalena mostró sin cesar un rostro infinitamente triste y abandonó la mesa pretextando una indisposición. En el primer momento esto enfrió un poco el entusiasmo; pero muy pronto los poco nerviosos invitados empezaron á devorar de nuevo. El marido mismo después de haber llevado á su mujer hasta la puerta, volvió á sentarse y tomó parte del regocijo general, con sus maneras silenciosas y voraces. Pasaron las horas, Magdalena no reapareció y quizás fué yo el único que por ello experimentaba alguna emoción. Los demás aullando canciones y engullendo vituallas, sidra, vino, café, etc.

En la noche encendieron una hermosa hoguera que empurpuraba los más lejanos campos, verjeles y pantanos. Entonces desfiló Silvestre Tournevent: yo le ví partir con rabia; y mientras que hombres y mujeres saltaban á la luz de la hoguera, yo me sentía presa de celos atroces. Excitado por el ruido me retiré tras un grupo de árboles y me entregué á mis tristes sueños cuando sentí que alguien me tocaba la espalda. Sorprendido ví á Silvestre Tournevent que volvía hacia mí sus ojos amarillos. Una sombra de fastidio velaba su rostro, pero sin borrar su aire de astucia.

—Buenas noches, dijo.

Después suspiró y guardó silencio.

—Evidentemente tiene algo que decirme, pensé.

Pero viendo que nada decía, acabé por preguntarle.

—Mi buen Silvestre, ¿habéis venido aquí únicamente á darme las buenas noches?

—Ciertamente que no—dijo con vaga sonrisa. Quisiera decirlos algo..... respecto á mi mujer..... lo peor es que esto no adelanta señor, nada absolutamente.

—¿Qué es lo que no adelanta?—exclamé. ¿Acaso está enferma?

—Enferma? no, no está enferma..... está disgustada . . . dice que no quiere que sea yo . . .

Se expresaba con dificultad, estaba medio borracho, y no era de palabra fácil. Yo había comprendido, y aquella ridícula situación, no me daba ganas de reír sino que me turbaba y conmovía. Le dije con dulzura:

—Mi buen Silvestre, no puedo nada en esto. No hay más que esperar . . .

—Perdón, señor—pero no podríais decirle una palabrita?

Esa pretensión me pareció más rara que todo lo demás: mi corazón comenzó á palpar fuertemente; y Tournevent continuó diciendo trabajosamente:

—Por cierto que es en vos en quien pienso . . . Sí señor, habla de vos . . . Os echa de menos . . . Habría querido ser vuestra mujer . . . y es muy natural. De manera que si le habláseis, así con cariño, quizás el asunto se arreglaría . . .

—Como queráis, dije con unas palpitaciones que me cortaban la palabra y nos dirigimos á la casa de Silvestre. Los aldeanos reunidos alrededor de la hoguera, en la cual el tío Bouchard hacía arrojar nueva provisión de leña, se apercebieron lo mismo de nuestro coloquio como de nuestra partida.

En el camino, Tournevent cobró valor, me asió por un brazo murmurando con su eterno aire sagaz:

—Yo, señor, no quiero escándalo, por una tontada . . . Soy un hombre tranquilo. No me he casado para disputar con mi mujer!.....

La granja de Silvestre Tournevent, estaba solitaria. El vivía allí con una vieja sirviente y un mozo de labor á quienes se había permitido ausentarse; y que no volverían antes de las dos ó tres de la mañana. Encontramos á Magdalena en la cocina: iluminada por la escasa luz de una lámpara de petróleo, esplendía en su blanca vestidura con toda la gracia luminosa, con toda la resplandeciente languidez de las rubias hermosas cuando su cuerpo está noblemente modelado.

Al verme se estremeció: sus ojos en que las luces verdes y azules se sucedían según los movimientos de la cabeza y los matices de la emoción, se fijaron en mí . . . Silvestre se frotó los muslos con sus enormes manos y, con aire turbado, balbuceó:

—Hé aquí al señor que va á hablarte, Magdalena . . . y puesto que no quieres escuchar-me . . . puede ser que lo atiendas.

Se retiró en seguida de pronunciar estas bellas frases y lo oíamos pasearse delante de la casa.

Yo me sentía horriblemente emocionado de estar allí solo con ella, y bien entendido que sólo encontraba palabras insignificantes, vagas exhortaciones . . . Al principio ella me escuchó en silencio, luego empezó á llorar y sollozando balbuceaba:

—No puedo! No puedo!

Y yo pensando en Silvestre, no sabía qué responder. Atraído por la emoción de la bella muchacha me acerqué poniéndole una mano en uno de sus brazos . . . Ella murmuraba palabras tiernas, palabras llenas de pesar que llegaban al fondo de mi alma; tuve un momento de valor y arrancándome de sus brazos, corrí al camino donde Silvestre continuaba haciendo su ronda. Al verme se detuvo y preguntó:

—Acaso está todo arreglado ya?

—Ay! Mi buen Silvestre, nada se ha arreglado todavía!

—Vamos, dijo con aire entontecido, es que salvo vuestro respeto, no os habéis demorado nada . . .

Yo tenía la cabeza alborotada y sin pensar en mis palabras, dije:

—Mi pobre amigo, no hubiera sido natural que me quedara allí más tiempo.....

—Entonces, dijo con aire desesperado, ¿todavía no quiere?

Menos que nunca, repliqué enervado.

Permaneció un momento con la cabeza inclinada, los brazos colgando, después se acercó á mí y me dijo:

—Es preciso que volváis, mi buen señor..... No quiero escándalo..... Quiero la paz de mi casa.....

Todavía me pregunto si Silvestre Tournevent sería un sabio, un verdadero sabio, porque tuvo en lo adelante una mujer suave, valiente y fiel y muchos hijos bermejos de sonrisa astuta como la suya.

J. H. ROSNY.

 POR QUÉ ERES ISLA

Cuba, tierra acechada, no eres isla porque te cercan las marinas aguas; eres isla, porque has llorado tanto que te envuelven las olas de tus lágrimas.

Hoy, calmadas, alienta, . . . ! Mas si vuelves á llorar otra vez sin esperanza, ¡que su raudal amargo te sepulte y seas á las codicias nueva Atlántida!

MANUEL S. PICHARDO.



LA GUERRA RUSO - JAPONESA: El acorazado ruso "Tsarevitch", atacado por la flota japonesa, en Puerto Arturo

PERUCHO

(PARA EL COJO ILUSTRADO)



A horcajadas sobre la tapia miraba con sus alegres ojillos vivaces, negros y diminutos como parapas, la calle desierta. Pero sus ojos no descubrían nada. La calle desierta y silenciosa era apenas turbada

por la sombra fugaz de las nubes que, tapando el sol, pasaban muy arriba, por el claro cielo azul, enormes y blancas. Con un largo alarido una bala vibró en el silencio. —Perucho! Demonio! Bájate!—gritó con voz de angustia la abuela.—Bájate ligero, muchacho!

Perucho de un salto cayó en el jardín. Era un chiquillo flacucho, nervioso, ágil. El pelo, brillante y negro, le caía en sortijas sobre la frente. Sus labios delgados y finos tenían habitualmente un rictus melancólico, pero al reír, su risa de pilluelo vagabundo era dura y fría como la punta de un arma. Perucho, mirando la abuela, se sonrió. El no había sentido miedo, pero por sus nervios, al oír el alarido de la bala, había sentido correr un calor frío nervioso. Comprendió que por el aire había pasado algo frío que llevaba la muerte.

Hacía tres días que se peleaba en la ciudad, pero hasta entonces no había oído sino disparos lejanos, hacia el río. Encerrado en la casa, solo con su abuela, sentía una curiosidad profunda, una de esas curiosidades infantiles, imperiosas y terribles como una pasión. En los intervalos de silencio, cuando no se oía ningún disparo, se preguntaba: ¿Qué harán? ¿Dónde estarán? Y se fastidiaba horriblemente en la casa silenciosa. Por otra parte, sus dos placeres favoritos no los podía realizar. El primero consistía en la caza de pájaros en el vasto mayal lleno de sol que rodeaba la ciudad. Porque la ciudad, no lejana del mar y á orillas de un ancho río opaco y taciturno, participa, como muchas ciudades del trópico, de una naturaleza á la vez bravía y lánguida. Una vegetación de cactus rodea la ciudad como una corona de espinas. Una vegetación agresiva y salvaje en donde vive toda la familia de los cactus, desde la maya de largas hojas lanceoladas, fuertes y brillantes como dagas de Toledo, hasta las guasábanas enconosas, encorbadas como anzuelos; desde el alto cardón erizado de dardos corrosivos, hasta la tuna felina llena de mil espinas traidoras como un alfilerito de esmeralda. Y al lado de esa vegetación bravía, bajo la sombra de enormes guamos, donde bordan el tapiz de su música con la seda del canto, las paraulatas y los turpiales, corre el ancho río turbio y opaco, con una corriente mansa y sorda, como un lento animal perezoso.

En el mayal lleno de sol, en el bosque de espinas, entre los cardones y tunas, Perucho cazaba los pájaros. Y volvía de tarde á la ciudad con su carga pintoresca. Traía pájaros de todos colores. Gonzalitos amarillos, turpiales de carbón y sangre, carpinteros jaspeados, viuditas negras y de oro. Y era un placer de sus ojos y de sus manos, el color de las alas y la seda de las plumas. El otro placer de Perucho lo realizaba de noche en compañía de una tur-

ba de pilluelos de la ciudad, vagabundos como él, á quien capitaneaba. En compañía de sus pequeños camaradas crueles, recorría la ciudad todas las noches, en persecución de los perros famélicos de los arrabales, que forman el coro melancólico y raro de todos nuestros pueblos, á la hora en que duerme la población indiferente, y se abren en el cielo, como en un inmenso mayal en flor, ora de oro, ora de plata, racimos de constelaciones. Y su placer consistía en atrapar todas las noches á los perros famélicos, para atarles al rabo una cantimplora vocinglera, y correr tras ellos en medio de una algarabía funambulesca. Perucho era el azote de los pájaros y de los perros. Y ahora: en la casa silenciosa se moría de fastidio. Constantemente se preguntaba: ¿Qué harán? ¿En dónde estarán?

A lo lejos, hacia el río, se oían de nuevo las detonaciones. De cuando en cuando se convertían en descargas cerradas que se prolongaban como un sordo trueno. Luego un silencio. Después tiros aislados. . . .

Por cima de los tejados, arriba, muy arriba, pasaban las nubes lentas y enormes, haciendo en la tierra sombras fugaces.

Perucho se fastidiaba horriblemente. ¿Qué hacer? La abuela lo vigilaba. Y él no podía como ella, pasar las cuentas del rosario, una vez, y otra vez, y otra, interminablemente. ¿Qué hacer?

Perucho era el amor de la anciana. Perucho era huérfano. Hijo de su última hija, concentraba en el nieto todo el amor de su familia difunta. Y el amor de la anciana era un amor todo lleno de zozobras y temores. Amaba al netezuelo, diabólico y perverso, como un avaro ama una joya, temblando al ver en ella la menor mancha por leve y pálida que fuese. Así fue como pasó horas y horas á la cabecera de su cama, velando la vida del chico, en cierta ocasión en que le comía la sangre el ácido voraz del tífus. Así era como pasaba noches en vela, aguardando al chiquillo vagabundo, alerta el oído á todos los rumores de la calle, cuando burlando sus amenazas, se dilataba por la ciudad en sus perennes aventuras crueles. Y aquel amor enfermizo, doloroso, le hacía nacer en el alma perpetuas flores tardías, esas que hacen los viejos con las últimas gotas de su sangre, con el resto de perfume que duerme todavía en sus corazones apagados. . . .

El ruido de las detonaciones se iba acercando. A lo lejos se oían alaridos feroces, voces enronquecidas que se aproximaban. De pronto resonó en la calle una descarga de fusiles, ruido de hierros contra hierros, el estridir de los gatillos, voces de mando, pasos apresurados; luego una carrera desesperada, otra descarga. Y luego nada! El silencio. La guerrilla invasora había pasado calle arriba, rechazando la guerrilla enemiga. Más lejos se oyeron los gritos y las descargas. Los combatientes se alejaban.

Perucho se encaramó de nuevo en la tapia, y miró la calle.

—Muchacho del Diablo! Bájate, que te van á matar!—gritaba la anciana desesperada.

Pero Perucho no oía. Miraba, con las pupilas absortas, la calle. En la calle había un hombre muerto, la cabeza partida, los ojos abiertos. Un hilo de sangre corría bajo la cabeza destrozada. En la cintura, brillaba al sol, el cobre de las cápsulas. A su lado, el fusil, también brillaba.

—Muchacho! Demonio! Bájate!—La vieja no dijo más. Perucho saltó á la calle y se apoderó del fusil, le quitó al soldado muerto el cinturón y las cápsulas. El olor de la pólvora quemada le dilató las narices en un espasmo voluptuoso. Cargó el fusil y lo disparó al aire. La bala vibró con un largo alarido. Perucho sonrió lleno de alegría y corrió calle arriba, por

donde había desaparecido la guerrilla. A lo lejos se oían siempre las descargas.

En la casa silenciosa la abuela gritaba siempre:

—Perucho! Perucho! Vénte! Mira que me vas á matar!

Perucho! . . .

Pero ya el pilluelo no oía. La voz de la anciana, llena de temor, se apagaba en el silencio. Por cima de los tejados, arriba, muy arriba, pasaban las nubes enormes, dejando en la tierra sombras fugaces y efímeras.

—Dios mío!—suspiraba la vieja—Dios mío! y no decía más. La angustia le apretaba la garganta. El silencio y la soledad de la casa la desesperaban—Dios mío!—murmuraba siempre. A lo lejos se oían las detonaciones. Una corneta vibró, clara y límpida, con un loco encanto frenético. Las nubes pasaban, pasaban siempre, tapando el sol, haciendo en el patio manchas de sombras efímeras.

Después de una descarga terrible, interminable, dilatada, sucedió un silencio profundo.

La pelea había terminado. La plaza se había rendido. Los invasores habían triunfado. Por las calles, ahora silenciosas, pasaban las ambulancias recogiendo los muertos y los heridos. Los muertos eran innumerables.

La vieja se asomó á la ventana. Por la calle pasaba una guerrilla con una carreta, recogiendo los muertos.—La vieja se puso á temblar.

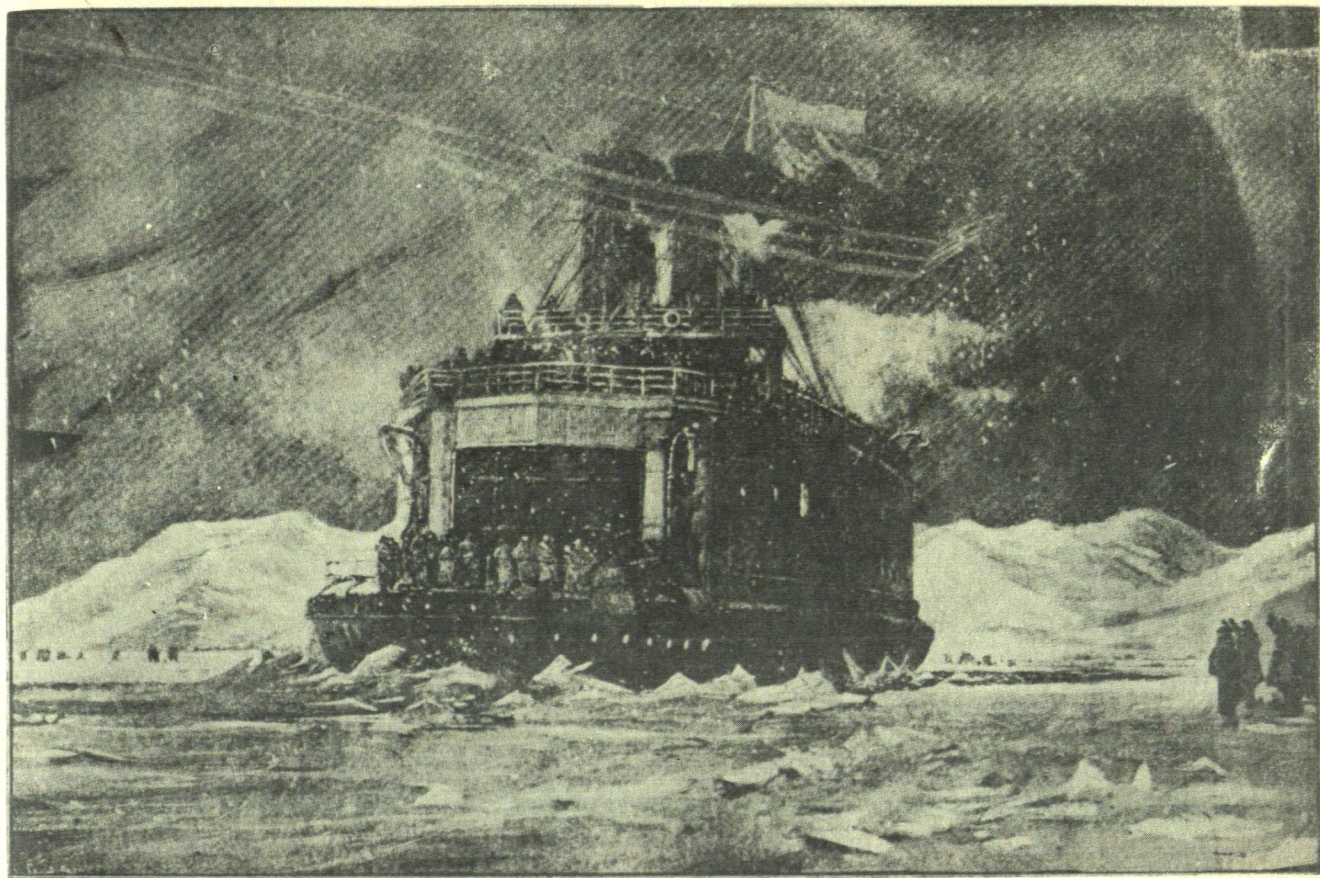
—Dios mío! Perucho por qué no vendrá?—se preguntaba. Pero no quería preguntar nada. De cuando en cuando una lágrima corría por su rostro seco. La guerrilla pasó. La carreta se perdió en el extremo de la calle con su carga fúnebre. Los muertos eran infinitos. En las carretas iban racimos de cadáveres. Era imposible enterrarlos. Era de necesidad quemarlos. Por fin todos los cadáveres los amontonaron detrás de las tapias del cementerio, para quemarlos con petróleo. Y en las pirámides de cadáveres las llamas lamieron al fin, las carnes, entre el humo. ¿La carne muerta para qué sirve? ¿Cuando no puede llevar un fusil para qué sirve un hombre? Pasto de las llamas en la ciudad y del zamuro en despojado, el soldado venezolano no sabe decrúz ni de tumba!

A la mitad de la piadosa cremación, como una ironía de la naturaleza, se desató sobre la ciudad, como una inmensa oblación doliente, el llanto de las nubes. Anchas gotas sonoras cayeron, primero aisladas, y luego nutridas, compactas, uniformes, monótonas, cayeron largamente sobre la ciudad vencida, no ha mucho tiempo amodorrada bajo el fuego solar. El canto del agua monótona, como un orfeón gangoso y lánguido, bajó á las calles de los tejados aridos de sol. De los aleros bajaban interminables hilos de agua, fingiendo sobre el rostro de las casas, temblorosos y tristes hilos de lágrimas. Las calles se llenaban de arroyos turbios.

La vieja desde la ventana miraba correr el agua de la calle—Dios mío, tráeme á Perucho!—murmuraba. Sus pupilas turbias se dilataban hacia el extremo de la calle desierta. Pero nada, nada veía. Una cólera sorda, mezclada de dolor y angustia le devoraba el corazón. Quería tener al nieto cerca de sus manos para azotarlo duramente, hasta hacerlo sangrar; ¡La hacía sufrir tanto! Y se preguntaba en su desesperación:

—Dios mío! ¿Dónde estará?

La lluvia cesó al fin. Volvió á brillar el sol. Pero la lluvia había producido un espectáculo espantoso. La lluvia había apagado el incendio de los cadáveres, apenas comenzado. Al olor de la carne quemada todos los perros famélicos de la ciudad habían acudido al lugar del festín macabro. Y cada uno de ellos traía entre los dientes un fragmento de carne, un miembro me-



LA GUERRA RUSO-JAPONESA: El transporte rompehielos "Baikal" conduciendo tropas rusas á través del Lago Baikal

dio quemado por el fuego, brazos destilando sangre y suero, piltrafas sanguinolentas y asquerosas. Por sobre las piltrafas sanguinolentas brillaban las pupilas hambrientas de los perros como piedras fosforescentes y milagrosas.... Y fueron entrando á la ciudad perseguidos por las turbas horrorizadas, arrastrando por el lodo de las calles, los fragmentos de carne.

—Dios mío!—murmuraba la vieja—Tráeme á Perucho! Y dilataba las pupilas opacas hacia el final de la calle desierta.

De pronto sintió un tropel de perros y un rumor de ladridos feroces. Cuatro perros pasaron mordiéndose y ladrando, disputándose una masa de carne sanguinolenta. La vieja lanzó un grito, y se quedó muda, paralizada, absorta! Los cuatro perros siguieron calle abajo, disputándose á mordiscos la cabeza sanguinolenta de Perucho

A. FERNANDEZ GARCIA.

1904.

EVOCACIONES ARTISTICAS

Algún tiempo antes de morir, el gran pontífice León XIII presenció un espectáculo verdaderamente curioso. En compañía de varios príncipes de la Iglesia y otros altos dignatarios, vió aparecer, por obra de la moderna ciencia y en un recinto del Vaticano, escenas de la vida antigua, de la vida antigua pompeyana. Dos eruditos de nota, el comendador Marucchi y el barón Rodolfo Kanzler, dieron, por turno, una conferencia ilustrada con excelentes proyecciones. Las fotografías representaban personajes contemporáneos de la amable Fabiola, y las

figuras eran tan naturales y las escenas tan vivas, como si el objetivo hubiese sido inventado en los primeros siglos del cristianismo. No se trata de la repetida función de disfrazar modelos más ó menos ajustados á los tipos deseados, sino de una obra maestra evocatoria, labor de sabio, de arqueólogo y fotógrafo, al propio tiempo que tarea de artista.

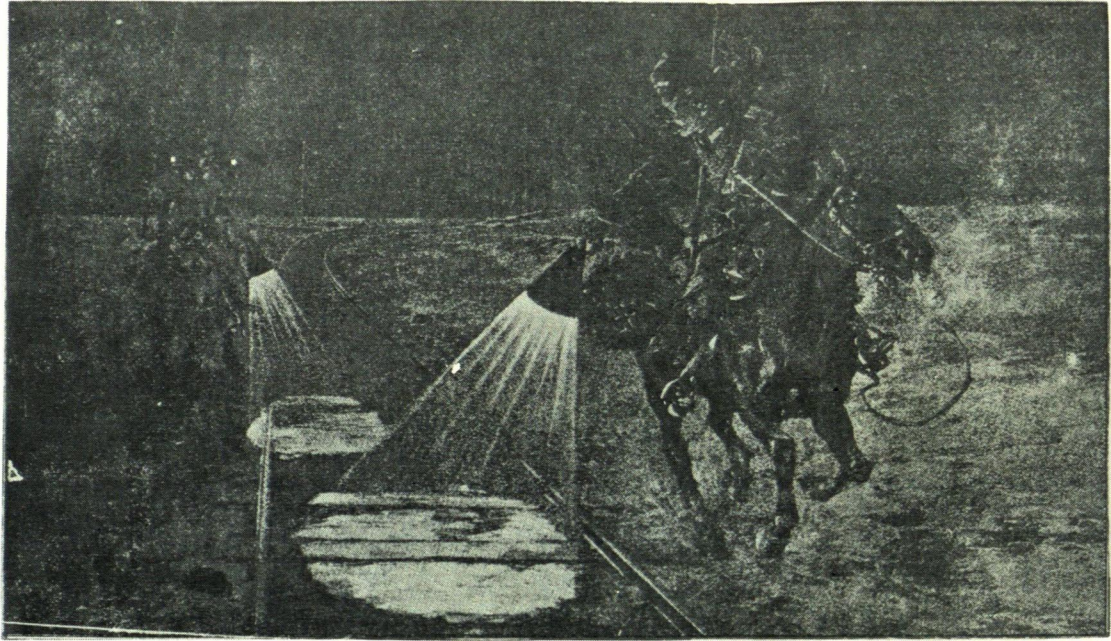
Sé por el conde de Courten, que su amigo el barón de Kanzler, «se habia propuesto primero presentar cuadros plásticos que reconstituyesen escenas romanas de la época de las catacumbas.» Hubo sus impedimentos, y de allí nació la idea de dar una conferencia con proyecciones, que se dió, en efecto, repetidas veces. Yo, entre mil, os he pintado la manera con que se alumbraba el descenso á las catacumbas de Roma. Inútil pensar, para los fines del barón de Kanzler, en la usada iluminación de velitas y linternas. Se aprobó en el caso la luz de magnesio, la de láminas de celuloide y luego la luz oxhídrica. «Por fin, dice M. de Courten, los mejores resultados fueron obtenidos con cápsulas de magnesio de fabricación alemana, casi exentas de humo; la duración de la combustión es de cuatro segundos, más ó menos, con una intensidad gradual, creciente, que evita á la vista la sorpresa de un resplandor brusco y violento. Así, se conserva también mejor la expresión de los rostros.» Se tomaron primeramente con ese procedimiento fotografías de las criptas. Luego, se buscaron y se ensayaron bien unos cuantos modelos, y se les hizo representar en los lugares indicados y á propósito, las escenas que mejor pudie-

sen servir para el desarrollo del tema de las conferencias. Después los escenarios fueron en Pompeya. Para el objeto, se representaron páginas de Wisemann, y del excébre polaco de la excébre novela de que ya nadie se acuerda. La boga se imponía.... De todos modos, la reconstitución fué felicísima, en las calles pompeyanas, en la casa de Vecio y en otros conocidos puntos de la desenterrada villa; apoyado por personas de valía, como el comendador Fiorilli, director de las antigüedades, el cual le prestó accesorios auténticos del Museo, y de un buen servicio de empleados que alejaban á los importunos, pudo llevar á cabo su obra y sacar excelentes reproducciones de las estudiadas escenas.

..

Según los datos de M. de Courten, las vistas tomadas en los cementerios de Priscilla, de Domitilla y Ostrianum, comprenden cerca de cincuenta asuntos, entre los cuales sobresalen el transporte fúnebre de un mártir, un descenso de escalera en las catacumbas, entierro en el «Arco-solum,» la viuda del mártir hace besar al hijo la tumba paternal, fieles que rezan ante un santuario, visitantes que graban sus nombres en los muros, consagración eucarística, bautismo, matrimonio, ágape de cristianos.

En las composiciones—pues hay verdaderas composiciones de cuadros—el barón Kanzler se revela un innegable «pintor de cuadro vivos.» Su «Venta de flores,» por ejemplo, es de una naturalidad y gracia innegables, muy lejos de los «pas-



LA GUERRA RUSO-JAPONESA: Una pareja de cosacos vigilando de noche la vía del ferrocarril transmanchuriano

tiches» de las escuelas, y de los «poncifs» de los romanizantes de patente, á tanto el cuadro.—*Oleum perdidisti.*

Al ver estas fotografías, he soñado con una resurrección singular, que, para gozo de artistas, realizaran otros artistas entre las viejas paredes catacumbales. Sería el apareamiento animado y carnal de las figuras conservadas hasta nuestros días en las pinturas primitivas de las sagradas criptas y capillas subterráneas: aquella soñadora Dionisia, de grandes ojos y abiertos brazos, bajo follajes y frutos y cuya compunción se mezcla con vaga sensualidad; la célica Cecilia, que sobre Cristo y San Urbano abre también los brazos—en ese acto de plegaria que es simbólico de la Cruz en que el Salvador expirara;—y el Buen Pastor, un París afinado y pagano, con su cordero á cuestas; y los evangelistas, togados como caballeros romanos, y Cornelio con su estola y su gran libro en las manos, al lado de Cipriano. El barón de Kanzler es un erudito y un creyente, según entiendo. ¡Cuán bella sería una fiesta en la Pompeya antigua y exhumada, fiesta dirigida por un poeta rico, por un D'Annunzio millonario, en donde se hiciese, por un día siquiera, por un día y una noche, renacer el viejo vivir de los maravillosos tiempos de la gloriosa Roma! Sería, si gustáis, fiesta expurgada, en donde el arte y la hermosura certificarían por un momento la eternidad de los dioses, que injustamente se han dicho muertos.

* *

Loti ha tenido la pasión de las evocaciones artísticas, y son famosas las fiestas históricas que ha dado en su casa. La más reciente fué una fiesta china á que asistieron, no solamente personajes franceses revestidos á la chinesca, sino chinos de verdad, miembros de la embajada, que por momentos se creyeron en un palacio de Pekín, ó en alguna mansión

de mandarin, á las orillas del río Amarillo. Y Madame Madeleine Lemaire, la pintora, suele también dar bailes y reuniones, ya romanos, ya griegos, que dan que escribir á los cronistas elegantes y que publicar á los fotógrafos de los periódicos mundanos. Lo difícil es que en esas celebraciones sean todos los asistentes suficientemente cultos y suficientemente instruidos, digamos eruditos, para no detonar en su detalle anacrónico ó en una ocurrencia inoportuna, pues todo el encanto evocatorio desaparecerá delante de la falta de gusto ó de la ignorancia ostentosa. Por eso las más admirables fiestas de esa clase no son las que dan los ricos, más sabedores de disciplinas deportivas, que de cosas arqueológicas y artísticas, sino las que arreglan y dirigen los artistas mismos, como el hermético baile anual de Q'at-z-Arts, que tan sólo tiene el reproche de que, por exceso de juventud y de libertad, suele acabar en orgía, resucitando así, demasiado á lo vivo cortejos antiguos, neronianos ó heliogabálicos, y dando al traste con la moral cristiana y con las convenciones.

Los simples bailes de trajes ó de cabezas, no son, después de todo, más que revueltas macedonias, heteróclitas ensaladas. Las reconstrucciones completas exigen, es verdad, un saber no común, y no hay que exigir á una señorita ó caballero particular que sepan, para divertirse bellamente y alegremente durante una noche, lo que sabe un respetable viejo y miembro de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras.

* *

Yo desearía que en Buenos Aires hubiese el gusto por los cortejos y las cabalgatas, artísticos cortejos y magníficas cabalgatas. Que en una celebración nacional se hiciese revivir la vida antigua americana, desde los tiempos incásicos y los días de Moctezuma, hasta la Indepen-

dencia, y más acá aún; y que todo fuese dirigido por un artista de gusto y de saber, y representado por actores hábiles; que el cuidado arqueológico é histórico, en los talantes, los tipos, la indumentaria, fuese concienzudamente guardado, y que se diese al pueblo el regalo de un hermoso espectáculo, hermoso é instructivo.

Podía también aplicarse á la reproducción artística del pasado, el método del barón de Kanzler. La fotografía, las proyecciones, son hoy un elemento admirable en las conferencias. Para la composición, baste con señalar las verdaderas obras de arte que dejó el malogrado S. Ayerza. Falta, pues, nada más que un alguien capaz, por ejemplo, que emprenda la tarea. Y si se aplica el cinematógrafo, tanto mejor. ¿No dicen que el pericón nacional causó gran sensación en la corte romana y en el palacio de Madrid? ¿Qué sería, con nueva vida, la pompa de un Huaina Capac, una fiesta azteca, una carga de caballería en tiempo de San Martín, ó una noche de terror en tiempo de Rosas. Luego, para final, la presentación del progreso moderno.

RUBÉN DARIO.

POSTAL

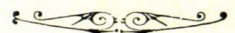
A Marie Victoire Ball L.

«Enfant, si j'étais roi.....» C'est ainsi que la lyre
Du grand Hugo chantait un jour à une autre enfant.
Mais, si je ne puis l'être, à quoi bon de le dire?
D'un ton moins élevé je vous donne mon chant.

Enfant, vous dis-je, enfant, si j'avais pour victoire
(Victoire on vous appelle, d'un nom mélodieux)
Éveiller dans votre âme une douce mémoire,
Sans songer à être roi, je me dirais heureux!

OCTAVIO HERNANDEZ.

Maracaibo, Avril 1904.





LA GUERRA RUSO JAPONESA: Campamento japonés en el período de concentración

RECUERDOS DE VIAJE

ESCENAS DE LA VIDA JAPONESA

I. INTERIORES

Versión de EL COJO ILUSTRADO

Lo que más llama la atención en los interiores japoneses, es el aseo minucioso, la limpieza blanca, glacial.

Esteras irreprochables, sin una arruga, sin una mancha, sin un sucio. Paredes de papel, puestas sobre bastidores de correderas que pueden entrar unas en otras, ó si se quiere, quitarlas completamente; apenas dos ó tres pequeñas pantallas colocadas aquí, ó allá, una tetera y un gran florero en que crece el lotus, y, nada más.

Las ensambladuras no tienen, por lo regular, ninguna pintura ni barniz; pero las hacen caladas, con caprichosa coquetería, muy finamente dibujadas; y conservan al abeto nuevo toda su blancura, por frecuentes lavados con jabón.

Los pilares de madera que sostienen la armadura, los labran con la más espiritual fantasía, con singular capricho. Tienen unos, formas geométricas de perfecta precisión, y retuéncense otros como añosos troncos de árboles, abrazados por bejuocos y plantas sarmentosas. Por donde quiera se ven escondrijos ó secretos; nichos pequeños y pequeñitos armarios, que disimulan del modo más ingenioso é inesperado, en medio de aquella uniformidad inmaculada de un papel blanco como nieve.

Río en mi interior cuando recuerdo ciertos salones llamados *japones* atiborrados de mil objetos, y revestidos con ordinarios bordados en oro sobre raso de seda, que tanto he visto casa de nuestras bellas parisienses. En Francia tenemos los objetos de arte, para gozar, para

disfrutar de ellos; pero en el Japón los tienen para encerrarlos bien rotulados en una especie de aposento misterioso, subterráneo y cercado por una reja de hierro, lugar ése que llaman *godoun*. Sólo, en muy contadas veces, y como prueba de honor que se hace á una visita distinguida, se abre aquel sitio impenetrable. En resumen: aseo minucioso, excesivo; esteras muy blancas; madera blanquísima también; una sencillez aparente, extremada en el conjunto, y á un mismo tiempo, increíble preciosidad en los detalles infinitamente pequeños, tal es la manera de comprender el japonés, el lujo interior de sus casas.

II. PAISAJES

En clara mañana de octubre y con brillante sol levante, salí de Yokohama, en dirección del interior de la isla Nippón, pero sin lugar determinado.

¡Bame á Dios y á la ventura.....

En nuestros carritos, rodados por hombres-corredores, emprendimos nuestro viaje en gran parada. Rodábamos muy ligero, y cortábanos la cara, el aire frío y penetrante del otoño.

Por más de una hora recorrimos el *Tokaido*, (ó «camino del mar Oriental»), que es la más grande y más antigua vía de comunicación del imperio japonés. Cuán larga es, llénala una ininterrumpida hilera de tiendas, ventas de té y casas de hospedaje. Vénse unas, aunque elegantes, pintorrajeadas, con faroles y banderolas de papel; y otras,—y éstas forman el mayor número,—son muy reducidas y puestas negruzcas por el tiempo. Demás sería decir que revelan un aspecto de extremada vejez. Y lo de siempre: paredes siempre de madera; techos muy altos,—todos entre los rastrojos—y uniformemente coronados con cierta especie de melenas verdes, ó sea, una plataforma de hierbas y de hojas de iris, que se ha formado por sí misma en la cúspide de cada casucha. A nuestro

derredor desfilan paisajes gentilísimos; colinas llenas de verdura; pequeñas pagodas colocadas ingeniosamente entre los árboles, á trechos convenientes; en fin, frescos y abundantes arroyos cubiertos de hermosos bambús.

Gentío inmenso se agita en este «camino del mar Oriental»; es un va—ven continuo. Gritos de vendedores, risas, abrazos, encuentro y saludo de hombres muy listos y avispados que corren como gamos; que se detienen un segundo en la puerta de cualquier figón para devorar un plato de arroz y tomar una taza de té, y luego, volver á correr con toda fuerza, en sentido inverso. Hállanse también algunos caballos empenachados con arabeles multicolores; pero sobre todo, hombres corredores, hombres cargadores, hombres que hacen todos los oficios de fuerza y de velocidad que en Europa sólo se imponen á los animales. Ruedan unos, á pasos largos, en los *djin-richi-ka*, las graciosas damas pálidas, y los feos señoritos japoneses. Otros, más fuertes, más lentos, sumamente rechonchos, pero puro músculos y vigor, se pegan como bueyes á pesadas carretadas de piedra. Y una procesión de gente del pueblo que lleva en unas varas, paquetes de arroz y bultos ó líos de telas; cajas de porcelana y enormes jarrones, (imitación de la China), que son para exportar, van como en cortejo, á espaldas de hombres, embutido, cada vaso de aquellos, en un estuche de paja, como nuestras botellas de champaña. En fin de cuentas; es aquel movimiento toda la vida de una grande arteria comercial, en el más extravagante país del mundo.

Al cabo de una hora larga de viaje, salimos del *Tokaido* para entrar en campiñas tranquilas, y senderos, en los que se ven nuestros «hombres-carrera», obligados á moderar su precipitada marcha ó loco andar.

Habiendo penetrado en una serie de pequeñas avenidas que se repiten todas iguales, y se suceden unas en pos de otras, pero todas entre

si, y de la primera á la última, de invariable semejanza.

Seguimos las sinuosidades de aque'las especies de corredores ó pasadizos de verdor vivaz, pero teniendo por todas partes, y constantemente limitado el horizonte, por colinas frondosas, de contornos graciosos que también se repiten ó reproducen, como aquellos, con parecido invariable. Los árboles tienen un verde muy bello, amarillento á intervalos, por la acción del otoño. A lo largo del camino no se ven más que arrozales y campos de mijo; ó bien, verjeles en que los árboles frutales, todos de una misma naturaleza particular al Japón, están cargados con frutas de bellissimo color de oro.

Cuanto más nos internamos en nuestro derrotero, más tranquilo se presenta todo, después de la agitación y movimiento de la gran vía. Se nos hace no sólo apacible, sino pastoral, si se quiere, y hasta con vivos de aires de otros tiempos.

De rato en rato vemos aldeas, como escondidas en el monte. En los alrededores, trabaja la gente la tierra. Acostumbran los campesinos usar largos vestidos de algodón, generalmente, de tinta oscura; ó también, véanse algunos casi desnudos, enseñando sus cuerpos amarillos. Hombres y mujeres, con el cabello muy crecido, se ponen unos pañuelos color azul claro, y se los sujetan por debajo de la barba, con un lazo á la usanza de: «*Buenos dias misia Panchita*»

Al acercarse uno á los villorios, una prodigiosa cantidad de muchachitos, salen corriendo, con sonrisas ingenuas y agradable semblante, á vernos, y á hacernos, á pesar de su poca edad, cortesías é inclinaciones de ceremonia. Caritas de gatos; cabecitas afeitadas, mejor dicho, rapadas, á trechos, como jardín inglés, con platabandas de cabellos sobre las orejas; y, hacia la nuca, ciertos puntos redondos, de donde salen coletas impagables.

Las hembritas, desde que tienen siete ú ocho años, llevan á caballo en las espaldas, un hermanito menor, al cual maltratan ó aporrear cuando juegan ó corren, pero que rie ó duerme, sin llorar jamás. Ponen al bebé sobre la espalda de la hermanita mayor, también sujeto por medio de fajas de género, que los dos palmitos cree uno que son de la misma persona.

Por delante de las casas hay jardincitos muy bien atendidos, cercados de hayas bien podadas y muy bien dirigidas. Junto á algunas flores desconocidas, crecen las dalias, como en Francia, *zinnias*, margaritas-reinas, rosas de Bengalas,—más chicas que las nuestras y más coloradas,—y, naturalmente, anémonas del Japón. En vez de los manzanos de nuestros campos franceses, cubiertos, en esta estación, de manzanas amarillas ó rojizas, aquí, siempre el mismo árbol: el *kaki*, de follaje semejante al del níspero, y frutas de color dorado, más brillante aún que el de las naranjas.

Encontramos en todos los ángulos del camino que recorremos, pequeños Bouddhas, de granito, plantados como entre nosotros los santos, y los calvarios. Por lo general, se encuentran varios juntos, alineados con precisión rigurosa, bajo un techito de madera que los abriga contra la lluvia. Muchos tienen pañoletas de tela roja, collares de perlas y pulseras. A su frente, pónenles vasos ordinarios, con una que otra flor, u otro que otro adorno.

El en que nos encontramos ahora, es un Japón enteramente campestre, ó mejor dicho, lugareño. Muchos pagodas por todas partes. El pueblecito más pequeño tiene dos ó tres, levantadas siempre sobre montículos, á la sombra de grandes árboles. Se sube á las pagodas por escaleras rectas, con gradas de madera ó de granito, y teniendo que pasar, indefectiblemente, bajo dos ó tres pórticos religiosos llamados

Tori, de forma,—sin error,—una misma, pero no sé en qué rareza misteriosa envueltos.

Nuestro camino no sube ni baja en medio de los arrozales segados, y del mijo recién cortado, y aún verde. Estamos siempre en campo raso, campo sin desigualdades; pero también, siempre estrechados entre esas mismas colinas que nos cercan como una prisión.

Por más fresco y risueño que separadamente se presente cada vallecito, el conjunto es monótono, y hasta triste; y creemos débase esto, á la impresión que tenemos, de haber dejado detrás de nosotros, unos idénticos á estos, de los cuales tendremos que volver á salir por esta conocida ya, y única vía.

Repetimos que estos sitios se reproducen é repiten, se cruzan, se enredan ó embrollan como un laberinto; pero á la larga, oprímese el pecho al verse uno cada vez más adentro en este país amurallado, sin horizontes, sin perspectivas.....

III. BAJO LA LLUVIA DE OTOÑO

Nada más molesto, nada tan mortal, como las habitaciones japonesas en las lluvias de noviembre. Muy bajas de techo, y muy aisladas de la calle por jardinillos que no tienen flores sino llenos de musgo y pedrezuelas, son mesquinas, y están siempre divididas,—por tabiques de papel,—en una serie de piezas liliputienses, cada vez más oscuras cuanto más se separa uno de la varanda, (ó galería exterior), por donde viene la luz.—¡Y qué luz!; ¡qué triste luz!

Es una semi claridad indecisa, pálida, glacial, que penetra á través de aquellos postigos de papel que desempeñan el servicio de los de vidrio. Naturalmente que nada se distingue afuera con semejantes ventanas; pero así y todo, creo que eso es preferible, y mucho mejor, que ver caer la lluvia sin intermisión. Eso es preferible, á ver aquellos cerritos hechos expresamente en el jardín, chorreando agua; las quebradas en miniatura, los puentecitos de muñecas, los misereros arbolillos, en fin, todo aquello que parece como diabluras de muchachos, que tanto y tan pronto nos fastidian.

Verdaderamente hablando, aquellas esteras blancas sobre el pavimento, lo hielan á uno; y agréguese: por todas partes, madera blanca, blanquísima; delgadas separaciones ó biombos, también de papel blanco, y en resumen,—una absoluta limpieza ó desnudez de la alcoba. Entonces, recurrimos á sentarnos muy cerca de una estufilla grande y tosca, puesta sobre una trébede de laca, con asas que representan monstruos. Arde allí, y quema, cierto carbón que sacan de un árbol especial que tiene la propiedad de no apagarse nunca, pero que calienta sin comunicar contento, y esparce un indefinible olor soporífero y enervante.

IV. UNA FÁBRICA DE PORCELANA

Visité en Kioto, no hace mucho, una de esas fábricas de porcelana, que funcionan va ya para muchos siglos, y han regado por el mundo incontables millares y millares de tasas, jarrones, floreros, etc., etc. Y ¡cosa digna de notar-se! Nada moderno ha llegado allí todavía. Sorprende, en verdad, la manera sencilla, primitiva con que todo eso se amasa; se maneja, se cambia y se hace cocer, ni más ni menos que como se hacía, hace más de mil años. Entre dos hornadas ó cochuras, un ejército de pintores ilumina y pinta aquel mundo de cosas, con una velocidad prodigiosa. Repite, y si se me permite decir, copia, sin duda alguna, las mismas cigüeñas, los mismos pescaditos, las mismas damiselas, que, por cierto, ya tenemos *dentera* de haberlas visto tanto, y por todas partes.

Se pagan esos pintores de fábrica, por término medio, á 10 sueldos por día. Por excepción se pagan hasta cuarenta ó cincuenta, á los que

son, digamos, célebres decoradores de piezas preciosas, destinadas á ser vendidas á un precio muy alto.

Pero no puede uno, sin embargo, dejar de admirar la seguridad con que desempeñan aquel arte industrial.

Tan pronto, y en el lapso de tiempo en que nosotros borrajearíamos una carta, agrupan ellos una porción de figuras que se saben de memoria. En dos pinceladas, positivamente, las coloran sin desviarse jamás una línea, y luego, con cierta característica negligencia, dibujan los filetes con exacta precisión. Al ver esto, no podemos menos que pensar, que ha sido preciso una herencia larguísima de impasibilidad y de calma, para formar esos *virtuosos* á tener una mano tan segura, como hecha á plomo.

Mas, no muy tarde, quizá muy pronto, cuando el Japón se lance en el movimiento moderno, y sus obreros se precipiten en el alcohol, se acabarán para siempre ésos sus pintores, y no reaparecerán jamás.

PIERRE LOTI.
De la Academia francesa.

RELACION DE ALMAS SENCILLAS

Del último volumen de Jean Lorrain, desprendemos este gracioso y bien escrito relato

RECUERDOS DE UN BAILE DE MASCARAS

Soy enteramente de vuestro parecer, respecto á los disfraces. Son los tales, la invención más necia que se ha podido discurrir; y si no son siempre peligrosos, si son irremediamente muy ridículos. Debo á una lastimosa, á una deplorable invitación de baile de disfraz, la más equívoca y mortificante aventura de mi vida, dado,—sobre todo,—la notoriedad que dan forzosamente doce años de diarismo, y la repetición de la firma en las grandes hojas volantes; dado la especie de leyenda que se ha asociado á mi nombre, que ha venido acreditándose, que yo mismo he mantenido pues ha entrado en mi talento, y leyenda, en fin, de la que he tomado el partido de reirme, so pena de erigirme en distribuidor automático de bofetadas....

Si; confieso haber tenido esta debilidad, porque es como cómoda almohada en que reclinamos nuestros deseos, y porque todos las tenemos cuando empezamos á amar la vida. Y se comprende: la vida es bella, en suma, una vez que vivimos todas y cada una de sus horas, en la ciencia y adaptación de nuestras necesidades y de nuestros gustos..... Pero, veo que me alejo de mi historia. Vamos á ella.

Al levantarse de Jurieux, se había recostado al dintel de la chimenea, que era para aquel mes de mayo un surtidor de plantas verdes, con las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos y en una posición de bonhomía, la más natural:

—No he detestado nunca los bailes de disfraz; y para no mentir, he de confesar que he sido fervoroso concurrente y adicto á las mascaradas, de preferencia á otras diversiones. Como todos los de mi generación, yo he tenido locura por el oropel y la lentejuela; y jamás falté á un baile en el teatro de la Ópera, y sobre todo, á las inolvidables fiestas orga-

nizadas todos los años por Julio Rocques, el gran *fiestero* y admirable inventor de novedades.

Aquel año se le había ocurrido el *Baile de mujeres*.

Rocques obligaba a ir con traje femenino, a todas y a todos. Ciertamente se concedía completa libertad para elegir el traje y la época que cada cual quisiera; pero el Eliseo-Montmartre no debía lucir aquella noche sino mujeres; mujeres de todos los tiempos y climas, pura y simplemente y nada más, que la *arcilla ideal*, celebrada por V. Hugo.

Sólo a un feminista idolátrico como Rocques, podía habersele ocurrido la cruel idea de rubricar de ese modo, la fealdad de los varones. . . . Todos los hombres, de mujeres; todos los hombres grotescos y *feotes* bajo el zagalejo y la cabellera encrespada: era maquiavélica esta derrota y seguro el desastre de todas las fatuidades y pretensiones masculinas.

Y yo, entonces, no dejaba de tener bastantes. . . .

Así pues, júzguese de la ira que tuve, al recibir la invitación de Rocques, cuando yo pensaba ir a aquel maldito baile, de todas maneras.

Uno de mis amigos, el pobre Raimundo Larue, (murió hace dos años), destruía mis escrúpulos.

—Disfrázate de mujer árabe, me decía. Su traje no difiere mucho del de los hombres. Es muy cubierto, muy arrebuado, y luego, tú sabes, el haick lo arregla todo. . . . Con el haick negro, sobre todo el de las mujeres de Susa ó de Sfax, hasta podrías pasar, si fuera necesario, por un jefe Touareg. No te digo más, sino que este velo negro nos ha venido como «pedrada en ojo de boticario.»

Larue, mi buen amigo, me convenció. Yo había traído de mis últimas escalas en Alger, una buena partida de trajes y bandas de seda, de casaquillas y chales bordados; y además, Larue me había prometido una magnífica capa de Smirna, negra, y unas preciosas prendas kabyilas.

Contento con un nada, como todos los artistas, me había rogado fuera a comer con él aquella tarde en el restaurant *El Alba*, pues yo vivía entonces en la avenida Versailles. Quería vestirme él mismo, y empeñábase, como el que más, en que yo quedara desconocido entre mis oropelos de Oriente. Todo esto era anticiparse a mis deseos. Larue comió conmigo el sábado del baile; y a las nueve, cuando nos levantamos de la mesa, ya estábamos en nuestro cuarto a punto de elaborar nuestra magna obra.

Las puertas del Eliseo-Montmartre se abrían a las doce y media de la noche, para volver a cerrarse a las dos; y aunque teníamos nuestras y disponibles, tres horas largas, había yo prometido a unos amigos míos, los banqueros Isakén, que vivían en la avenida del Trocadero, ir a enseñarles cómo quedaba Santiago de Juriex, disfrazado de mujer árabe, con su correspondiente atavío.

Era preciso estar en su casa entre once y once y media, y, calculando bien las distancias, no había tiempo que perder. En consecuencia, a las once y cuarto, montamos en coche.

El número 1.296 [hasta el número lo he retenido], conducía a mi amigo Raimundo Larue, y a la más singular oдалиска que haya visto jamás el desierto: una falda de mujer, azul, color de noche,



EL SECUESTRO. — Cuadro de Leopoldo Roca

floreada de oro; casaquilla de *moiré* malva, salpicada de plata; cinturón rosaturco; ancha capa negra, y un enorme turbante de seda azul y verde, formaban con el haick touareg, un fantasma capaz de desconcertar al más pintado. Para hacerlo más soportable, mi amigo Larue había regado aquí, allá, collares y prendedores, y aún habíale puesto ciertas flores. . . . Encantados de nuestra obra, nos deslizábamos sobre el embaldosado del rey, que es la ruta de Versailles, muy tranquilos y contentos, cuando, inesperadamente, oyese siniestro y prolongado ruido. Una sacudida enorme nos echa boca arriba sobre los cojines; otra nos tira contra la puerta; el hielo estalla en pedazos, y no nos queda más tiempo que saltar por la portezuela opuesta: se había volcado el coche.

El caballo, que estaba como desmayado entre las varas rotas del coche, no podía levantarse ni moverse; y el cochero, a quien una voltereta había sacado de su asiento, maldecía como un renegado y amenazaba con el fuste a otro hombre de quien no oíamos más que

blasfemias é insolencias. Para colmo de males, una inmensa carreta de legumbres y un carro lleno de hortalizas, se enredaron con nuestro fiacre, y fue aquello entonces como riña de diablos. ¡Qué gaznatas! ¡Qué bofetones! ¡Qué epítetos tan *rajados* los que aquellos hombres se lanzaban! ¡Y qué hacer? ¿Cómo encontrar otro coche simón en la soledad de aquel borde de aguas, donde no hay otra estación antes de la plaza de Alma, sobre todo, para quien como nosotros estábamos en el muelle de Auteuil? Yo me veía ridiculísimo, en el frío de aquella noche de marzo, en aquella vía desierta, y rebozado de telas y oropelos africanos. ¡Y quién me había de decir, que era aquello mucho menos, sin embargo, de lo que a poco me esperaba!

Varios agentes del orden público, atraídos por aquel escandalazo, se llevaron al carretero y al cochero al cuerpo de guardia. Nosotros debíamos ir con ellos a deponer como testigos, ¡nosotros, que nada habíamos visto!; y allí, ante el secretario del juzgado, que quedó pasmado, perplejo con la entrada de aquella

mujer árabe, [porque con semejantes flores y prendas no podía equivocarse en el sexo del traje], tuvimos que decir nombres, apellidos, profesiones y lugar de residencia.

Con el vistazo que me dió, comprendí perfectamente, que no era yo un desconocido para aquel funcionario. Y peor que eso:—debía ser uno de mis lectores, porque no fue sin cierta severidad cómo me dijo, no comprendía que me encontrara yo á las once y media de la noche, disfrazado de morisca, en un carri-coche y en unión de aquella gentalla.

Por toda respuesta, me contenté con enseñarle mi invitación al baile. Tuvo la cortesía de hacerme creer que aceptaba mi excusa; pero fácil me fue notar en su aire y modo, que con dificultad admitía que un escritor conocido, consintiera disfrazarse de mujer árabe, ni aun para concurrir á un baile de máscaras.

Yo estaba profundamente mortificado; y en obsequio á la brevedad, sólo diré: que tomamos otro coche, y Larue me dejó en la avenida del Trocadero, en la puerta de los banqueros Isakén, mis amigos, á quienes había ofrecido hacerme ver disfrazado.

Vivían los Isakén en una suntuosa casa, de construcción moderna, con ascensor, electricidad, teléfono, en fin, todo cuanto es indispensable á banqueros opulentos; pero vivían en el quinto piso, porque, cuando se trata de banqueros, ninguna economía puede ser pequeña.

Para aquellos momentos, todo estaba todavía claro como la luz del sol en el vasto vestibulo de mármol color-rosa y elevadas ensambladuras Luis XVI. Y por entre todo aquello me escurria yo, como un ladrón, ó poco menos, porque entonces tenía ya plena conciencia formada de mi ridiculez y necesidad.

¿Cómo poder evitar, siquiera, el celoso portero! La vergüenza que yo tenía, es indecible. No me inquietaba mucho la idea de revelarme disfrazado como una árabe á aquel can-cerbero, porque no tenía más que hacerme reconocer;—así fue que pasé rápidamente por delante de su cuarto, y me entré en el elevador.

Pero, ¿cómo manejaría yo los botones que corresponden á cada piso, cuando indefectiblemente, entre el tercero y el cuarto, el elevador se paraba, pero, como clavado?

Quedé suspendido en el vacío sin poder ni subir ni bajar. Por más que apretaba los botones; por más que halaba la cuerda, nada; el ascensor no se movía un punto, ni una línea. Sudaba á mares entre aquellos infernales vestidos; corríame el sudor por todo el cuerpo; pero no había remedio. Allí estaba, inmobilizado en el silencio de aquella jaula de escalera nocturna, agravada mi impaciencia con una angustia muy natural, que por instantes crecía. ¡Si el ascensor, evidentemente descompuesto, ó mejor, *desquijarado*, se desfondaba, de súbito, en el vacío!... ¡Santos del cielo! Y me agotaba, sí, me extenuaba en tentativas reiteradas de subir ó bajar. Mas, trabajo perdido; y cuando menos lo esperaba, apagan las luces, y quedome en completa oscuridad. ¿Qué horas serían? Poco me importaba, porque lo cierto era que yo no iba á pasar toda la noche en aquella *trampa-jaula*.

Llamé, grité, aullé hasta más no poder; cuando de repente se iluminó de nuevo mi calabozo, se puso en movimien-

to el ascensor, y me llevó con toda tranquilidad al pie de la escalera.

Allí me encontré faz á faz con un hombre que no era el portero de siempre, individuo que al verme sufrió un estu- por inconcebible:

—¿Qué hace usted metido ahí, me dijo. ¿Por dónde entró usted?

—Por donde va ser; por la puerta. Le dije mi nombre, y me quité el disfraz.

—¿M. de Jurieux? Usted no es inquilino. Yo no lo conozco.

—Pero el portero sí me conoce, porque usted no es el portero que siempre está aquí.

—Mi primo. Está hoy de matrimonio, porque su hija se casa, y yo lo reemplazo no más que por hoy. Pero, ¿á dónde iba usted?

—Iba al quinto, casa de M. Isakén, el banquero.

—¡M. Isakén! Están acostados. Hace mucho tiempo que todo el mundo se fue. ¡Ya lo creo; como que ellos no tenían baile de disfraz!

—¿Acostados? Entonces, ¿qué horas son?

—La una de la madrugada. No es la propia para hacer semejante gresca en una casa honorable. ¿A qué iba usted allá?

—Nada más que á enseñarles mi vestido de disfraz; como habíamos convenido, y ellos me esperaban. Si usted se quiere convencer, no tenemos más que subir, y mejor que yo se lo dirán ellos mismos. Condúzcame usted al quinto piso, y lo verá.

—¡No faltaría más sino que yo fuera á estas horas, á despertar á los señores Isakén! Y mucho más que los sirvientes van á dormir al sexto. Por otra parte; yo no tengo por qué creerle; yo no lo conozco á usted, no lo he visto entrar, y lo encuentro á la una de la madrugada en mi elevador, disfrazado de mujer y enmascarado. Eso está oscuro. ¿Qué me prueba que no sea usted un malvado, un anarquista? Quizá, usted ha puesto una bomba en mi escalera, y me va á hacer volar en el momento menos pensado. No crea que se me va; no lo alfojé, y ya vamos para el cuerpo de guardia.

—Y el cuarto, ¿con quién lo deja?

—No hay cuidado. Ahí queda mi mujer.

¡Al cuerpo de guardia otra vez! Y tenía que convenir en dar aquel paso, porque quizá era ese el medio más pronto para salir de aquel atolladero.

—Precisamente, ahí está mi coche. Déle usted la dirección al cochero.

Tocóme en suerte entenderme con el mismo Secretario del juzgado, de donde había salido no hacía mucho tiempo.

—Pero, ¡hombre! Tengo que entendermelas otra vez con usted? ¿Todavía no ha llegado usted á su baile de disfraz?

Y me miraba con unos ojos picarones. Hablamos, nos explicamos y el portero interino se fue haciéndose cruces.

—Cochero! Lléveme á casa, avenida Versailles, número 120.

—¿Cómo! ¿Avenida Versailles? Pero me permito preguntarle si no va usted esta noche al baile?

—Gracias, nó. Tengo para rato! !... .

Y como este percance se transparentó desde el día siguiente, hé ahí por qué paso aún en París, por un caballero que se pasea en coche, de noche, vestido de mujer turca; á quien se encuentra, in-

distintamente, á la una de la madrugada en los peores extramuros, ó en los elevadores de las casas bancarias, y saliendo,—no se sabe de dónde,—como sultana otomana.

Después de lo que dejo dicho, empéñese usted en destruir una leyenda!

JEAN LORRAIN.

LA ZONA TÓRRIDA

Lo que no dijo Bello

IV

LA ALONDRA

La tempranera alondra,
Ninfa entusiasta de la luz del día,
Antes que el astro proveedor remonte
Del pálido horizonte,
Con la etérea armonía
De su angélica voz dulce y sonora,
Feliz por arrobada, se apresura
A saludar su soberana aurora
Que anuncia nuevo sol á la llanura.
El ave matinal por excelencia
Del campesino labrador amiga,
Que á suspender obliga
Del benéfico dios la grata influencia,
Es la alondra gentil, con el encanto
De su voz que al labriego,
Del plácido reposo le despierta
Llevándole el alerta
Que le ordena en el canto
Cambiar por el trabajo su sosiego.
Del mundo en el tortuoso laberinto
El suave trino que la alondra entona,
Del dolor y bondad es el instinto
Que reclama la luz, si la abandona.
Acaso porque en ella la esperanza
De un mundo más sublime
La sostiene y redime
De su eterna zozobra sin mudanza.

Naturaleza (la madrastra impía)
Hirió á la infausta en el amor primero
Inspirándole el canto lastimero
Y al tierno corazón, triste agonía.
La luz y el amor en sus desvelos
La animan al peligro y los temores,
Y educa sobre el prado entre las flores
Sus amados hijuelos;
Porque el fatal destino
Le impuso en la pradera al desamparo
Hacer el nido caro
Que ama infeliz con el amor divino.
Ápenas protegida entre rosales
La tierna prole oculta
Donde feroz la insulta
El hambre de voraces animales.
Y ya el rapaz milano,
Ya la astuta serpiente
A la madre pacífica inocente
Persiguen con el ánimo inhumano
Que ya desde el furor del Paraíso
La Providencia, por venganza, quiso
Inspirarles en nombre
De su justicia en castigar al hombre.

Y no obstante la alondra
Es Nereida volátil, ninfa alada
Que en la etérea región con su lamento
Conmueve el raudo viento
Y del aura es amada.
Es un eco de Dios en el zafiro
Con su cántico tierno y melodioso;
Universal, arrobador suspiro
De un ángel extraviado y misterioso
Que busca en el espacio
Al triste corazón marchito y lacio
El divino consuelo
Negado al hombre que maldijo el cielo.

Sobre la selva silenciosa, umbría,
O sobre el ponto airado
Asocia su doliente melodía

Al pérfido viajero

Que marcha en el desierto fatigado,
 O en medio de Anfitrite al marinero.
 De otra ave no hay garganta
 Capaz de contender con la riqueza
 Y variedad de notas y belleza
 Cuando la alondra en las alturas canta.
 Su poesía es santa,
 Pura como un beso de la aurora ;
 Alegra el corazón como el cariño
 O la sonrisa de inocente niño
 Que sin dolor por inocencia llora.
 La amplitud de su timbre más alcanza
 Que el estentóreo trueno en lontananza.
 Flor del jardín, es trovadora estrella
 Cuando á la altura remontando gira.
 Y allá ¿ qué trompa ó encantada lira
 Puede en acordes competir con ella ?
 Allí las harpas del zumbante Eolo
 Y la lira de Orfeo
 Entrar pudieran, y el trinado Apolo
 Con la alondra en torneo.
 Del hombre compasiva y amorosa
 Al mendigo consuela
 Con su canto de amor y alma piadosa.
 Del prado al monte vuela
 Dulcísimas plegarias entonando
 Al Empíreo, sin duda
 Piedad, dolor y ayuda
 Para el hombre y el ave suplicando.
 En su patria azarosa, la pradera,
 Ausente ya el lucero matutino,
 Despierta al trasnochado campesino
 Del cual es la oficiosa compañera.
 Activa sobre el surco del arado
 Vale espurgando la fecunda espiga
 Del insecto maligno sepultado
 En la tierra, ó de hormiga
 Que industriosa andariega
 La precursora flor, del fruto opimo
 Y de la uva el primordial racimo
 Corta, destroza y por el suelo riega.
 Su cántico de amores,
 Le anima, le entretiene y fortalece
 Hasta que activo crece
 El fuego matinal entre las flores.

La alondra es la primera

Que del invierno al terminar los frios
 Saluda á la naciente primavera
 Y al bosque por sus nuevos atavíos.
 Al murmullo del mar y de los ríos,
 Al susurrar de cristalina fuente
 Del arroyo ó torrente,
 Y hasta al silencio del sereno lago
 Si cruza acercándose en el aire
 Respóndeles con muestras de ese halago
 Intérprete veraz de su donaire.
 Atenta en su penar, siempre obsequiosa,
 Y nunca al rostro de lo bello extraña,
 Saluda á la colina, á la montaña,
 Al mustio erial, y á la selva umbrosa.
 Y así revoloteando
 Del uno al otro extremo,
 La bella ostentación de Sér Supremo
 A cada nuevo sol va saludando.
 Luego remonta en incesante giro,
 Llevando siempre amor en sus canciones,
 A las albas regiones
 De eterna majestad en el zafiro.
 De nuevo felicita en los jardines
 Con endechas donosas
 A las nacientes renovadas rosas,
 Anémonas, claveles y jazmines.
 Y aunque nunca el olvido
 Presta un alivio al corazón doliente,
 De aquel amado nido
 Que dió pasto infeliz á la serpiente,
 No obstante desde el cielo
 Vuelve á la tierra amada
 Donde á otra compañera infortunada
 De su pena le ofrece igual consuelo.
 Ella es el ave religiosa y santa



UN MENSAJERO

Que emula al sacerdote en sus plegarias
 Cuando en los techos de los templos canta
 Himnos expresa y sacrosantas arias,
 Quizás creyendo en el Creador divino,
 O con innata previsión de un ente
 En la tierra existente
 Que dió á su estirpe el armonioso trino.
 Si emprende del jardín su vuelo activo
 Y llega sobre el lóbrego desierto,
 Canta feliz por el que deja vivo
 Y en himnos llora por el que halla muerto.
 Si cambia el estro que el dolor inspira
 Y suelta al aire vespertinos cantos,
 Parece que repite allá en su lira
 La salve del crepúsculo á los Santos.
 Cual hada trovadora del espacio
 O mensajera del cantor Orfeo
 Con el sublime celestial gorgojo
 Despertaría de la tumba al Tracico.
 Desde las amplias salas
 Del alto y azulado firmamento
 Trae á la tierra con vibrantes alas
 Sus cantares el viento.
 Cuanto más se remonta á la alta nube
 La encampanada alondra, sus quejidos
 Penetran claramente los oídos
 Tanto más tiernos cuanto más se sube.

Dulces y alegres cuando Dios quería.
 Mas hoy, con la crueldad de sus dolores
 Recuerda compungida los amores
 Que fueron sus ensueños de alegría.
 A la temprana luz del claro día
 Y al mustio ceño de la noche oscura ;
 Evoca de la tumba esa ventura

Que hoy es del corazón aguda fiecha ;
 Hoy, ave de fatídica alborada,
 En fúnebre desierto abandonada,
 Al cielo envía su final endecha.
 Que en ese mundo es criminal delirio
 De la luz y el amor ansiar la gloria
 Y de virtud es la fatal victoria
 La palma recibir de atroz martirio.

Al terminar su dolorosa senda
 Dará á la altura el celestial gemido
 Que de amor infeliz, mejor ofrenda
 Será el eterno olvido.

El insaciable amor no es de este suelo
 Ni es infinito sino allá en el cielo,
 Ni lo expresa jamás la vibradora
 Templada cuerda de la humana lira,
 Sino el ángel de amor cuando suspira
 O el genio de la muerte cuando llora.

Alondra inimitable
 Con tus plegarias de afflictivo duelo,
 Angel alado sobre el triste suelo
 ¿quién alivia tu pena irremediable ?
 ¿ Esperas con tu cántico divino
 Alivio en tu doliente remembranza ?
 ¡ Abandona, infeliz, esa esperanza
 Que otra prueba te espera en tu destino !

Abandonando la region brillante
 Al bosque umbroso, laberinto oscuro,
 Por leyes y gobierno, mal seguro
 Desciende en un instante :
 Su vuelo es en seguida suave y manso,
 Quizás para buscar en baja esfera
 Al afligido corazón descanso.

Oh destino fatal! Oh suerte fiera!
 Apenas llega y la enamada toca,
 Cual rayo silencioso, de repente
 De un salto abriendo la encendida boca
 Devora á la infeliz, atroz serpiente.
 ¿Qué hacer? La Providencia
 Por nuestra infausta suerte
 Dió al monstruo la licencia
 De dar al infeliz horrenda muerte.
 Y después...? Y después? quién sabe á donde!
 Eso la tumba á la razón esconde:
 Allí se oculta un nudo
 Más gordo que el gordiano
 Que el hombre sin la luz desde temprano
 Ni á machetazos desatarlo pudo.....
 Pero él lo romperá sobre la puerta
 Donde á leer se alcanza
 El despiadado alerta
Lasciate ogni speranza!

JOSÉ NUÑEZ DE CACERES.

CRONICAS SENTIMENTALES

PRINCESITAS RUSAS

En el actual momento de su historia, el nombre de la Rusia es simbolo de muerte y exterminio; su enunciación evoca dilatadas comarcas boreales donde la sangre traza rojas flores sobre la albuca cándida del hielo, evoca desoladas extensiones donde la guerra impone su proceso de horrores y tristezas, y apenas se distrae el pensamiento al ocuparse en tal suceso, de las vicisitudes de la lucha que empéñase en el hoy épico Oriente, creyendo percibir sólo el estruendo del metálico choque de las armas. Es, por tanto, en tal caso, tregua consoladora y apacible, desflorar menos trágicos asuntos relacionados con la misma Rusia, y divagar por sendas más tranquilas que las holladas por soldados y cañones y deformadas por el azote de la guerra.

Paréceme que es tema interesante—de interés momentáneo, desde luego—aquel que se refiere á los proyectos tramados en la corte moscovita sobre el futuro enlace de las grandes duquesas de la Rusia, las sonrosadas niñas que apenas cuentan años entre todas para llenar la edad de los amores y ya juegan papel tan importante que en ellas se medite seriamente, para afianzar en el mañana la supremacía del imperio del Czar sobre los no muy dóciles Balkanes.

Nota rosa sin duda, nota risueña, espiritual y dulce, es la que se refiere á estos amores en que los infantiles prometidos están tan ignorantes de sus bodas, como pueden estarlo sus juguetes.

Cuatro son las amables princesitas que en las cortes de Europa son llamadas las grandes grandes-duquesas, y cuyas bodas, al decir de un periódico francés en un ameno y delicioso artículo, están ya concertadas con aplauso. Cuatro son las princesas y son cuatro los tronos que han de ocupar por regias voluntades.

Olga es la primogénita. Olga... nombre sonoro y breve que habla de heladas zonas, de bucles rubios y pupilas verdes, y es Olga una muñeca encantadora, dis-

creta y pensativa hija de reyes que oculta su realza en su infantil modestia de ocho años. Por designios políticos cuyos misterios á veces maravillan, Olga está destinada á ser la esposa del hijo del rey de Servia, joven príncipe que ha hecho su educación en Rusia, en la escuela militar, y del cual se habla siempre con encomio. Amable y estudioso, sintiendo inclinaciones muy marcadas por la historia y por la geografía, y muy dado también á ser coleccionista, se piensa que será un buen soberano, si acaso llega á serlo, que el drama del palacio de Belgrado aún arroja siniestros resplandores sobre el trono de Servia, y á juzgar por la marcha de aquel pueblo, no puede predecirse del mañana.

La princesa Tatiana es la segunda. Tatiana, extraño nombre, romancesco y exótico, que dice de leyendas y de ensueños y que es de una señora de seis años, como su hermana dulce y soñadora y como aquella educada en prácticas humildes que la hacen adorable en su grandeza. Tatiana es la princesa prometida al hijo mimado del rey de Grecia, al príncipe Jorge, hombrecito que encanta y que seduce y que á la vez es seducido por los sports atléticos; decidido por los juegos de esta indole, pudiera competir en la palestra con los más aguerridos luchadores de los juegos olímpicos de su clásica patria legendaria.

La gran-duquesa María, nombre místico y dulce que contrasta con los de sus hermanas, es una personita que acaba de cumplir los cuatro años y muestra en su carita sonrosada tanta risueña gracia, que enamora. María será casada con el príncipe Carlos, el hijo mayor del heredero al trono de Rumania, y aunque los cortos años de este príncipe no permiten fijar con precisión sus aficiones, es un gallardo infante muy correcto. Su amor ilimitado por los soldados de plomo y los bellos uniformes, hacen no obstante soñar en un gran militar, en un gran táctico.

La menor de las tiernas princesitas, la gran-duquesa Anastasia, que aún no sabe del mundo más que andar en los brazos que la llevan, será reina y señora de Bulgaria, por su enlace con Boris, el gentil principito hijo mayor de Fernando de Bulgaria, si acaso en esta tierra levantisca no ocurre algún suceso, análogo al que en Servia, puso fin á la dinastía de los Obrenowitch. ¡Son los actuales tiempos tan crueles para los príncipes, y hay tantas y tan diversas enseñanzas en el ejemplo!

De todos modos, tales son los proyectos del Czar y sus ministros, según se dice en las cancillerías, en tanto que las dulces princesitas ignoran sus destinos, y por su dicha ignoran los horrores que en el lejano Oriente sus súbditos cometen y padecen.

FEDERICO UHRBACH.

1904.

POEMAS EN PROSA

(EN SEMANA SANTA)

Estamos en una de nuestras provincias, el Domingo de Ramos, en la Catedral, en hora de misa mayor.

Ante nuestra vista, más allá de la ba-laustrada de mármol rojo del puesto de la comunión, están el santuario en forma de hemicycle y el altar, y, sobre el altar, el enorme retablo. Es decir, una completa arquitectura piramidal: pórticos, nichos, columnas, entablamentos, frisos, volutas; ornamentos sobre ornamentos; profusión de adornos, de guirnal-das; cascada de ángeles, grandes los unos, pequeños y medianos otros, en carriátides éstos, con escudos ésos, con inscripciones aquéllos.

Mas, el motivo central, el bajo-relieve que representa la lapidación de San Esteban, está velado con tela de sarga, oscura; y cubiertas están también la cruz y las estatuas, porque la rigurosa abstención litúrgica de la cuaresma, prescinde de la suntuosidad, y deja sin vida ni gracia á la decoración. Sólo, hacia arriba, á través de la redecilla de las molduras, sube, como luz de alba ó de crepúsculo, la encendida llamarada, ó la palidez mate de la de las claraboyas.

Nadie está aún en el coro; nadie tampoco en el santuario. Sobre una mesa cubierta con paño color violeta, á la izquierda del altar, algunos ramos de olivo dan un fondo de verde gris, de donde se eleva en larga y solemne curva, una esbelta palma embutida en ancha cinta de terciopelo rojo.

Llegan los seminaristas dos á dos, muy serios, mostrando la blancura almidonada y tiesa de sus sobrepellices. En pos de ellos, y uno á uno, van viniendo los canónigos, que fácilmente se conocen en las mucetas bordadas en hilo encarnado, vivo. Forman prolongada línea de cabezas encanecidas, color de plata, con vestidos alegóricos y rostros risueños; y siguen otros, detrás, demacrados, débiles, transparentes, pero, sin embargo, fuertes.

Dan las nueve. La misa principia. Los chantres salmodian versículos de los salmos, y estrofas de himnos, en dos tonos alternados. En la antifona, son las voces delgadas, agudas, voces *sopranos* de los niños del coro, las que se dilatan y espacian en la mística bóveda.

Luégo, á un repique y toque de la campana, entra el cortejo de la misa en el coro, y asciende las gradas del santuario. A medida y conforme van llegando, se agrupan y toman sus préstos, según su dignidad y las funciones que desempeñan. El cardenal-arzobispo es el centro de la acción litúrgica. Es este un viejo alto, de tez blanca-rosada, de aspecto solemne, aunque un tanto agobiado.... Rodéalo y sírvelo una nube

de acólitos. Maestro de ceremonias y asistentes; diácono y sub-diácono; clérigos, ayuda de cámara de calzón corto; servidores vestidos de negro, de blanco, de morado. Todo ese gentío evoluciona respetuosamente, se arrodilla y prosterna ante su eminencia. Adivinan sus intenciones, y cien manos que se tienden hacia él, lo adornan, lo desadornan, lo visten, lo desvisten. Tiene á su alcance el lucífero, el cambia-misal; el que lleva el acetre; y los porta-báculo, porta-mitra y porta-cruz. Véase al cardenal como rendido bajo el peso de los ornamentos archi-episcopales y su enojosa complicación. Hay para remudar en cada una de las ceremonias. Hay dos mitras: una de oro, otra de plata; y en ciertos momentos, entra á reemplazar la mitra, la birreta ó solideo encarnado... Curioso detalle: en el momento en que el cardenal baja del trono pontificio, véñese los zapatos de raso blanco. Es como algo de suprema elegancia; algo como de Corte, pero de Corte celestial.

Comienza la ceremonia... Oyese en antifonías, un hosanna con notas llenas de esplendor: óyense evocaciones de palmas, cantos de resurrección triunfal. Es el ramo de olivas en el pico de la paloma; la palma de la victoria alcanzada por Jesús sobre el príncipe de la muerte.

Las vivas imágenes, los símbolos ingeniosos se desbordan á torrentes de los labios del oficiante vestido de escarlata que alarga su mano temblorosa para bendecir los ramos. Una vez hecha la distribución, la procesión desdiende del santuario. Con una palma ó un ramo en las manos, atraviesa el largo cortejo el coro y se extiende en toda la nave. Podría decirse que era una selva que andaba....

Sale la procesión, y las puertas se cierran. En el silencio más completo de la iglesia vacía, mézclanse con los sonidos de los pifanos, las voces de los niños coristas que han permanecido en la iglesia... Extraño diálogo; exorcismos y simbólicos conjuros, requerimientos, indicaciones suplicatorias....

Se abren de nuevo las puertas; y un mar de luz verdadera, de la cenicienta luz de la calle, se confunde con el polvillo místico, con las azulinas volutas del incensario sagrado.

EMILE POUVILLON.

PRIMERA MISA

El Illmo. señor Obispo Coadjutor ha conferido las últimas órdenes sagradas al inteligente seminarista LUIS E. MENDOZA, quien celebró su primera misa el día 3 de los corrientes, en el templo de Nuestra Señora de Altagracia, á las 9 a. m.

Al enviar nuestras cordiales felicitaciones al nuevo sacerdote, las hacemos extensivas á su señora madre, doña Agustina de Mendoza.

DOCTOR LISANDRO LECUNA

Este distinguido hombre público de Carabobo, que goza de una merecida nominación y sincero aprecio como facultativo, como institutor y como buen ciudadano, nos ha remitido, con atenta y deferente dedicatoria que agradecemos, un libro que acaba de publicar en la capital del mencionado Estado, con motivo del 13º aniversario de la fundación y 11º de la instalación definitiva del Colegio de Nuestra Señora de Lourdes. Es una ofrenda que el autor presenta á las Reverendas Hermanas Directoras y Profesoras de aquel Instituto y á su fundador el señor Luis Febres Cordero.

Repetimos nuestras gracias al señor doctor Lecuna.

DE LA CARCEL

El señor General Julio Gutiérrez Méndez, Alcalde de la Cárcel Pública de esta ciudad, nos remite un libro que contiene el Informe que en su carácter oficial le presenta al Gobernador del Distrito, dándole cuenta detallada de las reformas administrativas que se han realizado en el Establecimiento durante el último año, de su estado material y sanitario, y de la que tan legítimamente llama el autor creación de una atmósfera moral, con el establecimiento y funcionamiento de los talleres de Artes y Oficios y de la escuela de primeras letras, de los que ya en debida oportunidad dimos cuenta en estas columnas.

El señor General Gutiérrez Méndez merece un cordial aplauso, que sinceramente le tributamos, junto con la protesta de nuestro reconocimiento por la muy atenta y culta dedicatoria de su libro.

JOSÉ SANTOS CHOCANO

El poeta cuyo nombre es ya famoso en las letras de la América Latina ha estado hasta ahora encargado de los negocios políticos del Perú en la vecina República de Colombia.

Recientemente nos participa que regresa á su país y nos remite, especialmente para EL COJO ILUSTRADO, varias composiciones inéditas, que comenzamos á publicar desde este número, y un ejemplar de su bello poema *Ciudad Fundada* (Santa Fe de Bogotá), publicado en la capital Colombiana.

Al agradecer al poeta amigo y colaborador sus envíos, le deseamos grato regreso á su patria y nuevos laureles en su carrera de diplomata.

L. ROMERO SANCHEZ

Este joven cursante de Ciencias Políticas en la Universidad Central, ha recibido de la correspondiente Facultad el grado de Doctor en dichas Ciencias.

Su tesis de opción trata del *Conflicto de leyes sobre sucesión*, de la cual nos ha enviado un ejemplar con atenta y fina dedicatoria que agradecemos, á la par que le presentamos nuestras congratulaciones y hacemos votos porque sea brillante su carrera profesional.

A LA MEMORIA DEL PRESBITERO
JUAN SANTIAGO GUASCO

En atenta comunicación que suscribe el señor R. Zamora Arévalo, se nos participa que en Valle de la Pascua se ha instalado una Junta Directiva con el título de «Justo Homenaje», la cual se propone levantar un monumento á la memoria, en aquella localidad venerada, del señor presbítero JUAN SANTIAGO GUASCO, sacerdote francés que amó á nuestro país con cordialísimo afecto.

El referido sacerdote vivió largos años en Venezuela y en la parte oriental del Guárico dejó gratisimos recuerdos por el ejemplo de su vida, la pureza de sus virtudes y el fecundo ejercicio de toda clase de bienes.

Ya en 1896, décimo aniversario de su muerte, nuestro buen amigo el señor V. M. Ovalles tributó un homenaje de justicia, en libro que tenemos á la vista, á los merecimientos preclaros del piadoso varón.

Es con grata complacencia que nos hacemos eco del propósito de la Junta mencionada, haciendo votos por la pronta y feliz realización del noble pensamiento.

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS

Constitución de los Estados Unidos de Venezuela, sancionada por el Congreso Constituyente en 1904.

Sueños extintos (novela), por Carlos Villanueva, Valencia.

Fiebre azul, por Daniel Darc (versión de Hermógenes de Irizarri y prólogo de Pedro Pablo Figueroa) Santiago de Chile.

Damos las gracias á los señores remitentes.

NUESTROS GRABADOS

Escenas helénicas

En uno de nuestros números correspondientes á los días del Carnaval, hicimos una breve reseña de los trajes más apropiados para la asistencia á los saraos y fiestas que en la oportunidad habían de celebrarse; y en ella nos referimos, entre los trajes históricos y populares, á algunos de los que reproducimos ahora en las escenas de la primera página, tales como el griego, paramentado con la elegante sobriedad del *poplum*; y el oriental moderno, de las clases sociales de China y el Japón, como iluminado por los brillantes é intensos colores del sol naciente.

SUELTOS EDITORIALES

AJIACO

De Barcelona de España acabamos de recibir un libro con el título de estas líneas, y del cual es autor el señor Anselmo Fletes Bolaños, de Granada de Nicaragua.

Debemos este envío al propio autor, á quien enviamos nuestras gracias, prometiéndonos leer su libro.

Lobeznos marinos

Cuadro de Mmc. V. Demont-Bremon

Pudiera formar parte de las piezas documentarias de la infancia valerosa, así como tiene las suyas la historia infeliz de la niñez dolorosa. Son escenas de la vida, costumbres y desarrollo de los hijos del Océano, de los que han nacido sobre la aspereza de sus playas ó dentro el batel columpiado por los vaivenes de la onda. Holandas de su cuna han sido las brillantes espumas; su dosel, el inmenso cielo, de cambiantes dobladuras; las sinfonías del viento marino, sus arrullos. Nacen sobre el ancho camino milagroso que conduce á todos los países, y han besado sus carnes la brisa de todos los horizontes y el sol de todas las naciones.

Guerra ruso-japonesa

En la Europa occidental no se tiene idea de las penalidades de una campaña hecha bajo las latitudes heladas de la Manchuria. Nuestros grabados de este número muestran algunas escenas de campamento, que pueden ilustrar las noticias del lector. El ejército ruso se concentra en las cercanías de Vi-jú, á las orillas del río Yalú; y como en estos parajes fue en donde se libraron en 1894 los grandes combates de la guerra entre China y el Japón, los habitantes del Norte de la Corea presienten que lo mismo acontecerá en la guerra actual, por lo cual los extranjeros han huido de aquella región.

La guerra se desarrolla durante la estación de las nieves, lo cual hace casi desastrosa la campaña á través de los desiertos glaciales. Cada tres soldados conducen una tienda, bajo la cual se guarecen al acampar; frecuentemente colocan la tienda sobre una excavación que llenan de paja y la tierra extraída la extienden sobre la cubierta, colocando encima paja y nieve.

Como el ferrocarril transiberiano, al llegar al lago Baikal, bordea su parte meridional y aún no está terminada su construcción, las fuerzas tienen que atravesar el lago en buques rompehielos.

Vistas de Puerto Cabello

Boca del río y una vista de la parte oeste de la ciudad, son copias de las fotografías que nos ha enviado nuestro colaborador artístico señor H. Avril.



Los relojes en el Japón

Los japoneses dividen las veinticuatro horas del día en doce períodos, seis de los cuales corresponden al día y seis á la noche. El día comienza para ellos con el amanecer y termina con la puesta del sol. Lo mismo en invierno que en verano, tanto cuando los días son cortos como cuando son largos, el día comprende siempre seis períodos.

Por esta razón, los relojes tienen en el Japón las cifras de la esfera móviles. Dos de ellas se colocan de modo que una coincida con la salida y otra con la puesta del sol, y las cuatro cifras que por uno y otro lado quedan entre ambas, dividen el espacio en porciones iguales.

De esta manera, cuando llega el verano y los días son más largos que las noches, las horas del día son proporcionalmente más largas que las de la noche. Otra rareza es que en el reloj japonés sólo hay seis cifras, que se repiten en cada período, y que no son del 1 al 6, sino del 4 al 9. En vez de leerse en su orden natural, estas cifras se leen hacia atrás.

Cansarse sin moverse

El principio del descanso es el mismo principio de la relación: una suspensión ó detención temporal de la energía de todo el cuerpo ó de una parte de él. El descanso absoluto implica el abandono completo de toda tensión mental, nerviosa y muscular; las tres clases de tensión entran en cada uno de los actos de nuestra vida, y no pueden ser del todo separadas.

Coloquémonos en una posición apropiada para el descanso, lo más cómodamente posible, de tal manera que el reposo físico parezca inevitable. Si entonces empezamos á pensar en alguna cuestión difícil de resolver, ó hay algún asunto que nos preocupe, y nuestra imaginación permanece desvelada, la energía de la mente pronto se comunicará al sistema nervioso, y todo nuestro ser físico se encontrará en un alto grado de tensión. No es cierto, por consiguiente, que para que descanse el cuerpo basta que esté inactivo.

El cuerpo puede estar en tensión sin estar en actividad. Un manojo de músculos puede encontrarse en tensión nerviosa, y sin embargo no estar en movimiento. Esta condición especial produce casi siempre mayor fatiga que la mayor parte de los ejercicios físicos, de suerte que el que se encuentra en ella, más bien que descansar siente mayor cansancio.

Para dar á todo nuestro cuerpo el descanso necesario es, por consiguiente, indispensable que la imaginación deje en lo posible de funcionar.

Peces de agua caliente

Un pez que pasa su vida en agua hirviendo acaba de ser descrito con el nombre de *Pacilia Dorri* por M. Marcellin Pellet, viajero francés que ha regresado hace poco de Guatemala.

El curioso pez ha sido encontrado en el lago hirviendo de Amatitlán, cuyas aguas están siempre tan calientes, que si se mete la mano en ella se escalda uno inmediatamente. La ebullición del agua no es muy intensa en la superficie, donde se encuentra el *Pacilia*, pues el agua hirviendo, al subir, se enfría un poco y queda á unos 35° centígrados; pero esta temperatura es aún demasiado elevada para animales de sangre fría, como son los peces.

El naturalista Brossonnet ya señaló el hecho de que algunos peces de agua dulce pueden vivir varios días en agua lo bastante caliente para que una persona no pueda tener en ella la mano durante un solo minuto.

Otro hombre de ciencia, De Saussure, descubrió anguilas vivas en las fuentes termales de Aix, cuya temperatura es próximamente de 45° centígrados, y Humboldt vió también peces vivos sacados de un volcán, en la América del Sur.

El veneno más activo del mundo

EL CIANURO DE CACODILO

El ácido prúsico, que hasta ahora venía figurando á la cabeza de las sustancias venenosas, ha encontrado un competidor: el cianuro de cacodilo. Según el químico Lascelles Scott, que á pesar de haber tomado mil precauciones para preparar esta sustancia, y de haberlo hecho al aire libre, no ha podido evitar el caer enfermo de resultas, asegura que el vapor de una quinta parte de gramo de cianuro de cacodilo bastaría para matar á todos los espectadores del teatro más grande.

Aunque la terrible sustancia era ya conocida hace unos veinticinco años, hasta ahora no se habían hecho experimentos lo bastante completos para demostrar sus efectos. Hoy se sabe ya que es infinitamente más venenosa que el ácido prúsico puro. Un perro encerrado en un compartimiento cuya atmósfera contuviera una millonésima parte de cianuro de cacodilo, moriría instantáneamente. Puede comprenderse el respeto que los químicos tendrán al cacodilo y á todos sus compuestos durante sus trabajos de laboratorio.

Como el cianuro de mercurio, el de cacodilo está compuesto de otros dos venenos á cual

más mortíferos; los efectos de uno se completan con los del otro, y la combinación, si llega á penetrar en el organismo, lleva consigo la muerte casi instantánea.

Puede hacerse el cianuro de cacodilo con cacodilo y cianuro de mercurio, ó con ácido prúsico y óxido de cacodilo. El resultado consiste en una cristalización, que es la que constituye el tan temible veneno. El cacodilo, por sí solo, no se emplea en medicina ni en droguería, obteniéndose solamente los químicos en el curso de sus trabajos. Es un compuesto orgánico de arsénico con olor característico, es decir, que si se huele una sola vez, ya no se confunde con ningún otro. Además, este olor es muy desagradable y tiene propiedades deletéreas, por lo que los químicos nunca operan más que con cantidades muy pequeñas de cacodilo. Cuando se desea saber si una sustancia contiene arsénico se calienta con un acetato, y si se percibe el expresado olor, es señal de que el arsénico existe efectivamente.

El cacodilo se obtiene haciendo una destilación de acetato de potasio con anhídrido arsenioso, resultando una especie de aceite ligeramente soluble en el agua y más pesado que ésta.

Tanto el cacodilo como su cianuro son sustancias que nadie debe procurar obtener, como no sea persona muy práctica y con grandes conocimientos de química. Un aficionado que quisiera manejarlas, casi seguramente se pondría á quedar muerto antes de llegar al término de la operación.

Organos que hemos perdido

Para ver un hombre con tres ojos, ó provisto de agallas ó branquias como las que sirven á los peces para respirar, no hay que andar mucho ni que remontarse al mundo de la fantasía. Aunque muchos lo ignoren, todos poseemos dichos órganos, si bien el tercer ojo y las branquias de que hemos hablado no nos prestan hoy ningún servicio.

En el centro del cerebro, mirando vagamente hacia arriba, tenemos los restos atrofiados de un ojo suplementario, que probablemente fué muy útil al hombre en las primeras etapas del desarrollo de nuestra especie. En el tecnicismo científico, este ojo atrofiado lleva el nombre de glándula pineal.

Nuestras branquias ó agallas son cuatro, que hoy se presentan también atrofiadas, cerradas y completamente inútiles. Al principio de nuestro desarrollo tenemos seis, pero dos de ellas se transforman en los oídos y en la boca. Las otras cuatro nos han servido para respirar algún tiempo antes de nacer, cuando nuestros pulmones aún no estaban desarrollados ni servían para desempeñar tan importante función.

Las orejas, dando ahora este nombre al pabellón de las mismas únicamente, no nos sirven para nada; son, si se quiere, adornos de la fisonomía, pero adornos perfectamente inútiles. Si ellas oiríamos lo mismo, puesto que todo el mecanismo del oído reside en el tímpano ú oído medio y en el oído interno. Si pudiéramos mover las orejas, aún podrían éstas sernos útiles para recoger mejor los sonidos, como hacen los caballos, los gatos y la mayor parte de los mamíferos; pero los músculos de la oreja carecen de fuerza y no obedecen á nuestra voluntad.

En cambio, en el interior del oído poseemos algunas cosas tan útiles como notables. Sirva de ejemplo el órgano de Corti, consistente en una serie de finos pelillos que vibran en el tímpano y nos permiten distinguir las diferencias de los sonidos.

Algunas de nuestras lectoras aficionadas á la música, habrán observado que á veces, al dar cierta nota en el piano, algún objeto de los que hay en la habitación comienza á vibrar; pues del mismo modo cada uno de los pelitos que tenemos dentro del oído vibra en correspondencia con un sonido determinado.



Sur 1 - No. 36
Teléfono 686

Bolsa á Mercaderes

CARACAS

GATHMANN HNOS.

Joyería - Relojería - Casa de Óptica

Surtido más completo



Garantía absoluta



Trato más esmerado

Es digno de notarse que casi todas estas partes del cuerpo que actualmente son inútiles, son causa de enfermedades y molestias sin número, en tanto que los órganos activos nos dan muy poco que hacer. Los dientes, pongamos por caso, y especialmente las muelas, casi no nos sirven más que para obligarnos á frecuentar la casa del dentista, y las amígdalas nos molestan con continuas inflamaciones hasta que nos vemos precisados á hacérnoslas quemar.

ZAPATERIA MODERNA

GRAN FABRICA DE CALZADO

Especialidad en encargos

para calzado de Señoras, Caballeros y Niños
CORTADOR DE PRIMERA CLASE

D. Guánchez, Hijo & Ca.

CARACAS

Gradillas á Sociedad Número 6
TELEFONO 2319

Del apéndice vermiforme no hablemos; por útil que fuese, sus servicios no llegarían jamás á compensar los peligros de la terrible apendicitis.

Ahora se dice que el hombre podría vivir sin el hueso frontal. Un trabajador que había recibido un golpe en la cabeza con una barra de hierro tuvo que sufrir, para salvar su vida, una operación que consistió en sacarle el frontal. El pobre hombre sobrevivió, sin notar más diferencia que una ligera pérdida en las facultades mentales. Un artista ó un literato que hubieran sufrido dicha operación, habrían salido perjudicados en su inteligencia; pero un hombre dedicado exclusivamente á trabajos mecánicos no se encuentra en el mismo caso, y vive perfectamente con una pieza de menos en el cráneo.

El desenvolvimiento corporal

Eugenio Sandow, famoso atleta americano al que se califica como «el hombre más fuerte del mundo», ha expuesto ideas tan originales respecto al desenvolvimiento corporal, que creemos oportuno darlas á conocer á nuestros lectores.

El desenvolvimiento corporal—dice—radica principalmente en el espíritu; los músculos juegan sólo un papel secundario. Si diariamente se levantan cien veces un par de palanquetas, con la atención puesta en otras cosas, poco se conseguirá con ello; en cambio, si se reconcentra el espíritu en un músculo ó músculos durante tres minutos al día, haciendo con ellos el ejercicio adecuado, el desenvolvimiento será rápido.

Todo el secreto de mi sistema está en el conocimiento de la anatomía humana; en conocer precisamente la parte débil de uno, para dedicarse con ahínco á su refuerzo.

Apruebo en absoluto cuanto ayude al espíritu en su dominio sobre el cuerpo. El que crea que comprando un aparato de los que se dedican á desarrollar los músculos, logrará hacerse fuerte, está equivocado. Nada hay que haga fuerte á un hombre sin su fuerza de voluntad. Ciertas aplicaciones mecánicas, propiamente usadas, pueden corregir determinadas debilidades del cuerpo; pero sin el conocimiento de esa debilidad, y sin un sereno esfuerzo y concentración para corregirla, serán inútiles todas las aplicaciones mecánicas.

Jamás uso drogas ni me someto á dieta alguna. Para ser fuerte, no es necesario despreciar los placeres de la vida, tomados con moderación. El secreto de la fortaleza está en el ejercicio, en el ejercicio inteligente. Conocer cada músculo del cuerpo y desenvolverlo en su mayor capacidad, hé aquí lo mejor para vencer los males físicos.

El hombre que desee mantenerse saludable debe acostumbrarse á los baños diarios de esponja. Nada hay que dé más vigor. Crea un apetito apropiado, no falso. Yo acostumbro comer poco, pero á menudo. Es una locura efectuar sólo dos grandes comidas.

Un ejercicio constante, una vida simple y un cuerpo sin trabas, hicieron de los griegos hombres sanos y vigorosos. Cuando Sydenham, el padre de la ciencia médica en Inglaterra, estaba próximo á la muerte, dijo que moría feliz porque dejaba tras él dos grandes médicos: el aire puro y el ejercicio. Nada más cierto, y yo me complazco en repetir que no pueden ser negados estos dos esenciales elementos de salud y fortaleza.

El Factor más Importante.

La Naturaleza ha dotado al aceite de hígado de bacalao como el factor más importante de la reconstitución del organismo humano. El arte de Scott & Bowne ha perfeccionado la obra de la Naturaleza enriqueciendo las admirables propiedades del aceite, haciéndolo

Emulsión de Scott

de Aceite de Hígado de Bacalao con Hipofosfitos de Cal y de Sosa.

agradable, digerible y asimilable y completando su benéfica acción con el agregado de los hipofosfitos.

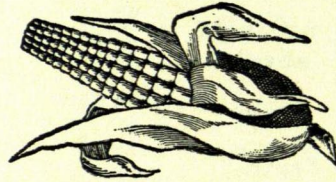
Siempre que el organismo esté debilitado, así como en su padecimiento resultante, la neurastenia y en el crecimiento y desarrollo lento y dificultoso de los niños, como en la convalescencia de casi todas las enfermedades, acúdase á la verdadera y legítima Emulsión de Scott, con toda confianza.

De venta en todas partes.

SCOTT & BOWNE, Químicos, New York.

BRANDY PEDRO DOMECQ

MAIZ-ORIZA



CONDE H^{nos}

Es la mejor harina de maíz y arroz. Su feliz combinación la hace superior á las Maizenas conocidas.

Para postres, cremas y afoles, no admite competencia, y para el aplanchado de la ropa no tiene rival.

DE VENTA: Al detal en todas partes y al mayor en los principales almacenes y boticas de la capital.

Marrón al Dr. Paúl, N° 6, Caracas.—Teléfonos Ns. 1.022 y 1.023.

Agente General,

Conde Hermanos.

Carlos Orta Ibarra.

Contra las

ENFERMEDADES NERVIOSAS

VÉRTIGOS
PALPITACIONES
EPILEPSIA, etc.

no hay mejor Remedio que las

CÁPSULAS DEL D^r CLIN

al Bromuro de Alcanfor

CLIN & COMAR — PARIS
y en las Farmacias. 636



POSTALES

Las tarjetas postales que han llegado á la Empresa El Cojo son de un exquisito gusto artístico. Lujosa existencia para ser vendidas sueltas y en preciosas colecciones.

GOTA

LICOR

DEL DR.

LAVILLE

CLIN Y COMAR — PARIS
EN TODAS LAS FARMACIAS 613

REUMATISMOS

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO — ANEMIA — CLOROSIS

Exíjanse el Nombre el Sello de Garantía

PÍLDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable. 40, Rue Bonaparte, PARIS

la Dirección

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N. B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el Jarabe de Blancard.

Un lavadero en el mar

En todos los grandes vapores es costumbre que los pasajeros guarden la ropa sucia durante el viaje, para hacerla lavar cuando desembarcan. Ahora, en el trasatlántico inglés *New England*, de la Dominion Line, se va á implantar una innovación de verdadera utilidad, cual es la instalación de un lavadero.

Los pasajeros entregarán su ropa, y á las pocas horas se les devolverá perfectamente limpia. Se calcula que en un día podrán lavarse unas 7.000 piezas de ropa blanca, ó sean las correspondientes á 800 personas próximamente. El consumo diario de jabón y almidón se elevará á cincuenta barricas del primero y veinte del segundo. En cuanto al agua, se necesitarán diariamente 18.000

litros, que se obtendrán del mar empleando aparatos condensadores especiales. El lavado se hará por máquina. En la caldera pueden entrar 4.000 piezas por hora, y después, dos máquinas de aclarar terminarán la operación á razón de 10.000 piezas diarias. Lo que llevará más tiempo será el almidonado y el planchado, operaciones que también se harán mecánicamente. Una máquina de planchar puede hacer en un día el trabajo representado por unos 8.000 cuellos y puños.

La belleza derivada de las flores

Las flores que crecen en los jardines ó en los tiestos que tenemos al balaón, influyen no poco sobre nuestro espíritu. Su vista tranquiliza los nervios, el aroma dulcifica el temperamento, y su sola presencia parece que nos reconcilia con este pícaro mundo y los hace estar contentos de vivir en él.

Ahora los especialistas en el estudio de la higiene de la belleza declaran que la influen-

litros, que se obtendrán del mar empleando aparatos condensadores especiales.

El lavado se hará por máquina. En la caldera pueden entrar 4.000 piezas por hora, y después, dos máquinas de aclarar terminarán la operación á razón de

INFLUENZA ANEMIA RACHITIS CLOROSIS

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

El más poderoso Regenerador.

«Completo éxito.—Léase el siguiente certificado del Doctor Jesús M. Palacios, de Caracas.

«Doctor Jesús M. Palacios, Médico - Cirujano de la Universidad Central de Venezuela.

«Certifica: Que ha usado la Emulsión de aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos de cal y de sosa, llamada de Scott, en todos aquellos casos en que es necesario usar una medicación reconstituyente y reparadora, obteniendo siempre el más completo éxito.»

cia de las flores no sólo es moral, sino también física; que la mujer que se dedica á cultivarlas suele ser igualmente hermosa de rostro y de alma.

Esta parece ser la razón de que la mujer española, la griega y la italiana tengan fama universal de hermosas, pues en los países meridionales el cultivo y propagación de las flores es mucho más factible que en el resto de Europa. Para aquellas jóvenes que no disponen ni siquiera de una ventana á propósito para llenarla de tiestos, recomiendan los antedichos especialistas llevar siempre en el pecho una rosa, un clavel ó un ramito de violetas, cuya fragancia ejerce notable influjo en el físico de su dueña.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.



Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullie & Ca.** marca **La India**, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India**, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. **Su valor 4 reales.**

LA

Phosphadine Fullie

es un alimento completo
DE FACIL DIGESTION
para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños
Nutrición de los convalecientes
En la raquitismo y en la anemia
Embarazos y detención
En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela :
Pote grande Bs. 2,50
Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE

es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos
De venta en los principales establecimientos de la República



RECOMPENSA NACIONAL

de 16,600 fr.

Siete Medallas de ORO, etc.



Males de Estómago, Falta de Fuerzas,
Anemia, Calenturas, etc.

QUINA-LAROCHE

EL MISMO
FERRUGINOSO

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc.
Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.
Paris, 20 et 22, Rue Drouot, y Farmacias.

EL MISMO
FOSFATADO

POUDRE, SAVON & CRÈME SIMON

Productos, maravillosos para suavizar, blanquear y aterciopelar el cutis.

Exigase el verdadero nombre Réhuse los productos similares
J. SIMON
13, r. Grange batellière, Paris



EL APIOL de los Dres JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

El silbido de las balas

Según el testimonio de militares que han estado en varias campañas, no se debe tener miedo á las balas cuyo silbido se oye. Con ellas sucede algo parecido á lo que se dice del rayo: cuando uno oye el estampido del trueno, puede estar seguro de que aquel rayo no le toca á él. Del mismo modo, la bala que uno oye silbar pasa de largo; la que hierre, la oyen todos los soldados que están cerca, excepto el herido. En pocas palabras: nadie oye silbar la bala que le ha tocado.

El silbido de una bala depende de su rozamiento con el aire y de la vibración que se produce en la atmósfera. Para que el oído lo perciba, tiene que pasar la bala por una línea paralela á la oreja, sea cerca ó lejos de ésta, alta ó baja; esto no sucede sino

cuando pasa de largo, y sólo cuando ha pasado se da uno cuenta del sonido.

Cuando un veterano dice que el silbido de las balas es para él una música, no dice ninguna baladronada. La experiencia le enseña que las balas que oye silbar son inofensivas, y que la que no oye silbar es la que hay que temer.

La comida del hombre primitivo

Parece imposible afirmar con toda certeza la clase de alimentos que usaban nuestros antepasados de las épocas prehistóricas; sin embargo, hoy se sabe perfectamente, gracias á un descubrimiento hecho hace poco en Warminster (Inglaterra), en qué consistía el menú ordinario en aquellos felices tiempos.

El descubrimiento se debe al análisis del sarro

de los dientes de un cráneo humano de la edad de piedra.

El sarro, aunque blanco en un principio, con el tiempo se convierte en una sustancia dura como la piedra é insoluble en los líquidos alcalinos de la boca, y en él se incrustan poco á poco una infinidad de partículas de alimentos, que se conservan así durante miles y miles de años.

Ablandando en una disolución de ácido hidrocórico el sarro encontrado en el cráneo prehistórico, formóse en el fondo de la vasija un sedimento que fué cuidadosamente recogido y sometido gota á gota al microscopio.

Entre otras materias constitutivas del sarro, encontráronse partículas casi invisibles de cuarcita, la punta de un diente de un pez pequeño, algunas celulillas vegetales parecidas á las que constituyen el parénquima de las manzanas, residuos de cascarilla de trigo y, finalmente, unos



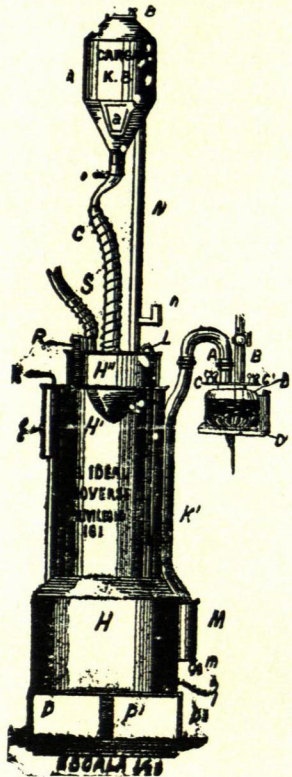
J. ROVERSI - ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA - CARACAS

De la Palma a S. Pablo N. 22-Teléfono N. 2159

TELEGRAMAS: ROVERSI - CARACAS

Departamento Acetileno

Aparatos sistema Rovarsi—Carburo de calcio de primera a 8 17 los kilos 100 netos— Quemadores Bunsen, Hornillas, lámparas, tuberías y accesorios de todas clases, instalaciones completas. — EL IDEAL a caída de carburo en el agua— Privilegio N. 161.



Departamento Mármoles

Nuevo surtido de mármoles artísticos y económicos—Referencias: Nuestros numerosos trabajos en el Cementerio del Sur de Caracas.



Referencias: Gran Ferrocarril de Venezuela—Ministro de España—General Bello—Faro de Puerto Cabello—Dr. Conde Flores—Dr. Lacavaerle—Ing. M. Pérez—Don León de Oro—Familia Rodríguez—Tipografía Vidal—Marmoristería Rovarsi—Panadería Solís—General Quintero—Dr. Rívero Saldívar—Montemayor, etc.

Más de 30 son los aparatos colocados
Carga de k 1 a k 50 — Valor: de \$ 10 a \$ 250

LINIMENTO GENEAU

para los CABALLOS

Solo este precioso tónico reemplaza al Cauterio, y cura radicalmente y en pocos días, las Cojeras recientes y antiguas, las Lisiaduras, Esquinces, Alcances, Moletas, Alifates, Esparavanes, Sobrehuesos, Flojedades e infartos en las piernas de los jóvenes caballos, etc.; sin ocasionar *laga ni caída de pelo*, aun durante el tratamiento. — Revulsivo y Resolutivo inmejorable en las enfermedades internas.— Precio 6 fr. Depósito General: Farm^a GENEAU, 165, r. St-Honore, PARIS



corpúsculos que á primera vista parecían de almidón, pero que luego resultaron proceder de un pedacito de cartílago, de menos de un milímetro cuadrado, que estaba incrustado entre los dientes. Estos no presentaban ninguna de las huellas que deja el uso de alimentos asados ó cocidos.

Por consiguiente, es indiscutible que el hombre de la edad de piedra comía carne cruda, pescado crudo también, frutas y trigo. Este último debía comerlo medio majado en un mortero de cuarcita; y las partículas que con el constante uso se desprendían de las paredes del mortero iban á parar á la boca entre el grano majado, encontrándose en el sarro, como ya se ha indicado.

La profundidad mayor en el mundo

La mayor depresión del fondo del mar ha sido descubierta por la marina americana durante el trazado del trayecto propuesto para el nuevo cable desde San Francisco á las islas Filipinas. Se encuentra en el fondo del Océano Pacífico, á 500 millas al Este de Guam, entre esta isla y Honolulu.

La parte más profunda de esta depresión está á 11.125 metros bajo el nivel del mar; por lo menos, la sonda llegó hasta esta profundidad. Esto quiere decir que si el *Curisankar*, la montaña más elevada del globo, pudiera ser sumergida en el mar en este mismo sitio, su cima quedaría completamente cubierta por las aguas del océano, y los más grandes buques podrían navegar sin temor de tropezar con la cumbre, puesto que llevarían la quilla á más de 1.000 metros de altura sobre ella.

El buque que ha hecho este descubrimiento es el *Nero*, mandado por Mr. Hodges. Salió el día 22 de abril del puerto de San Francisco, y el 19 de agosto llegó á la isla de Luzón. Durante la travesía, hecha con la lentitud requeri-



da por la misión que había de cumplir el barco, se hicieron 853 sondajes, haciendo en cada uno de ellos las observaciones precisas, no sólo para tender después el cable, sino además para aportar datos al estudio físico del mar.

Además de la profundidad mayor que se conoce, se ha encontrado una notable montaña submarina, que se eleva á cerca de 4.000 metros de altura sobre el fondo del mar, quedando su cima á unos 150 metros por debajo del agua. Tanto esta clase de montañas como las grandes hoyas submarinas deben evitarse cuando se tiende un cable. Una estrecha depresión basta para que el cable quede colgando como un hilo telegráfico, y entonces corre peligro de romperse por su propio peso y queda más expuesto á los ataques de los grandes peces.

Novela instantánea

Un periódico de San Petersburgo, el *Sviet*, ha tenido una idea original. Publica una «novela instantánea», cuyo asunto es la guerra ruso-japonesa. Mr. Apraxine, novelista á cuyo cargo corre el trabajo, sigue, folletín tras folletín, los acontecimientos de la guerra, á los que adapta su narración novelesca.

Como es natural, mezcla á los hechos una historia de amor. Figuran en la novela, con nombres supuestos, diversos conocidos personajes; á los más prominentes, tales como el *Almirante Alexieff* y el *General Kuropatkin* les designa con su propio nombre.

¿Cuál será el desenlace de la novela? Ni el mismo autor es capaz de afirmarlo.

Varia

Los obreros japoneses llevan en la gorra y en la espalda del traje una inscripción con el nombre de su oficio y el de la persona que los tiene empleados.

La emperatriz del Japón recibe anualmente de París vestidos por valor de 140.000 bolívars. No se presenta en público vestida con el traje nacional más que una vez al año.

En el imperio ruso hay millón y medio más de mujeres que de hombres.

Entre los monumentos que los japoneses han erigido para conmemorar la guerra de China, hay uno dedicado á la memoria de los caballos que murieron en aquella campaña.

De sobremesa

En la horehatería:

- ¿Qué va usted á tomar?
- Cebada.
- ¿Con barquillos?
- No; con una pajita, para sorberla.
- ¿Cebada y paja? Vamos, doble pienso.

Durante el Carnaval.

- Una máscara á un caballero:
- ¿Te conozco, te conozco!.....
- El otro:
- No tiene nada de particular. Estoy empleado en el Monte de Piedad.

- Papá, ¿conoció usted á mamá mucho tiempo antes de casarse con ella?
- No, hijo mío; no la conocí sino mucho tiempo después.